

COE

H.2.8/76 HA



COEP000198

HACIA UNA DEMOCRACIA CULTURAL

CULTURA
Y
COMUNICACION

1

1425M

Cat No 131082

COE.H.2.8/76 HA

COLECCION «CULTURA Y COMUNICACION»

13.344

COUNCIL OF EUROPE
DOCUMENTATION CENTRE
FOR EDUCATION IN EUROPE
F 67006 Strasbourg Cedex
21.11.79

HACIA UNA DEMOCRACIA CULTURAL

culture (29); développement culturel (29)
politique culturelle (26)

documentaires (16)

Conferencia de Ministros
Responsables de
Asuntos Culturales

—^XConsejo de Europa—

Estrasburgo, 1976



MINISTERIO DE CULTURA
SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA

+ 1929.188p.

Título original: Towards the Cultural Democracy

© Consejo de Europa

Versión española de: Jesús Morales Gómez

© Ministerio de Cultura. España

**Editado por: Secretaría General Técnica
Gabinete de Estudios y Coordinación
Servicio de Estudios y Documentación**

PRESENTACION

La colección CULTURA Y COMUNICACION se propone hacer asequible a los profesionales, en primer lugar, pero también a todos los interesados en estos temas, una selección de textos publicados en otros países, en los que se plantean las directrices actuales y las técnicas de trabajo, así como la problemática conceptual en campos tan amplios.

Tras este estímulo inicial, se propone también esta colección recoger las aportaciones, cada día más frecuentes y valiosas, de autores españoles que, por su alta especialización, o por otros motivos, no llegan a tener un adecuado encaje en las líneas de edición privada.

Se pretende, pues, contribuir con una colección especializada a enriquecer el acervo doctrinal y experimental, dentro de unos conceptos actualizados más dinámicos y creadores de la cultura y la comunicación.

En cuanto a la presentación, se ha pensado en un formato manejable, procurándose, mediante una sencilla realización, la menor incidencia en el coste de edición y, en consecuencia, en el precio de los títulos de esta colección.

El título que abre la colección se ocupa de la evolución del concepto «cultura» en los últimos años,

destacando la importancia que en dicha evolución ha tenido la cultura de masas, al dejar de ser aquella un privilegio de la élite. Se llega así a la aparición de lo que se conoce por el término democratización de la cultura, en la que ocupa un papel importante la educación permanente.

Se trata ahora de encontrar nuevos esquemas que sustituyan los existentes, lo que crea graves confusiones, ya que no pueden eludirse implicaciones socio-económicas que dificultan la tarea. El papel que el Consejo de Europa desempeña en este asunto y los deberes de los distintos gobiernos, vienen también claramente expuestos en este trabajo.

Para apoyar las teorías sustentadas acerca de esta nueva concepción de la política cultural, se recoge una serie de entrevistas con expertos en las que exponen sus propios planteamientos basados en sus experiencias.

Por último, es de destacar el anticipo que se hace de las características que habría de tener esa sociedad deseable, marco de una cultura popular, así como el papel asignado a sus diversos componentes.

I N D I C E

	Págs.
PRESENTACION DE LA COLECCION.	3
PROLOGO	9
CAPITULO I - LA DEMOCRATIZACIÓN DE LA CULTURA	13
<i>Importancia actual del desarrollo cultural. Veinticinco años atrás, la cultura del hombre culto en una sociedad jerárquica. La evolución socio-política a partir de entonces. La reacción de la masa se convierte en criterio. El desafío americano. Adaptación progresiva de la cooperación cultural europea. Democratización de la cultura. El papel de la educación permanente. Hacia una provisión cultural eficiente. Proyectos de administración y contabilidad culturales. Limitaciones intrínsecas a la democratización. Conceptos nuevos; programas exploratorios.</i>	
CAPITULO II - LA CULTURA EN ENTREDICHO	41
<i>La crisis de incertidumbre de la política cultural. El Coloquio de</i>	

Arc y Senans. Destronamiento de la cultura de élite. Confusión, pero bosquejo de una ortodoxia nueva. La política cultural ha de ser amplísima, relacionada con las realidades de vida socio-económica y con los sistemas educacionales. Las doctrinas del pluralismo cultural y de la democracia cultural. Algunos valores generales: actividad, creatividad, participación. Deberes de los gobiernos. Papel del Consejo de Europa. Algunas dificultades persistentes.

CAPITULO III - NUEVAS PERSPECTIVAS 1972-1975.

69

Nuevas orientaciones en cooperación cultural. El Proyecto de Ciudades Europeas. Proyecto de Comunicaciones y realidades de la Televisión. Proyectos relativos al lenguaje audio-visual, a la creatividad y a los «mass media». La estética del medio ambiente. Proyecto de desarrollo en la comunidad socio-cultural. Animación socio-cultural. Tareas en la descentralización de la administración cultural; sobre las artes tradicionales y de la comunidad; sobre un más estrecho enlace con iniciativas en materia de deporte.

CAPITULO IV - LOS TESTIGOS INDE-
PENDIENTES 115

Necesidad de opiniones objetivas. Resumen de entrevistas entre Georges Charbonnier y Georges Balandier, Aurelio Peccei, Jan Tinbergen, Hermann Glaser, Richard Hoggart. Algunos puntos tomados de la encuesta de Finn Jors «La Desmitificación de la Cultura: Animación y Creatividad».

CAPITULO V - HACIA UNA DEMOCRA-
CIA CULTURAL 145

El próximo quinquenio de la cooperación cultural europea. Una combinación más coherente de trabajo en marcha con nuevos elementos. Simultáneamente, un «equipo de pensadores» para elaborar planes a largo plazo. Consideraciones sobre planificación a largo plazo. Las realidades de clase socio-económica. Inevitabilidad de opciones políticas en materia de política cultural. La realidad de la diferencia humana, psicosomática y bio-crónica. Declaración nítida de valores generales necesarios, especialmente relativos a las artes. Características de la sociedad de-

seable; tolerancia, simpatía, participación. Lugar para lo pintoresco, para lucha y desafío, para distensión y vida familiar. Comienzos modestos, compromiso y creatividad social. Un lugar para lo irracional. La voz de la juventud. Hacia una Carta de la Cultura. Papel de los sistemas educativos y de las mujeres. Importancia de un desarrollo cultural incrementado ahora por la recesión económica.

PROLOGO

El presente libro, encargado por el Consejo para Cooperación Cultural del CONSEJO DE EUROPA, se propone servir tres objetivos afines entre sí: en primer lugar, quiere dar un relato objetivo de la tarea realizada por el Consejo en una época de valores y pautas sociales cambiantes que han venido gobernando a Europa desde la segunda guerra mundial; cambios que se han acelerado últimamente y proliferado hasta el extremo de provocar una confusión crítica —por no decir discrepancia— en quienes están encargados de la política cultural y de su administración.

En segundo lugar: se propone suministrar cierta información sobre la respuesta del Consejo a esta «crisis cultural», mediante sus programas ordinarios y recientes.

Tercero, aspira a presentar en una forma ordenada cierta parte del material que puede revelarse útil a los entregados a una cooperación cultural europea; prestándoles ayuda en la elaboración de normas para un futuro a largo plazo, y en los esfuerzos emprendidos para dar o servir de guía a países miembros que buscan una estrategia para el desarrollo cultural de sus respectivos pueblos; estrategia que habrá de tener en cuenta las realidades de la vida cotidiana y ha de ser, al mismo tiempo, compatible con los valores y ambiciones que constituyen «la conciencia europea».

Las tendencias contemporáneas de opinión sobre política cultural, que aquí se señalan, tienden a proyectar una rigurosa luz sobre las concesiones que han venido predominando hasta hace relativamente poco tiempo.

Sin embargo, es de justicia observar cómo —dentro de las limitaciones conceptuales que eran admitidas general-

mente entonces como ortodoxas— el tipo antiguo de política se encontraba sinceramente dirigido a promover una causa de signo idealista y filantrópico; y que se veía recompensada por logros mensurables, en modo alguno insignificantes o inútiles para los actuales políticos que hayan de tomar decisiones en este campo.

En buena parte, este libro se halla fundamentado en material facilitado por los Directores de Proyectos y el Asesor Científico del Proyecto y, en definitiva representa un intento de descripción objetiva y exacta, no una visión o expresión personal. Sin embargo, es imposible excluir estos últimos conceptos de cualquier obra escrita. Además, en la segunda parte del capítulo cinco he creído adecuado exponer algunas de mis conclusiones. En consecuencia he de hacer constar que este libro no significa una declaración de las opiniones oficiales mantenidas por el Consejo.

Tras suscitar la cuestión de mis criterios personales estimo lógico proclamar mi propia fe en cuanto atañe al contenido de la presente obra. Me afirmo en la conveniencia y posibilidad de llegar a una sociedad al mismo tiempo liberal e igualitaria. No enfoco esto en términos de una determinada Carta Constitucional; de éstas o aquéllas estructuras políticas y económicas, sino en términos de un nuevo tipo de relación humana y de conducta social. La sociedad en pos de la cual quiero trabajar, será una en la que haya multiplicidad de diálogo libre sobre la base de una igualdad genuina de estimación, que trascienda a diferencias de ingresos, profesión, inteligencia, personalidad, maneras y gustos; donde las opiniones y creencias del conductor de autobús, del cirujano, del hippy incluso, del industrial y del trabajador emigrante, así como del pensionista anciano, que se calienta al sol en un banco del parque, reciban todos la misma consideración atenta y seria. Tan sólo he encontrado algo similar a esto en la sociedad de muchachos de una escuela privada inglesa y en uno o dos clubs de Londres. La sociedad con que sueño es una donde el ciudadano ordinario posee

un derecho plenamente reconocido para objetar decisiones y propuestas autoritarias, ya sean hechas por políticos, científicos, expertos o científicos sociales, incluyendo aquí a los culturales; y una sociedad en que los autores de una decisión o idea perentoria, se sientan obligados a prestar atento oído a la objeción aludida.

Es también una sociedad en la que el miembro más anodino de las «masas anónimas» pueda sentirse seguro de que puede levantar su voz ante las decisiones que afectan a su vida; una voz que en la actualidad se da con demasiada frecuencia a sólo unos pocos elegidos —por ejemplo, individuos influyentes en una comunidad, que gozan de renombre destacado en las profesiones, la política, las artes, el mundo del espectáculo o de los negocios, aristocracia de título. etc.— Son estas personas las que tan fácil o espontáneamente «dan la expresión exacta» aquí o allí, hacen la oportuna llamada telefónica, organizan de manera no oficial una pequeña junta, bien seguros de que pertenecen a una sociedad en la que cuentan. Pues bien, me agradaría ver este «cuentan» ampliado a todos. Por cierto, que si hubiera yo escrito un libro de esta clase por mi propia cuenta, le habría aplicado el título de «una élite de todos». El sendero que conduce a este tipo de sociedad va a ser —suponiendo que no se vea interrumpido por alguna catástrofe— largo y lleno de asperezas. En efecto, exigirá a todos hacer algún sacrificio, pudiendo ocurrir que entre estos sacrificios esté alguna parte de lo que se llama el legado cultural.

Debo confesar que semejante sacrificio resultaría hartamente penoso para mí, pero si fuera necesario no vacilaría lo más mínimo en llevarlo a cabo.

Así pues, ésta es mi actitud en los temas tratados en el presente libro, no muy agradablemente, pero sí de una manera consciente.

J. A. SIMPSON

CAPITULO I

LA DEMOCRATIZACION DE LA CULTURA

Importancia actual del desarrollo cultural. Veinticinco años atrás, la cultura del hombre culto en una sociedad jerárquica. La evolución socio-política a partir de entonces. La reacción de la masa se convierte en criterio. El desafío americano. Adaptación progresiva de la cooperación cultural europea. Democratización de la cultura. El papel de la educación permanente. Hacia una provisión cultural eficiente. Proyectos de administración y contabilidad culturales. Limitaciones intrínsecas a la democratización. Conceptos nuevos; programas exploratorios.

La cultura puede ser cuestión de vida o muerte, de crecimiento nacional o decadencia también nacional, de progreso o derrumbamiento social. En un reciente programa de la televisión británica, un sondeo callejero con una muestra tomada al azar —que incluía una variada selección de trabajadores manuales, profesionales y directivos— revelaba una respuesta casi totalmente negativa, a la propuesta de que una reducción diaria individual del consumo de carne en Gran Bretaña, podía evitar la muerte cada día de una persona en el Tercer Mundo, Asia, Africa o Sudamérica. Y no puede atribuirse esto al carácter insular británico. En efecto, reacciones análogas se han observado en Francia y Alemania y son pronosticables en otros países industriales avanzados. Unas

fechas antes, en el mismo canal de televisión, un joven médico indio, hablando desde un campo donde los niños agonizantes cubrían casi todo el terreno como si fueran desperdicios, en un ambiente de desesperanza y de degradación, refutaba la idea de que los programas de limitación familiar pudieran ser beneficiosos a las comunidades agrícolas circundantes, porque ello no armonizaría con los ideales y costumbres de los pueblos indios. La falta de proteínas acerca del cual los expertos mundiales de sanidad nos hacen una advertencia cada vez más apremiante y urgente, es, en definitiva, un vacío de cultura —una cuestión de grado de desarrollo en imponderables tales como sensibilidad, conciencia de las cosas, comprensión y humanidad—. Si ha de llenarse semejante vacío, habrá de acometerse algo, y este comienzo no deberá ser algún proyecto o declaración mundial al que todos presten un asentimiento que no pasa de ser simple adhesión verbal. Debe irse a un cambio en las culturas de los países mismos, tales como han sido modeladas por la historia y existen ahora en el mundo real. Pocos se atreverían a negar cómo esta responsabilidad especialmente grave de tomar la iniciativa, incumbe a los países europeos. Europa ha tenido ventajas. Ha ido acumulando experiencias y recursos y, respecto al Tercer Mundo, un considerable grado de culpabilidad. Sucede que para cubrir meras necesidades biológicas, un ser humano de cualquier parte necesita tomar 100 KWH de energía procedente de la biosfera para mantener su existencia. Pero mientras que millones y millones en otras partes luchan o fracasan en conseguir esto, el ciudadano medio de Europa Occidental consume aproximadamente 15.000 KWH. Incluso las naciones europeas se enfrentan ellas mismas con una amenaza creciente por esta utilización inmoderada de su entorno, con un despilfarro y una polución que sólo pueden frenarse cuando cambien sus valores y actitudes. Análogamente, la amenaza de ruptura que se está incubando por los males conjuntos, la inflación y los conflictos sociales, podrían —como bien sabemos todos— evitarse aplicando medidas políticas y económicas

para las que tenemos asequibles tecnología y aparato constitucional. Sin embargo, estas medidas se ven aplazadas o restringidas, o rechazadas, a consecuencia de una polarización cultural en nuestra sociedad, una tensión que hace nacer prejuicios, incompreensión y resentimiento.

Consideraciones de esta clase proporcionan una justificación que, puede presumirse, se hace necesaria en momentos críticos para un libro acerca de la cultura y la tarea que se está realizando para el fomento de la misma a nivel europeo. Esta justificación cobra fuerza conforme la cultura llega a ser identificada, no como una especie de adorno en la vida diaria, sino como un determinante de la misma; no como un ornato, sino una arquitectura de las condiciones sociales, incluyendo las que presionan con fuerza hoy al pueblo, a saber: las ya citadas superpoblación, agotamiento de fuentes de energía, expolio del medio ambiente. En un último análisis, problemas como éstos únicamente pueden encontrar solución mediante un amplio cambio de actitudes, pautas de pensamiento y formas de vida. Es sólo desde hace escasos años cuando este vasto concepto de cultura —conocido largo tiempo ha para los sociólogos— ha llegado a prevalecer entre los representantes gubernamentales y expertos que cooperan en el campo de desarrollo cultural europeo. Resulta elocuente echar una mirada hacia atrás sobre algunas de las fuerzas que han hecho inevitable tal adopción. Puede vérselas actuando en todas las organizaciones intergubernamentales, pero si dejamos a un lado aquéllas de las que las democracias europeas forman sólo una parte, es al Consejo de Europa a donde dirigimos nuestra vista. Es aquí donde podemos discernir con mayor claridad el surgimiento de una problemática específica de sociedades autónomas industrializadas y ampliamente urbanizadas, que presentan condiciones geográficas similares; las cuales han ido pasando a través de fases análogas políticas, económicas y demográficas; y que han sido copartícipes sustancialmente de determinadas creencias e ideologías comunes —cristianismo, nacionalismo, liberalismo, social-democracia, socialismo—.

El Consejo de Europa fue creado hace ya un cuarto de siglo, en una época asediada también por graves problemas, en una Europa desgarrada y expoliada por la guerra. No es, ni tampoco se pretendió que fuera, una estructura operacional como el Mercado Común Europeo. Fue creado para que constituyera una fuerza moral tratando de expresar la quintaesencia de ideales, aspiraciones, conocimiento y experiencia europea, proporcionando en consecuencia una guía en todas aquellas cuestiones en las que autoridades centrales y locales de países miembros, laboran en pos de un mantenido y sólido progreso de sus pueblos. Ya desde el principio, los asuntos culturales han sido incluidos entre éstos. Sin embargo, en aquellos días el vocablo cultura se interpretaba en un sentido estrictamente limitado, y esta temprana cooperación cultural estaba circunscrita, en buena parte, a materias relativas a sistemas educativos, así como al intercambio de información y sugerencias en materia artística, y acuerdos y convenciones entre los políticos y administradores responsables de las artes y artistas. En la práctica real, la cooperación en cuanto a sistemas educativos adquirió rápidamente su propia dinámica y sus estructuras, el desarrollo cultural se identifica con los tipos de actividad atendidos habitualmente en cada país por Ministerios de Cultura u otros organismos gubernamentales o paragubernamentales encargados de las cuestiones artísticas. Hoy es fácil y tentador mirar con desdén esto como algo marginal al trabajo, recreo y bienestar social de las masas. Sin embargo, fue gracias a estos primeros contactos internacionales por los que los representantes y consejeros de los gobiernos se vieron inducidos, poco a poco, a pensar por encima de los límites de sus tradiciones y rutinas oficiales de sus propios países, adoptando una visión distanciada y serena de la política cultural. Comenzaron a mirar esto de una forma nueva y con mayor objetividad frente al telón de fondo, siempre cambiante, de las necesidades humanas, comportamiento de las masas, tendencias y aspiraciones populares; a tener en cuenta estilos de vida que iban surgiendo y nuevas tecno-

logías de trabajo, diversión y comunicación. Ha sido esta reorientación gradual lo que les ha conducido a ver la importancia para su trabajo de los conceptos y definiciones culturales en uso entre sociólogos y antropólogos. Se han visto también influenciados últimamente por economistas políticos, que han comenzado a poner énfasis en la calidad de la vida, más bien que en el crecimiento del producto nacional bruto como objetivo de la acción colectiva.

Esta reorientación ha constituido un proceso lento y apenas se ha completado. Si hoy, en la tarea de organismos intergubernamentales y de gobiernos determinados, los asuntos culturales comprenden una amplia y variada gama de actividades humanas, y si ocupan un lugar más destacado en política general, no es fruto de alguna súbita inspiración, sino de un trabajo paciente desde principios modestos, y de un propósito decidido de entender los porqués de sus equivocaciones y fracasos. El movimiento ha sido esporádico y es sólo en los últimos cinco años cuando ha ido en verdad ganando ritmo. Hasta ahora, y según está reflejado en los programas culturales del Consejo de Europa, ha implicado arranques falsos y retrocesos, así como cambios de rumbo conforme han ido apareciendo nuevos escollos en la realidad sociológica. Sin embargo, la cadencia de cambio en esos últimos años ha ido acelerándose hasta el punto de provocar una crisis. Se ha abierto un paisaje enteramente nuevo, con panoramas nuevos, problemas inéditos, tareas también nuevas, algunas de ellas de tal alcance, que ponen en entredicho el mismísimo principio de una consideración por separado de asuntos culturales.

Es justo rendir cierto elogio retrospectivo a lo que se ha hecho antes y dejar bien claro cómo lo que ahora se nos antoja ineffectividad o irrelevancia, en aquellos tempranos programas europeos de desarrollo cultural no era el resultado de un conservadurismo deliberado, ignorancia culpable o elitismo. Representaba los esfuerzos sinceros — en forma alguna fallidos— de hombres y mujeres que bus-

caban satisfacer lo que se interpretaba eran —hasta hace pocos años— las necesidades culturales de nuestras sociedades. Ciertamente, en la mayoría de los países hoy, incluso en el sector más instruido del público, pasa inadvertido algún cambio en el significado del término «cultura». Desde luego, para la mayoría de los oídos ingleses ello sigue siendo una idea asociada a reuniones de gente de un nivel superior en salas de conciertos y teatros o salas de exposiciones; y todo esto a pesar de un largo y aún inconcluso debate desde Matthew Arnold a Raymond Williams, con meritorias intervenciones de científicos sociales eminentes. Mientras que los expertos y administradores se han pasado a un nuevo concepto, el público en general sigue aplicando una interpretación a «cultura» como si siguiera significando lo que en aquellas reuniones intergubernamentales en los primeros años postbélicos: algo equiparable con las artes, especialmente con las representaciones y producciones de artistas profesionales.

Esto en aquel tiempo se tomaba como cosa natural y no planteaba problemas de ninguna clase. Por el contrario, brindaba tareas claramente definidas que podían acometerse sin inconveniente alguno. Sin duda, había algo de jerárquico en ello. No obstante, en Europa Occidental en conjunto, a pesar de siglo y medio de conmoción social y evoluciones, persistía la presunción general de que nuestras sociedades eran aceptables como jerárquicas, no sólo en asuntos de poder y de rentas, sino en los campos de la ética y la estética. Se suponía una conexión entre las dos, a juzgar por el lenguaje mismo de ciertos países, por ejemplo Inglaterra, donde las palabras aplicables a la masa trabajadora del pueblo en la base de la pirámide social —«common», «vulgar», «low», «lout», y «lewd» (los dos últimos, son meros derivados del *leute* alemán, que significa gente, pueblo) «churc» y «boor» (rústico)—, eran todos términos ortodoxos de desaprobación moral o cultural. La guerra de 1939-45 ha puesto en marcha fuerzas que habían de alterar todo esto; sin embargo, y todavía en 1950, el experto cultural podía, con

una conciencia tranquila, tomar como premisa cierta que algunas experiencias o actividades, incluso si eran anodinas o detestables para la mayoría de la gente, podían estimarse como culturales y, en consecuencia, valiosas; así como que existía una minoría superior en la sociedad facultada y obligada a actuar como custodio de todo lo que era óptimo, todo lo que era cultura. La cuestión de su importancia para el pueblo en general y para su vida cotidiana era algo que, simplemente, no se suscitaba. Téngase en cuenta que en aquella época era bastante menos del dos por ciento actual de la población europea-occidental la que participaba, siquiera pasivamente, en las artes representativas o de exhibición.

Nos inclinamos a olvidar el inmenso y veloz cambio en el pensamiento social y político que ha tenido lugar en el último cuarto de siglo. Su alcance queda puesto de relieve mediante una *comparación* de dos tonos diferentes, entre una definición engolada de Georges Duhamel, hecha poco antes de la guerra:

«Cultura es la suma total de ideas que no parecen conducentes a una aplicación inmediata.»

Con el áspero comentario hecho en 1972 por Michel de Certeau:

«En lenguaje corriente, "cultura" significa el concepto neutro "cultural", dando la idea de un "cajón" para el vertido de todos los problemas sobrantes que la sociedad es incapaz de abordar.»

Lo ocurrido en el intervalo de tiempo entre estas dos definiciones, consiste en que hemos pasado a una nueva era —sin ninguna revolución declarada, sin ninguna ruptura abrupta de continuidad—; una época en que la línea de conducta posible para cualquier gobierno habrá de abarcar salud, riqueza y bienestar de la masa popular, y en la que además está aceptado como deber del gobierno hacer siempre cuanto esté en su mano para garantizar que la democracia se vaya haciendo cada vez más auténtica, de tal manera

que las ideas y aspiraciones del pueblo sean oídas y buscadas y obtengan una respuesta por parte del gobierno. Ninguna otra justificación de conducta gubernamental en cualquier campo, incluyendo el cultural, es atendida o tolerada hoy en el mundo occidental. No hay aquí lugar para ninguna razón transcendental o de otra clase —ya sea nacionalista, religiosa, racial o ética— que pudiera amparar una política cultural tratando sólo de actividades que afectan exclusivamente a un sector reducido de la población. Esto es tanto más de aplicación cuando la gran mayoría del pueblo se ha ido acostumbrando, a través de la masa media, a oír confirmada la validez de sus propias pautas de vida, y mirar para atrás despreciativamente aquellos tiempos en que sus padres se sentían contentos con ser repetuosos —si bien no interesados— hacia una cultura en la que no tenían participación. Es difícil comprender cómo esta ortodoxia de hoy habría sido herejía extraordinaria hace unos cuantos decenios. Apenas han transcurrido treinta años desde que fuera posible a Churchill (un hombre que hacía constar su admiración por la forma en que el amante belicoso y aristocrático de su madre fustigaba a un patán que pedía con insolencia su lícito puesto en una cola para conseguir la entrada), hablar del «pueblo trabajador de este país, que ha demostrado, mediante su firmeza en tiempo de guerra, merecer algo mejor» que las condiciones socio-económicas existentes. Pues bien, semejante declaración no provocó ningún comentario público. Hoy, ningún político, ni derechista ni izquierdista, en cualquiera de nuestros países, podría hablar impunemente en esta forma, implicando que, al igual que el pueblo trabajador, había algún otro elemento en la sociedad facultado para emitir un juicio acerca de los méritos sociales, reteniendo la llave de valores sociales, erigiéndose en custodio del patrimonio cultural y del tono más adecuado a la sociedad.

Si queda todavía alguien que abrigue ilusiones de esta clase, no osará mostrarse y será tenido como hostil al movimiento en pro de un mayor igualitarismo y la comedida

reflexión por el gobierno de las normas, gustos y deseos que el pueblo hace manifiestos.

Recordarnos a nosotros mismos, incluso en esta forma de mero esquema, la revolución silenciosa de nuestra época, es sentir una mayor comprensión y simpatía por los primeros esfuerzos culturales llevados a cabo por un organismo intergubernamental, tal como es el Consejo de Europa. No tardó mucho tiempo en percatarse bien de las limitaciones y anomalías de una «diplomacia cultural» interesada en el intercambio de obras de arte, exposiciones internacionales y derechos y deontología de artistas. Expresó inquietud especial ante la anomalía que significaba el gasto en favor de reducidas minorías de poblaciones, dando escasa satisfacción a mayorías abrumadoras. Las pruebas se iban acumulando en el sentido de que para sectores amplios de la población, la cultura —en la interpretación tradicional del vocablo— suscitaba con frecuencia vivo desagrado. Un sociólogo que pasó un año viviendo con una familia en el primer año de residir ésta en una urbanización creada dentro de un programa para eliminación del «chabolismo», hacía constar cómo sentía una verdadera molestia física por el sonido de las excelsas sinfonías clásicas o piezas de música de cámara. El escritor George Orwell había ya observado anteriormente síntomas análogos entre los trabajadores cuando se topaban con grandes colecciones de libros. Una reacción común de la clase trabajadora a fenómenos de esta clase —la cultura de los hombres cultos— consiste en reirse, hecho explotado por esos programas de comedia en televisión, herederos de las funciones de los antiguos *music halls*. Téngase en cuenta que la risa es en alto grado un desahogo de la irritación psíquica, una especie de estornudo espiritual que expulsa algo inaceptable al sistema. El alcance y significado de esta clase de consideración puede ser discutible; sin embargo, pocas dudas podría haber entre el grupo internacional de administradores y expertos, en que las artes a que sirvieron no corresponden a los gustos de la masa según demostraban experiencias obtenidas comercialmente, ideadas claro está

para atraer, no a la «mejor gente», sino a la masa del pueblo. Esto arrojaba un foco de luz desconcertante sobre los costos de políticas culturales tal como se concebían, haciéndolas más objetables y vulnerables cada vez que la inflación u otras dificultades económicas traían la necesidad de un examen gubernamental general y la consiguiente reducción del gasto.

Ejemplos de este dilema pueden encontrarse en la postura ambigua e insegura de canales de radio europeos tales como France-Culture o Radio III de la BBC, que se concentran principalmente en emisiones «intelectuales».

Problemas de esta clase llevaron a un re-estudio severo por parte de funcionarios y consejeros culturales. También se enfrentaban, conforme avanzaba el tiempo y Europa se recuperaba con éxito y comenzaba a entrar en la época de la opulencia, con clamorosas exigencias por parte de los grandes servicios artísticos, haciendo un llamamiento en nombre del patrimonio cultural en pro de fondos más cuantiosos para afrontar los costos cada día más altos. Tales exigencias no podían dejarse de lado. No obstante el aplauso por una «democracia genuina», los gobiernos se han mostrado algo reacios a asumir la responsabilidad de arrojar por la borda la cultura de minorías. Los intentos de reducir gastos, tales como la imposición de unas tarifas de entrada económicamente actualizadas en museos, bibliotecas y galerías de pintura, han topado a menudo con protestas de poderosos grupos de presión que aseguran hablar en nombre del derecho del trabajador a la cultura. A primera vista, esto podría parecer ilógico, habida cuenta de la escasa disposición del trabajador a utilizar semejantes servicios —centros tan subvencionados como son salas de conciertos, palacios de ópera y teatros nacionales—. Sin embargo, este tipo de protesta se hallaba basado en conceptos que los gobiernos estaban inclinados a tomar en serio. En efecto, semejantes premisas afirmaban cómo el gusto popular se había visto viciado por siglos de condiciones socio-económicas desfavorables;

que es un deber en el cual el Estado debe insistir y al que ha de prestar apoyo, a fin de contrarrestar los efectos de anteriores desventajas y convertir la cultura en accesible y atractiva para las masas. Esta filosofía de democratización de la cultura rechaza como insignificante la desoladora estadística de un mero dos por ciento de interés popular en las artes que se refieren sólo a las representativas a nivel profesional y, que en todo caso, se ve rebajado por la inclusión en total europeo de zonas donde las oportunidades prácticamente no existen. En el supuesto de que se proporcionaran las instalaciones adecuadas, incentivos y estímulo, el pueblo vendría más y más a conocer el legado cultural que es tan suyo.

Semejante filosofía se asienta en una fe en determinados valores que son extraños a las pautas de comportamiento mayoritario según existen hoy. No es en modo alguno, un credo aristocrático, o el razonamiento de una élite para tranquilizar su conciencia, buscando «mejorar la suerte de la masa vulgar». Según fue enunciado concretamente por Trotsky allá por 1924:

«La construcción social y la educación psico-física constituirán dos facetas de un solo proceso. A éste se le dará estética, forma de todas las bellas artes —literatura, teatro, pintura y música—. El hombre se hará inconmensurablemente más fuerte, equilibrado, sabio y sensitivo.»

En definitiva, no hacía sino repetir lo que se había dicho por los grandes apóstoles del proletariado, que esperaban llegar el día en que los trabajadores se vieran liberados de la servidumbre, de la tarea penosa y sucia que les agotaba, y tendrían un auténtico esparcimiento, no simplemente un estupor brutalizado, recuperativo. Carlos Marx previó que esto sería «el espacio para perfeccionamiento humano»; Engels pensaba que se emplearía en «una participación general en los asuntos públicos»; Proudhon avanzaba que iba a ser aprovechado para «composición libre y astronomía popular». En realidad, a lo largo de la centuria siguiente a la

publicación del *Manifiesto Comunista*, el trabajador europeo medio ganó 1.500 horas anuales de tiempo libre, gracias a una legislación que reducía las horas de trabajo; esto no ha llegando, en su mayor parte, a confiar las predicciones de los ilustres gigantes populistas antedichos. Sin embargo, ello no quita validez a las presunciones básicas, siendo a partir de éstas (aunque, naturalmente, sin una connotación marxista forzosa) cuando se ideó y acometió buen número de los programas por parte de expertos culturales europeos. La democratización de la cultura ha sido un principio orientador hasta el decenio actual. Si, mirando retrospectivamente nos puede parecer ingenuo, paternalista o elitista, debemos mostrarnos justos reconociendo que fue sincero e idealista, no un intento de manipular las masas o mantenerlas distraídas o contentas. Por cierto, el distinguido experto cultural americano, profesor Boorstin, hablando hace sólo pocos meses, lo contrastaba en forma favorable frente a la conceptualización que tiende a prevalecer ahora en círculos culturales.

«La democratización de la cultura es un concepto ampliador de horizonte, que lleva a programas generosos y dinámicos.»

No pareció carente de sentido práctico y realista tratar de democratizar la cultura tradicional y su evolución contemporánea. La evidencia parecía indicar que esto podía llevarse a cabo. La popularización de la cultura que ha tenido lugar desde el advenimiento de la radio, por limitado que pueda ser en alcance, había incrementado indudablemente entre el pueblo la familiarización, y cierto gusto también por la música y teatro clásicos. También eran así los efectos de sistemas prolongados y enriquecidos de educación obligatoria, del perfeccionamiento en los servicios de bibliotecas públicas, ediciones económicas de libros y la revolución que ha supuesto culturalmente la edición en rústica. Intereses comerciales, siempre despiertos para diagnosticar una rentabilidad potencial, habían comenzado a intervenir

en formas que contribuían a la difusión de cultura. Al igual que una centuria antes, la prensa popular había salido a la luz para atender a las consecuencias de una alfabetización obligatoria; así, en la segunda mitad del siglo que corre, se han invertido miles de millones de dólares en industrias que inundaban los quioscos, «drugstores» y supermercados con libros de «Hágalo Vd. mismo», y revistas ilustradas sobre elegantes habilidades de un vivir erudito, historias ilustradas de las artes, reproducciones de maestros como Canaletto y Corot, sin faltar conciertos de discos de Mozart. Como sin duda alguna habían calculado los empresarios, esto armonizaba con la dinámica social perceptible en toda Europa, fenómeno que en Francia se denomina «*embourgeoisement*»: tendencia de muchísimas personas de una clase trabajadora cada vez más próspera y con más tiempo libre, a probar experiencias antes fuera de su alcance, movidas no solamente por curiosidad y deleite, sino también buscando una mejora de estatuto social. Nadie podría dudar de la aportación hecha por estas industrias culturales para democratizar la cultura. La presentan en forma sincera como algo conveniente desde un punto de vista del rango social, creando la demanda de géneros por el consumidor cultural mediante una publicidad que invoca sin timideces una motivación de elegancia y competitividad social. Esto ha venido unido a la generalización de una movilidad motorizada entre todas las clases, lo que ha originado un mercado para ayudar a las aficiones eruditas como «conozca sus castillos», o sus catedrales, o mansiones suntuosas; o «procure conocer sus tesoros artísticos», sus lugares históricos, arquitectura, paisajes, etc. Cuantos factores hemos descrito se han combinado para producir resultados sustanciales que se pueden medir v.g., por el hecho de que la brevísima exposición Turner celebrada recientemente en Londres fue visitada por más de medio millón de personas.

La democratización de la cultura parecía ser en aquel entonces una fórmula satisfactoria. La política cultural llegó a ser no sólo una respuesta constructiva a posibles acusacio-

nes de irrelevancia y elitismo, sino también algo totalmente acorde con el tema de los representantes que se congregaron en el Consejo de Europa bajo una Carta que estipulaba «salvaguardar y fomentar los ideales y principios que forman el legado común». La nueva orientación se hizo visible cuando los países miembros suscribieron en 1954, en París, una Convención Cultural Europea. Esta reconocía la necesidad «no meramente de acuerdos culturales bilaterales entre Estados miembros, sino la adopción de una política común de acción para preservar la cultura europea y fomentar su desarrollo».

Buena parte de la labor resultante continuaba ocupándose del intercambio de obras de arte; con exposiciones y representaciones en un programa de marco internacional; estatuto legal y económico de artistas profesionales. Sin embargo, no iba acompañado de un interés creciente en el análisis de/e intercambio de información sobre medios adecuados para hacer la cultura más atrayente y asequible a la gran masa del pueblo. A pesar de ello, no se observaron trazas de un decidido esfuerzo para democratización en los temas abordados en las magníficas Exposiciones de Arte Europeo (de inmenso éxito aun en su forma restringida) y que constituyen un rasgo en verdad espectacular de esta cooperación en los años siguientes.

Fueron éstas:

La Europa Humanista. Bruselas, 1954

El Manerismo, desde Miguel Angel a El Greco. Amsterdam, 1955

Realismo, clasicismo y Barroco en el siglo XVII. Roma, 1956

El Siglo del Rococó. Munich, 1978

El Movimiento Romántico. Londres, 1959

Las Fuentes del siglo XX, 1884-1914. París, 1960

Arte Románico. Barcelona, 1961

Arte Europeo hacia 1400. Viena, 1962

Arte Bizantino y Europa. Atenas, 1964

Carlomagno: influencia y supervivencia. Aachen, 1965

Cristina de Suecia y su época. Estocolmo, 1966

Arte Gótico. París, 1968

La Orden de San Juan de Malta. La Valetta, 1970

Neoclasicismo. Londres, 1972

Se ha hecho, asimismo, evidente en otras formas cómo existían dificultades en cuanto a la manera de conciliar la conservación del patrimonio cultural con un llamamiento de amplio alcance a la población en general. A pesar de sus logros apreciables, la democratización de semejante cultura topa con barreras insuperables en la práctica y que imposibilitan llegue a una gran mayoría del pueblo. A finales de la década de los cincuenta, podían verse valores sociales que estaban planteando problemas de tipo inédito. Por encima de todo, estaba la cuestión de si el concepto de una «cultura europea» corresponde, en el fondo, a alguna realidad. ¿Existe semejante cosa? En el plano de las artes tradicionales, podía otorgarse un «Sí» rotundo. Sin embargo, ¿hasta dónde estas artes se refieren solamente al pasado y al culto de este pasado por un pequeño número de entusiastas? ¿Acaso es la cultura europea simplemente un, dijéramos, «museo de cultura»? Indudablemente, en el plano de ideales y principios es lícito hablar de una cultura europea aludiendo a determinados valores éticos y sociales, que, en general, inspiran la organización de la sociedad desde el Báltico al «Mare Nostrum». Entre éstos, y en primera fila, se hallan los valores dados al respeto a la personalidad humana, incluso hasta el punto de reconocerle derechos contrarios a los de la comunidad, y en la búsqueda y la enunciación de la verdad por el individuo, sin restricciones de ninguna clase.

Tales valores —así como otros que pudieran mencionarse— no son, sin embargo, propios exclusivamente de países europeos; si bien, constituyen un síndrome susceptible de denominarse europeo en la medida que caracteriza una organización social. No obstante, en un tercero y ahora el plano más relevante, se puede hablar hoy de ello con mucha

menos certeza. Se trata de un nivel en el que se interpreta la cultura, conforme se refleja en la vida cotidiana que lleva la masa de ciudadanos corrientes; no como se la ve en los tribunales de justicia, despachos gubernamentales, universidades, teatros y grandes salas de conciertos. En las culturas populares de épocas pasadas había cimentado su polícroma variación un factor europeo común, algo que puede apreciarse perfectamente en los festivales internacionales de danzas folklóricas. Pero, por desgracia, estas culturas de tipo popular, salvo en escasas y remotas áreas, o hecho resurgir a título de atractivo turístico «folklórico», han desaparecido en buena parte, conforme nuestras sociedades iban entrando en la fase de industrialización y postindustrialización; al mismo tiempo que el fenómeno moderno de la urbanización ha venido a significar, no solamente un éxodo masivo a las grandes urbes, sino también la invasión y conquista de las comunidades rurales por la producción en masa, publicidad, extensión de los «mass media», acompañado todo ello del computador y el automóvil. Simultáneamente, ha venido una uniformidad general, que impone valores y formas de vida urbana. Según hemos hecho ya observar, no ha transcurrido el tiempo normal de una vida humana desde la época en que había, por lo menos, un cierto grado de unidad cultural, consistente en el hecho de que la gran masa de población aceptaba en todas partes —aunque sólo fuera indiferentemente y sin entusiasmo— las normas culturales fijadas por una clase superior. Este estado de cosas era de aplicación especial a las comunidades rurales y entre trabajadores especializados en las áreas industriales.

Era, precisamente, de estas clases de donde procedía un número notable de dirigentes autodidactas, cuyas aspiraciones encontraban correspondencia en los movimientos de educación de adultos en diversos países, que atraían simpatía y benevolencia por parte de los académicos privilegiados, junto con un afán resuelto de los trabajadores de crear servicios culturales para ellos mismos. Naturalmente, y si bien su número no dejaba de ser impresionante, suponían sólo

un puñado excepcional en cualquier comunidad determinada. Los movimientos de educación de adultos brindaban escasas oportunidades para aprender cómo elevar su propia situación financiera. El objetivo era aquí capacitar a la persona, a fin de «perfeccionarse a sí misma», mediante la ardua escalada hacia una plataforma, llamada «cultura», a la que las clases acomodadas tenían caminos de acceso mucho más asequibles.

No había mucha traza, hacia 1960, de esta aceptación por la clase trabajadora de una cultura de clase superior como algo a lo cual un país rinda tributo, aunque sólo sea de «boquilla». Volviendo para atrás, en las décadas veinte y treinta, el filósofo Ortega y Gasset, en su obra titulada «La rebelión de las masas», F. R. Lewis en «Civilización de Masas y Cultura de Minoría» tenían predicho que, con la participación creciente en el poder político y económico, la masa popular abandonaría su actitud de apoyo como si fueran columnas inmóviles de una cultura no en armonía con sus propias preferencias. Si empleáramos la frase «cultura europea» en el sentido tradicional del término, se referiría ahora a pequeñas minorías en cada país, que compartían un interés común por las artes, al igual que otros compartían un interés común por el deporte del ajedrez o, la apicultura.

Si, por otro lado, comenzáramos a usar una definición más amplia de cultura —mirándola más bien en el sentido de laboratorio del vocablo— como el ambiente que el organismo exuda o adquiere para fines biológicos, nos encontraríamos con una clase distinta de problema. En este sentido de la palabra, había habido una rápida extensión de uniformidad cultural en Europa Occidental, pero ella parecía tener mayor relación con la tecnología y los valores americanos —operativa desde las chozas de Quonset en el Pacífico, a las tiendas o economatos militares estadounidenses en Bad Godesberg— que con cualquier cosa específicamente europea. Esta nueva unidad cultural se ha producido gracias a nuevas técnicas de producción, distribución, publicidad, vivienda,

transporte y comunicaciones, incluyendo también el empleo de novísimos «mass media». Constituye una formidable alternativa a cualquier cultura minoritaria que intente coexistir con ella, no digamos ya, democratizarse. Un aspecto de esta cultura de masas es el grado en que, en materia de diversión y arte, está servida por un influyente grupo de industrias, que responden sensitivamente —e incluso anticipándose— a los deseos populares, proclamando ruidosamente la superioridad de la cultura popular que proporcionan, hasta tal punto, que los consumidores se convierten en intolerantes respecto a otros valores. Estos intereses comerciales tienen una gran influencia en cuanto a tomar decisiones sobre atribución de tiempo y canales en radio y televisión. Ocasionalmente, se ha producido una asociación hartó tenue entre cultura «pop» y protesta política o movimientos «contraculturales», aunque, hablando en general, encontremos poca crítica social en «pop», mientras que la «protesta» es lisa y llanamente un tipo de género de consumidor con el cual adormece el pueblo su ocio y permite a algunos otros «protestatarios» más vocingleros hacer una carrera remuneradora. La brecha entre esta cultura (que significa, más o menos, «una forma de vida»), y la de la minoría, ésta más asociada con las artes tradicionales, se ha visto ampliada, a medida que los progresos contemporáneos en estas últimas, especialmente, música, pintura y teatro, se han desplazado del realismo hacia lo abstracto y otras áreas académicas.

En un estudio publicado en 1975 por el departamento de investigación del Ministerio francés de Cultura, Jean François Collinet ha dado a entender cómo estas innúmeras grietas culturales entre diversas secciones son concomitancias inevitables en sociedades entregadas al crecimiento económico. Ponen en yuxtaposición a grandes riadas de gente que únicamente saben de su propio poder adquisitivo como una forma de autoexpresión y autodeterminación, con otras gentes que se ven forzadas más y más hacia una «torre de marfil» de cultura de minorías, ya se trate de las artes tradicionales, o de rebelión, o rechazo y abandono. Es un

cuadro nada prometedor para la democratización de la cultura, según lo imaginado en principio por los expertos culturales europeos. En el caso de que se hubiera constatado un pluralismo benigno y tolerante —la «open society» de Popper— y se hubiera mostrado razonable presumir que la gran masa del pueblo llevaba ahora una vida satisfactoria, habrían mirado el futuro con cierta confianza. En su lugar, existen rencores, tensiones y descontentos muy extendidos, que ocasionalmente se ponen de manifiesto de forma violenta, verbigracia, los sucesos de mayo de 1968 en Francia. Testimonios llegados de todos los sectores señalan cómo cientos de millones de personas en nuestros países, que lejos de disfrutar alguna participación efectiva en una vida plenamente satisfactoria se ven atrapadas y tratadas según pautas culturales que se revelan frustradoras y decepcionantes, tanto más cuanto que han sido creadas o adoptadas voluntariamente en respuesta a una propaganda y publicidad capciosas. La situación general del pueblo, por bastante sólida que pueda parecer desde los puntos de vista de sanidad y bienestar físico, es tal que no sacan provecho —y se percatan bien de que no lo hacen— de la mayoría de los recursos que hay en sí mismos y en la comunidad. No utilizan, en ningún grado que produzca satisfacción permanente, sus capacidades creadoras, expresivas, críticas o sociales. La vida en grupo y la participación en actividades culturales, cualquiera que sea el vocablo con que se denomine, está más allá del alcance de las innumerables personas alojadas —confortable e higiénicamente, desde luego— en los extensos barrios residenciales situados a kilómetros de distancia del centro de la ciudad. La política cultural, si es que ha de preocuparse efectivamente de la gran masa del pueblo, no puede olvidar estas realidades. Tampoco puede cerrar los ojos a tendencias sociales, por ejemplo, el énfasis dado por nuestra sociedad a una productividad eficiente, que otorga lugar predominante a quienes se hallan en pleno vigor de la vida y margina a las generaciones de viejos y jóvenes; o la presión demográfica que, unido a una urbanización acele-

rada, exige una decisión del individuo entre, por un lado, conformismo con un empleo del ocio en forma popular y prefabricada; o por otro, el alto coste y frustraciones de una soledad ruidosa, donde hay algún intento hacia una modalidad de vida más personal y creadora; o también, el movimiento hacia una fuerza laboral mucho más pequeña, mucho más especializada, como clave de la productividad, con la consiguiente degradación en el «status» de la mayoría de los otros trabajadores —movimiento éste que está produciendo un claro desvío de énfasis del trabajo al ocio como determinante de la buena vida, como el metrónomo del empleo del tiempo, el índice de estima social y la clave de las relaciones sociales.

La popularización de la cultura y la salvaguardia y extensión del patrimonio cultural, presentaban en la década de los sesenta una grande y doble dificultad. En efecto, por entonces se suscitaba ya abiertamente la cuestión en los procedimientos de cooperación cultural europea de si los gobiernos podían tener justificación en ir contra el modo de vida tal como es simplemente vivida por la mayoría de los ciudadanos, o en fomentar un determinado conjunto de valores en lugar de otros que eran perfectamente legítimos; así como, qué esperanza de éxito podía haber para, una de democratización cultural si los criterios de política y programas no tomaban en cuenta la estrecha vinculación entre las diversas formas humanas de expresión y actividad cultural y su situación socio-económica, su papel y radio de acción en su comunidad familiar y de la fábrica y, naturalmente, la clase de antecedentes escolares o académicos con que estuviera equipado para la vida, y el grado en que continuara teniendo necesidades y oportunidades de educación.

Fue precisamente para hacer frente al volumen y complejidad de asuntos culturales, que el Consejo de Europa creó en el año 1962 un importante órgano constitucional, llamado Consejo para la Cooperación Cultural, el cual se hallaba capacitado para coordinar el trabajo de cualesquiera sub-

comités que decidiera establecer; y por medio de ellos o en forma directa, iniciar estudios, investigación y diversos tipos de proyectos. El «C C C» (abreviatura por la que no tardaría mucho en conocersele), volcó el principal peso de su atención, en primer lugar, hacia los sistemas educativos. Algo bien lógico de esperar. Parecía probable que la solución a los problemas de promoción cultural y al prerrequisito de liberar al pueblo de una explotación con satisfacciones sórdidas y sucedáneos, podría encontrarse, sobre todo, en una reforma educativa. Al desafío de una cultura americanizada —faceta del tan trompeteado «défi américain»— podría hacersele cara mediante una reafirmación educacional de valores genuinos europeos.

La democratización de la cultura ha de ir precedida, o acompañada, por una democratización de la tarea educativa, una apertura a todo el pueblo de las oportunidades y experiencias educativas disfrutadas hasta ahora por élites de signo minoritario.

A pesar de las tendencias igualitarias en varios países miembros, continuaba siendo muy cierto cómo los sistemas educativos favorecían a quienes mostraban capacidad —de una vez y para siempre— en edades que cumplían los requisitos prescritos para ingresar en escuelas de enseñanza media o en educación superior o de ampliación. Quienes desarrollaban esta habilidad posteriormente se encontraban barreras echadas al adelanto o promoción, y solamente en muy escaso número lograban algunos encontrar caminos de increíble dificultad hasta, dijéramos, una «puerta trasera». Se ha comprobado en todas partes cómo el triunfo en los exámenes en la edad adecuada era mucho más corriente entre chicos que disfrutaban ventajas domésticas. Además, los programas de las escuelas eran de criterio reducido, excesivamente preocupados por un conocimiento enciclopédico de las humanidades clásicas y matemáticas exigidas para los exámenes; y casi nada interesados en capacitar a los alumnos para la vida y el ocio, la sensibilidad y las relaciones

sociales. Se imponía una reforma profunda y los representantes intergubernamentales convocados a reunión por el CCC se entregaron a la tarea de dar una orientación europea. Es algo que se ha revelado como un trabajo de proporciones hercúleas. Se han creado grupos de trabajo, comisionado expertos, celebrado coloquios y se ha llevado a cabo una búsqueda intensiva para ideas u operaciones experimentales. Los frutos de semejante investigación han sido ordenados para que sirvan como principios de orientación, hallándose éstos ahora sometidos a prueba con diversos casos específicos de estudio. Para finales de la década, el avance de este proyecto de educación, junto con la publicidad y documentación que le acompañan, habían tenido ya un notable impacto en países miembros, incluyendo el Reino Unido, donde el término «educación permanente» se hizo familiar en círculos oficiales.

Esta apelación ha merecido el aval de todos los países miembros del Consejo de Europa, los cuales han otorgado su visto bueno a la publicación por el Consejo de un sumario o resumen de los conceptos básicos de educación permanente: «Fundamentals of an Integrated Educational Policy» (1971). Haciendo una breve recapitulación, este documento proclama que cualquier sistema de educación edificado de acuerdo con los principios de educación permanente, capacitará a la persona a lo largo de toda su vida, a poseer los medios de autodesarrollo, adaptación a necesidades y circunstancias que vayan surgiendo, y al pleno aprovechamiento de los recursos, tanto interiores como exteriores, que poseen para una auto-satisfacción. Los medios a que se alude son, naturalmente diversas clases de instalaciones o servicios para aprender. Deben ser apropiados para todas las fases de una vida humana: pre-escolar, escuelas y colegios, entrenamientos, etc., así como también servicios que llenen las necesidades de los adultos, cualquiera sea su edad. Atenderán la enseñanza vocacional y general, tanto formal como informal. Téngase en cuenta que la educación permanente es, sobre todo, educación para el cambio en un mundo que evoluciona sin cesar; el concepto de una educación inicial, una

vez y para siempre, es aquí descartado en favor de un sistema que presupone recurrir a la educación a lo largo de toda la vida, si bien, probablemente de una forma discontinua. No existe ningún término fijado, ninguna catalogación final en éxito a fracaso, ninguna renuncia inevitable a ambiciones de carrera. Así, en cualquier momento de la vida, pueden explorarse caminos inéditos, un intento pro nuevas calificaciones. Un sistema que satisfaga estas exigencias implica vacaciones educativas pagadas, con cursos tipo, dijéramos, «sandwich» en horas de trabajo, un sistema de convalidaciones de asignaturas que hagan posible a la persona volver a seguir un curso que hubiese abandonado, sin necesidad de volver enteramente al punto de partida. En un sistema así juega un papel relevante el aprendizaje individual con ayuda de los «mass media». La educación permanente significa un tipo nuevo de relación profesor-estudiante, en el cual una participación activa de estos últimos en la selección de «curriculum» y método armoniza con un objetivo general de educar a la persona para hacerlo independiente y tomar parte activa en los asuntos que le afectan. En los principios de educación permanente va explícita la necesidad de un «curriculum» que garantiza cómo alumnos y estudiantes llegan a una situación en la que pueden satisfacer sus impulsos creadores y utilizar por sí mismos y con discernimiento las experiencias culturales brindadas por su comunidad y la sociedad.

Una reforma educativa conforme a los principios apuntados, se traducirá, naturalmente, en escuelas y modalidades de educación posterior, que combinen bajo una sola política programas de desarrollo educativo y cultural. Las innovaciones y reformas efectivas que han tenido lugar últimamente confirman esta opinión. Al mismo tiempo, han revelado cómo ello ha de ser una expectación a largo plazo. Por ahora deben continuarse e intensificarse políticas de desarrollo cultural adicional por separado. La preocupación inmediata de los interesados en la reforma educativa ha de ser lo referente a las estructuras principales —organiza-

ción y «curriculum» de las escuelas primarias y medias, universidades y centros de formación vocacional y re-entrenamiento o reciclaje—. Hay por delante extensos problemas a solucionar, asuntos de ingreso en la Universidad, calificaciones, selección y «streaming» (1) dentro de la enseñanza media, de «segunda oportunidad», de participación por el alumno y estudiante, etc. En los años venideros todo esto tenderá a ocupar preferentemente el tiempo y la atención de los programas para educación permanente. En su mayoría se refieren a situaciones donde hay una asistencia obligatoria o un aprendizaje fuertemente motivado por consideraciones de carrera. Los gobiernos que han ajustado su política educativa conforme a las nuevas direcciones, han mostrado una tendencia comprensible a otorgar prioridad a reformas que garantizan o incrementan la productividad y el «pool» de talentos vocacionales de la nación. De esta manera, mientras la doctrina de una educación permanente hizo clara la identidad teleológica definitiva entre educación y desarrollo cultural, tardó poco tiempo en comprobarse que no era de esperar que las instituciones educativas pudieran, en un futuro próximo, ejercer gran impacto sobre la serie de problemas o hacer mucho para atender las amplias necesidades humanas que venimos bosquejando como «culturales». Continúa siendo una necesidad tener políticas culturales distintas y, por tanto, también un área cultural separada de cooperación europea. Se llevó adelante junto con la tarea de educación permanente y ha continuado haciéndose así.

Hacia finales de la década de los sesenta, los programas culturales europeos habían tenido un alcance mucho más amplio, más percatados de cuán vulnerable es una concepción de la cultura limitada a las artes y al legado recibido en este campo. El brillo de un vulgarizador cultural, la facilidad elegante con que —v. g. en algunos seriales de tele-

(1) «Streaming»-división de estudiantes de una escuela en diversas clases, según su nivel de inteligencia o interés personal y a la vista de los exámenes; o sea, grupos homogéneos.

visión— hacía gala de un conocimiento minucioso de la Galería Uffizi o la Pinacoteca del Prado, de dominio en cuanto a la cerámica de Minos, Creta, o un conocimiento directo de las personalidades y «diplomacia» que hay alrededor de las actuaciones en la Scala de Milán o Bayreuth; nada de esto podría enmascarar el hecho desnudo de que sus programas de televisión eran contemplados por una reducida minoría de telespectadores, de que su cultura era de una irrelevancia oscura y aburrida para la gran masa de sus compatriotas, en fin, algo por lo que no más de media docena de cada cien de ellos estarían dispuestos a pagar un penique. Ante esto, se convirtió en asunto de índole cada vez más apremiante asegurar que los servicios culturales en nuestros países, especialmente los que atraían gasto público —ya se tratara de grandes teatros centrales y galerías de arte o establecimientos de pequeñas artes o culturales— deberían estar eficientemente administrados y ofrecer un alto grado de utilidad en relación con el coste. Era también importante que todas las personas que se interesaban en estos asuntos gozaran la máxima posibilidad de participar e iniciar avances que afecten a esta esfera de la vida pública. Si ha de incrementarse la minoría que dispone de instalaciones o servicios culturales, hay que dar voz a la gente para pronunciarse en cuanto a la índole, accesibilidad y ordenación de dichos servicios o centros. A consecuencia de razones históricas se ha ido creando en la mayoría de los países miembros un lamentable estado de confusión en cuanto a la administración de asuntos culturales, organismos o departamentos gubernamentales supercentralizados, empujándose entre sí y duplicando tareas de asociaciones voluntarias, llegando en algunas ocasiones a competir con la organización misma que están subvencionando. Hay muchas cosas que dan lugar a roces y merma de efectividad en las relaciones entre organizaciones centrales, regionales y locales, de una parte, y el Gobierno, por otra. Se necesita también una orientación más nítida en cuanto al contenido de programas culturales que dan derecho a un apoyo del Es-

tado o municipio, especialmente en zonas limítrofes donde actividades artísticas propiamente dichas comienzan a mezclarse con «hobbies», pasatiempos y mero recreo.

Por todo ello, los administradores y expertos culturales europeos se han embarcado en dos proyectos destinados a trazar caminos a través de este marasmo de intrincados problemas. El primer proyecto, correspondiente a la administración de asuntos culturales, ha producido diversos estudios que aclaraban los temas en juego en la fijación de poderes de iniciativa y presupuestarios en tal o cual nivel gubernamental, y señalaban caminos para eliminar una redundancia despilfarradora y vacíos de comunicación entre diversos departamentos gubernamentales —centrales y locales— encargados de las artes, o con objetivos culturales análogos, y las organizaciones voluntarias. No era desconocido que ministerios tales como el del Medio Ambiente, Artes, Vivienda, Educación y Sanidad, seguía cada uno criterios afectando a la cultura, incluso en su sentido más limitado, con muy escasa coordinación entre ellos. Merced a un intercambio de información y a las investigaciones llevadas a cabo en este proyecto, se sentaron sólidos cimientos para un estudio más concienzudo (a describir en una fase posterior) acerca de técnicas y posibilidades para descentralizar la administración en asuntos culturales. De toda esta tarea ha salido, en una característica de cooperación europea, no sólo un concepto general de aparato coordinado para dictar y llevar a ejecución una política, sino también a una autoevaluación, en ciertos países, lo que ha contribuido a la racionalización de la administración cultural.

El segundo proyecto —cuentas culturales— buscaba explorar las posibilidades de una especie de contabilidad objetiva en materias de este campo. ¿Cuáles son, en metálico, los costes de servicios culturales en una ciudad o un país? ¿Sobre quiénes recaen tales costos? ¿En qué consisten las estadísticas verificables de la utilización de disponibilidades culturales? ¿Se hallan estos beneficios circunscritos a algún

sector especial de la sociedad? Nos ha llegado sobre esto un material harto ilustrativo procedente de Suecia, donde se favorece una tendencia a comparar los costos de inversión cultural con los volúmenes de desembolso en determinadas áreas socio-económicas de la vida, v. g., desempleo y salud mental. El trabajo de ambos proyectos ha proporcionado material estadístico y de otra clase, que se han revelado no poco valiosos. Han ido muy lejos para demostrar el valor y las limitaciones que existen en tratar problemas culturales con un criterio administrativo.

Ha habido, como es lógico, otras diversas líneas o capítulos de actividad abiertos al finalizar la década de los sesenta y comienzos de la actual por el Consejo para Cooperación cultural. Sin embargo, se encontró por entonces atajado por el clamor de los expertos y de la opinión pública en varios países, que hizo ruido especialmente en Francia. La situación caótica del asunto cumplió de tal forma los problemas de decisión política y de administración que mereció el título de «crisis cultural», e indujo al Gobierno francés en 1972 a celebrar, junto con instituciones culturales europeas, una conferencia en la que se hizo una exposición completa y nítida en extremo de todo este conflicto de ideas e ideologías. Basta decir aquí que la conferencia internacional celebrada en Francia en 1972 puede considerarse como marcando el final de la época de democratización de la cultura.

En efecto, a partir de aquella fecha ha prevalecido un clima de opinión del todo distinto en cuanto a estructuración de la política cultural, habiéndose producido una revisión de carácter profundo en su radio de acción y objetivos. Sin embargo, y en ningún sentido, hay que mirar con actitud eliminatoria todo lo que se hizo antes —desde los logros de una cooperación cultural europea desde sus mismos principios, hasta esta crisis de la que no nos hemos repuesto todavía completamente. Aquellos éxitos fueron el fruto de una obra paciente realizada con un telón de fondo de cambios y desviación constante en pautas de vida y pensamiento po-

pular, en las premisas tenidas por básicas en política y ciencias sociales, así como en las estructuras gubernamentales ocupadas de la cultura. A pesar de semejantes dificultades, se han conseguido avances indudables en el intento de democratizar la cultura, y si tal proceso se mira ahora como derivado de un concepto restrictivo, las limitaciones fueron impuestas por el Acuerdo Cultural de París.

Debe también traerse a la memoria que fueron los contactos regulares, autocríticas y de crítica mutua, dentro de este marco, entre los responsables culturales europeos y sus consejeros, lo que ayudó en gran medida a llamar la atención sobre dificultades y anomalías que habían venido co-
ciéndose desde hacía años, así como en la crisis cultural en la que se desbordaron. Hoy día se pueden divisar nuevos relieves que han enriquecido el mapa de la cultura europea. El presente libro forma parte de un intento de acomodar la cooperación cultural al nuevo paisaje. Nada en él ha de interpretarse en menoscabo del mérito del trabajo realizado con una integridad bien despierta por quienes solamente podían disponer de los mapas antiguos...

CAPITULO II

LA CULTURA EN ENTREDICHO

La crisis de incertidumbre de la política cultural. El Coloquio de Arc y Senans. Destronamiento de la cultura de élite. Confusión, pero bosquejo de una ortodoxia nueva. La política cultural ha de ser amplísima, relacionada con las realidades de vida socio-económica y con los sistemas educacionales. Las doctrinas del pluralismo cultural y de la democracia cultural. Algunos valores generales: actividad, creatividad, participación. Deberes de los gobiernos. Papel del Consejo de Europa. Algunas dificultades persistentes.

¿Qué es la «crisis de la cultura», de la que tanto se lleva hablado en Europa? Nace esto de una combiación de la vehemente afirmación en el sentido de que las políticas culturales existentes son de una irrelevancia patética, con una casi parálisis de la voluntad colectiva para mejorarla, debilitamiento bien reflejado en organismos gubernamentales y provocado por un verdadero torbellino de presiones conflictivas. Vienen éstas de asertos discordes y contradictorios de aquéllos cuya experiencia ejerce un influjo sobre la cultura: educacionistas, economistas, críticos de arte, filósofos, sociólogos y publicistas de renombre, que hablan en nombre —digamos— de jóvenes, mujeres o el proletariado, o el Tercer Mundo, o de diversos credos y estilos de vida religiosos y políticos. En el fondo, la crisis que Agustín Girard ha defi-

nido como: «una amplia incertidumbre que pesa sobre la formulación de una política cultural efectiva» (1). Es lo que ejerce un efecto negativo, inhibitorio, sobre las actividades y gastos gubernamentales.

No podemos intentar aquí sino hacer un bosquejo de los rasgos principales de las tendencias predominantes en materia de conceptos y aspiraciones, subrayando los que están energicamente marcados, que han de tomarse como prolegómenos para la formación de cualquier política cultural del mañana. Pero aun así existen azares: el riesgo de una excesiva simplificación hasta el grado de suponer distorsión, o también una información insuficiente y obsoleta. En efecto, bastaría una selección de bibliografía para llenar el presente volumen y no transcurre un mes sin que vea la luz alguna nueva monografía, artículo y hasta algún manifiesto.

El gran debate no cesa. Algún historiador del futuro que conociera su desenlace quizá podría —después de haber leído mucho— hacer una síntesis y apreciación de ello.

Como una presentación de todas las facetas de la crisis por que atraviesa la cultura, el Coloquio de Arc et Senans en abril 1972 ha merecido clamorosos aplausos. Organizado por la Fundación Cultural Europea y el Consejo de Europa, bajo la égida del Ministerio francés de Asuntos Culturales, su finalidad era ofrecer parámetros para una acción futura cultural a la inminente reunión de ministros de Cultura europeos que debían reunirse poco después bajo los auspicios de la Unesco.

Naturalmente, y mirando con objetividad, ha de señalarse que tales conferencias se hallan sujetas a una crítica en el sentido de que las componen personas de categoría ya establecida en el orden existente de cosas, y no representan al ciudadano ordinario, a la juventud ni a todos aquellos inexorablemente hostiles a la actual organización social.

(1) «Prospectiva del desarrollo cultural», *Analyse et previsions*, octubre 1973, *Futurible*, pág. 9. Salvo se indique distinto, todas las referencias de las siguientes notas de pie, aluden a esto.

Reviste importancia enfrentarse con semejante crítica, pues supone por sí misma una elocuente manifestación de la crisis cultural. Puede decirse sinceramente, a guisa de respuesta, que en cuanto concierne a este tipo de conferencias, todos los participantes deben su prestigio no a apologías de alguna clase al «establishment», sino precisamente a su análisis crítico del orden existente, y a su hondo conocimiento e investigación sobre necesidades y deseos de la juventud y del hombre ordinario, y también al hecho de que toman en serio y con entusiasmo —a veces hasta un grado de identificación— las opiniones hasta de quienes rehúsan participar en intentos de robustecer la cultura de una sociedad neocapitalista, de consumo.

En una época en que todos los aspectos de la vida se hallan sujetos a ramas especializadas de estudio, dependemos de una élite intelectual. Parte de ésta se halla dedicada habitualmente a administrar la sociedad a través del Gobierno y la industria. No obstante, y según ha observado el profesor H. Janne, consiste —y en mucho mayor número— en una élite crítica, entregada a la crítica objetiva y a la transformación de la sociedad, y en cuya perceptividad y buena intención podemos tener confianza razonable, al margen ya de su extracción social o nivel de renta. Conforme ha manifestado un representante de tal élite crítica, existe una contradicción de índole permanente entre su situación social y su praxis:

«Una constante antinomia y angustia: Es una clase que nunca tiene el poder, que se halla fragmentada e insatisfecha en algún punto entre ser esencial y ser marginal a la sociedad. Algunas veces procura identificarse con la clase trabajadora, cual salvador que llevará a cabo sus programas.»

Estos no son seguramente los acentos del dirigismo tecnocrático o didacticismo académico, sino de la objetividad, la incertidumbre, la autocrítica y una búsqueda genuina de la verdad.

Ciertamente, la característica más avanzada y saliente en cualquier bosquejo de tendencias actuales de opinión cultural, ha de ser esta incertidumbre introspectiva. Si vamos a esto, por encima de todo el campo de acción socio-económica, las nuestras son hoy sociedades eminentemente autoanalíticas, autocríticas, amenazadas de parálisis, a causa de excesivo conocimiento, demasiada previsión, responsabilidad en extremo. En contraste, los primeros años del Consejo de Europa correspondían a una época en que los asuntos culturales descansaban sobre cimientos sólidos. Por entonces los programas culturales podían estar cimentados en presunciones pocas veces objetadas, por ingenuas que se nos puedan antojar ahora.

La cultura era una entidad definible. Consistía en el conocimiento, logros y capacidades apreciativas de la persona cultivada en los campos de la literatura, la música, el teatro, las bellas artes y los aspectos estéticos de la comida, el vestido, la bebida, las relaciones sociales y los viajes al extranjero. La posesión de esta cultura era interpretada como un bien en sí mismo, algo a lo que aspiraba toda persona juiciosa. Lógicamente, era más accesible al desocupado y al rico, pero incluso el más modesto trabajador podía esforzarse en llegar a algún grado de la misma. Cual una aplicación de «noblesse oblige», reliquia del mandato evangélico «Tú has recibido mucho. Da con generosidad», implicaba un deber para las clases acomodadas de ayudar a estos intentos culturales de las clases trabajadoras. Asociaciones voluntarias, asistidas y ampliadas por los gobiernos, laboraban pro difusión de la cultura, proporcionando bibliotecas, museos, galerías de arte y también, mediante campañas de divulgación universitaria y educación popular.

Firmas comerciales podían, con buena intención indudable, servir simultáneamente a Dios y a Mamón lanzando al mercado publicaciones baratas, enciclopedias en fascículos, historia del arte por entregas quincenales y, recientemente, discos y cintas. El gasto gubernamental para difusión de la cultura podía justificarse explícitamente en términos de la

anarquía arnoldiana, que sería su alternativa. La cultura popular tenía bases y parámetros perfectamente señalados.

Hoy día nadie toma en serio semejante configuración de presunciones. La cultura ya no es plenamente definible o, mejor, se ha hecho semiborrosa por una gran variedad de definiciones, conforme apunta Chombart de Lauwe. El Kluckhohn americano ha relacionado 160 variantes; llegando Cazeneuve a más de 250. Buena parte de la dificultad ha surgido de la importación, en el campo de la política cultural, del empleo hecho por los antropólogos del término «cultura». Utilizado así significa las normas de comportamiento y costumbres morales y valores, actitudes, reglas y tabúes que forman el marco de vida en cualquier sociedad determinada. En este sentido, una nevera, o el juego de bollos «skittles» en un bar, o el letrero de «no admisión», es tan cultural como un friso del Partenón, un festival de ópera o una representación de Fedra.

Así, pues, la cultura es algo que abarca una gama mucho más extensa de actividades humanas que las ocupaciones recreativas de una minoría erudita. Además, y en cualquier caso, en las últimas tres décadas se ha manifestado un disgusto cada vez más clamoroso ante las implicaciones desigualitarias de una cultura de minorías, especialmente la que ha de definirse según los gustos de una clase dominante y culpable, en un área escandalosamente privilegiada del mundo.

¿Cómo puede defenderse una cultura en la que el pueblo se instruya según permite su bolsillo o —peor todavía— el bolsillo de sus padres? ¿Una cultura, además, que no puede demostrarse científicamente encierre alguna superioridad intrínseca respecto a las basadas en los gustos de los isleños de Tobriand, los campesinos de Bretaña o los obreros de las fábricas de Dortmund?

El enfoque científico nos pone por delante un índice cultural variado para una comparación objetiva, entiéndase, no de opinión. Bajo este ángulo, la cultura de las personas cul-

tivadas se ve descendida de su posición singular, convirtiéndose en una más de una pluralidad de culturas. La mayoría de los expertos rechazan ahora cualquier política que aspire sólo a democratizar la cultura de una élite, mirándolo como iniciativa injustificable para favorecer lo que —al fin y al cabo— solamente es una de muchas formas de cultura-transición.

Sin embargo, el abandono de la fórmula «democratización de la cultura» ha dejado tras sí cierto vacío. En efecto, todo el mundo se siente preocupado por un nuevo criterio respecto a definición de cultura. En su lugar, ha ido ganando terreno la práctica de dejar a un lado estas «arenas movedizas» de autismo ideológico mediante una «fuite en avant». Incluso una congregación de tan ilustres figuras como la Conferencia de la UNESCO en Helsinki, eludió definirla, limitándose a recomendarla como tema de investigación, «habida cuenta de que se ha hecho claramente necesario llevar a cabo un análisis general de la noción de cultura». Por tanto, muchas cosas habrán de elaborarse ahora de nuevo, incluso nuestra terminología. Según ha escrito un crítico, estamos en el caso de Colón, vislumbrando un Nuevo Mundo, pero describiéndolo en los términos propios de la época de la caballería andante y cosmogonía medieval. Esta analogía nos recuerda también el impacto que en asuntos culturales ejerce la viva conciencia actual de la existencia del Tercer Mundo, que no sólo propone modelos culturales alternativos, sino que envía un fantasma de cruel privación y hambre a dar aldabonazos en las doradas puertas de las salas de conciertos y exposiciones europeas.

Nuestra era actual de crisis cultural se ve más hostigada en nuestro tiempo que en períodos comparables del pasado románico o barroco. Está torturada por una repulsa más rencorosa del pasado o, al menos, del siglo anterior, que se ve escarnecido como un camino que nos ha llevado al borde de la catástrofe, a desigualdades patentes, a lo inhumano de la urbanización, a una especie de frustración masiva y a la destrucción —lo mismo en paz que en gue-

rra— de la insustituible biosfera. Nada es seguro, pero lo que nuestros antepasados pensaban era evidentemente erróneo.

«Debemos tener en cuenta la realidad de que el pensamiento de períodos recientes de nuestra civilización es falso, y habremos de redescubrir una manera de pensar que no haga peligrar nuestra existencia.

En realidad, un matiz más extremo de esta opinión implica, no sólo el proceso a este legado cultural, sino también a las instituciones y funcionarios que le sirven a título de custodios.

«Todas las fuerzas opuestas al nuevo dinamismo cultural que va emergiendo de la gran masa popular están simbolizadas por los poderes constitucionales y el aparato burocrático que los sirve. Ahí está nuestro enemigo.» A tenor de semejante opinión, los criterios gubernamentales de hoy son homenajes simbólicos hipocríticos a valores que son, por otro lado, ignorados o, incluso, objeto de contradicción por tacañería en el gasto educativo, censura oscurantista y libertad sin freno para que los mercachifles vayan vendiendo, cual buhoneros, una «politique consolatoire». Cala tan hondo este recelo hacia la tradición y el gobierno que todo el concepto de política de desarrollo cultural nacional se ve algunas veces puesto en entredicho cual si de un mito se tratara, y como «parte de una ideología de continuidad, más bien que de cambio estructural.»

Naturalmente, opiniones así se ven contrarrestadas por otras, siendo característico de estas crisis cómo pareceres conflictivos alternan a menudo en las mismas mentes y labios, una reacción paraesquizofrénica ante datos antagónicos. Sin embargo, en el pensamiento cultural moderno se puede discernir, como tendencia importante, un síndrome de desconfianza y timidez, temor a la tradición y miedo a fiarse de cualquier valor trascendental, o de cualquier credo (aunque, no obstante, van saliendo a la superficie determinadas creencias fundamentales, según podemos ver); o de

cualquier proposición no probada por investigación científica. Hay una cautela, cual verdadera fobia, hacia cualquier declaración implicando cómo algunas formas de actividad son culturalmente mejores que otras, y hay también repugnancia timorata a dar la aprobación al lucro de las industrias culturales. Por encima de todo se teme la apariencia de elitismo. Semejantes actitudes pueden a veces llevar a meditaciones sombrías. No pocos animadores entusiastas se verían asombrados y desanimados si supieran que en el más alto nivel crítico, la animación es mirada en ocasiones con recelo.

«Cualquier forma de propaganda cultural proselitista es una forma oculta de "paz blanca", es decir, conquista junto con pacificación autoritaria en nombre de una serie particular de valores que las potencias socialmente dominantes creen necesario como marco para la felicidad humana.»

Sin embargo, en medio de toda esta timidez y vacilación pueden vislumbrarse tendencias vigorosamente marcadas de una índole más positiva. Sobresaliendo como un punto de consenso, está la aquiescencia de que la cultura que va a ser el tema de políticas de desarrollo no es, desde luego, una flor a lucir en el ojal, ni un adorno delicado, pero secundario para la vida cotidiana, ni cierta aristocracia que se va a hacer asequible al pueblo mediante la democratización. La política a observar aquí debe ayudar al pueblo a hacerse con una cultura que afecta a todas las tendencias de comportamiento y comunicación, instituciones, mitologías e interdictos específicos de la comunidad y sociedad en que vive. Nadie disiente de este punto de vista. Cultura es un estado de la mente, un percatarse del contexto social, capacidad para comunicarse y expresarse suficientemente, a fin de dominar las situaciones de la vida y lograr una satisfacción creadora personal.

La difusión de tal cultura no implicará procesos jerárquicos de «arriba a abajo», sino que ha de significar el amanecer de una democracia cultural genuina.

Existe asimismo acuerdo general en que cualquier política cultural que toma en cuenta tantos aspectos de la vida personal y social, debe preocuparse por las grandes tendencias de la sociedad post-industrial que afectan a toda la gama y textura de las vidas de la comunidad. En efecto, ¿cuál sería el provecho de una política cultural que estuviera anulada por anticipado a consecuencia de estas «tendencias lourdes»? La mayoría de ellas son el resultado de decisiones políticas y económicas, acerca de las cuales hay enconada controversia. Sucede que esta polémica política y socio-económica se convierte ahora en parte del elemento integrante del debate cultural. Hemos hecho ya observar la opinión de que lograr una democracia cultural se revela casi imposible en el ambiente embrutecedor de la sociedad de consumo. Aparte de esto, existe una demanda de controles y limitaciones en el crecimiento económico. Pararlo del todo es algo inimaginable, en vista de los clamorosos deseos de las gentes y las necesidades agudas de millones de seres humanos que no alcanzan ni siquiera un nivel de mera subsistencia en grandes zonas del continente asiático. Lo que se necesita es control social y un empleo constructivo de las «realimentaciones positivas» de crecimiento económico. Hay una división análoga de parecer —en parte radical, en parte perfeccionante— relativo a la prioridad otorgada en nuestras sociedades a las imposiciones de la tecnología, que priva a la persona de una decisión ética y la degrada, convirtiéndola en su trabajo en simple clavija de producción en masa y, en los períodos de recreo, en anónimo dato estadístico para el investigador de mercado. Sin embargo, Alvin Toffler y otros estiman que el libre desarrollo de la tecnología no solamente es indispensable como base física de una vida sana, sino que es también productivo en cuanto significa una rehumanización del trabajo y del ocio.

Es del todo lógico que los debates y políticas culturales debieran preocuparse del expolio y contaminación que está sufriendo el medio ambiente humano. No obstante, hay va-

cilación acerca de uno de sus factores principales: la superpoblación. Son pocos los que se enfrentan abiertamente con este «encombrement démographique». En efecto, aparecen implicaciones molestas para los cultos vestigiales del tribalismo y la maternidad en el hecho de que las poblaciones masivas son actualmente innecesarias, tanto para fuerza militar como laboral.

Los corolarios parciales de la explosión demográfica en urbanización son algo claramente perceptible, y tanto los planificadores de ciudades como los denominados «urbanistas» son actualmente portavoces bien conocidos en materias culturales. Pero su mensaje no es del todo concluyente. Sigue persistiendo un sentimiento nostálgico por aquella comunidad del pueblecito desaparecido, así como por los ritmos y valores de la agricultura. Sin embargo, y por contraste, existe una inclinación a pensar que, si bien penosa, la urbanización constituye una especie de bautismo cultural necesario. En consecuencia, vemos iniciativas tales como las de H. Lefèbvre para un centro ciudadano renovado, con sus festivales y efemérides, junto con una vida en las calles; siendo muchos, por otro lado, los planificadores y arquitectos imaginando ciudades y suburbios nuevos, donde el trazado físico producirá una atmósfera de vecindad y ciudadanía activa propia del Nuremberg de antaño.

Es natural que nuestros sistemas educativos tengan ahora como eje la cuestión del desarrollo cultural. La mayoría de los expertos los consideran, en el mejor de los casos, como de relevancia escasa para la vida del pueblo. En efecto, sus estructuras y métodos fomentan modalidades de comunicación excesivamente verbalizadas y matemáticas, al mismo tiempo que descuidan el desarrollo estético y la clase de expresión kinética cotidiana, de la que serviría de ejemplo aquí la manera en que una mujer diligente pone el plato de comida en la mesa con la familia sentada alrededor. Lo que se precisa es una puesta en marcha concienzuda de los principios de educación permanente. La mayo-

ría de los gobiernos rinden homenaje «de boquilla» a los mismos; sin embargo, las escuelas y colegios continúan siendo lo que eran en su origen secreciones de una sociedad competitiva, jerarquizada, que ha entrenado a la masa de sus ciudadanos para ambiciones mezquinas, diligente subordinación y una admiración adulatora y servil hacia la clase superior, «le tout Paris». Semejantes escuelas son incapaces de preparar al pueblo para una democracia. Su reforma debe constituir parte del desarrollo cultural.

Esta política también ha de preocuparse intensamente de los «mass media», televisión y radio, así como de las grandes industrias culturales. Todos ellos son factores de importancia para determinar el nivel y calidad de una cultura. Sin embargo, hay aquí problemas pendientes de solución. La televisión, según funciona habitualmente, convierte a las personas en evadidas del cenobio encerrados en sus celdas familiares ante un —dijéramos— escaparate de sueños por satisfacer, o, por otro lado, les adormece con la monotonía de una información superabundante, monocroma y aburrida hasta la saciedad; unido todo ello a una opinión preparada y superficial. Sin embargo, la televisión es, en potencia, poderoso aliado del desarrollo cultural, e incluso hoy, como lo prueban los fenómenos un poco marginados de la grabación en «video-tape» y la televisión, comunitaria. Hay una incipiente cristalización del concepto de René Berger, llamado «ecología visual», en que la microtelevisión sirve al diálogo y la creatividad en el seno de una sociedad. En cuanto a las industrias culturales, si bien existe una profunda sospecha acerca de sus equipamientos tipo «mochila cultural», que venden con pingüe lucro y como una ayuda al aburguesamiento, existe también la conciencia de que mientras los expertos culturales se pierden en debates, tales industrias culturales están afectando en realidad a las vidas de millones y millones de personas, utilizando a menudo técnicas que muestran un olfato imaginativo ausente, por desgracia, en el racionalismo de los expertos.

Estas son, pues, «les tendances lourdes» que no pueden en el futuro ser omitidas en una estructuración de política cultural. Conforme se ha indicado, el problema implícito en algunas de semejantes tendencias ha tenido una consecuencia general. En efecto, existe unanimidad acerca de la necesidad de investigación, —carácter fundamental, estudios y experiencias piloto— para poder luego cimentar sobre bases sólidas la estrategia a seguir en el desarrollo cultural.

Una segunda consecuencia es la politización del desarrollo cultural. Estas grandes características de la sociedad que son los sistemas de enseñanza, los «mass media», el crecimiento económico, se muestran dóciles exclusivamente a una intervención de la sociedad. Exigen decisiones de índole política, así como una presión de orden también político que abarque tales decisiones.

Ocurre que la cultura es en la actualidad un área francamente política. Desde otro punto de vista, es de una transparencia cristalina que si la gran masa del pueblo ha de construir una democracia cultural para sí misma, un objetivo primordial en toda política de desarrollo ha de consistir en la promoción de una conciencia política entre la misma, a fin de que pueda emprender lo que es, en su más amplio sentido, acción política destinada a conseguir el mando de su propia cultura y controlar las fuerzas socio-económicas que la afectan, superando las crisis de un mundo que está, él mismo, atravesando una crisis. Competencia política, entrega social y participación comunitaria figuran entre las características esenciales del hombre culto; mientras que el «connoisseur» retraído, erudito, v. g., en pintura abstracta o música serial, que se muestra abúlico ante los asuntos públicos, debe ser mirado como culturalmente mutilado.

Así ocurre que podemos señalar actualmente diversas presunciones básicas o, por decirlo de otra manera, artículos de fe fundamentando todos los matices de opinión en

la crisis cultural. Estas son las ortodoxias de los decenios próximos —los valores, juicios, premisas y prioridades que pueden darse por adquiridos. Se basan, tanto en principios y convicciones internas como en una evidencia científica. Son raramente confesados tal como son, sino con cierta repugnancia, si bien a veces se manifiesta claramente ser éstas materias de creencia fundamental.

«Al fin y al cabo, no hay ninguna acción formal y sincera que no tenga como base una convicción.»

«Lo que necesitamos es una dimensión ética de cultura, y sería peligroso si nuestras discusiones se vieran circunscritas a análisis racionales de carácter puramente científico. Sucede que hasta los positivistas lógicos tienen hoy su compromiso personal básico. Abrigan convicciones propias.

Ciertamente es en calidad de compromiso —de entrega— el que estas creencias tiendan a estar justificadas. Y compromiso es, según hemos visto, uno de los elementos más destacados en el credo o ideología que va surgiendo. El deber de estar comprometido incumbe, tanto a los expertos culturales como al ciudadano ordinario.

Casi se nos antoja superfluo repetir la tesis esencial de que la cultura es algo más amplio que las artes y las Humanidades, y que los gobiernos deben arrojar por la borda sus criterios culturales tradicionales, limitados a la música, el teatro y las artes; mera reliquia de un pretérito hueco de significado para las vidas de una inmensa mayoría del pueblo.

Esto nos conduce ahora a otro artículo de fe, y no podemos por menos de calificarlo así. La meta de toda política que se precie de cultural ha de ser el hombre de la calle. Así, la piedra de toque de cualquier policía habrá de ser siempre el impacto que consiga tener en la gran masa trabajadora del pueblo, no en las personas excepcionalmente sensitivas o ambiciosas que haya en la misma, sino, verbigracia, el simple conductor de autobús o la cajera de un supermercado, gente para quien la cultura —si es que ha de

significar algo— quiere decir «hacer según su propia idea», no «según la idea del jefe». Las políticas culturales adolecerán de trivialidad y quedarán marginadas a menos que ayuden a la clase trabajadora a reconquistar el control de su propia cultura, incluyendo los «mass media» —ayudándola a desarrollar un espíritu crítico y crear para sí misma estilos de vida plenos de significado. Una política cultural sólo es efectiva cuando capacita al ciudadano medio a valorar el carácter único de su personalidad en una sociedad que está amenazando día y noche con empujarle hacia el anonimato, la impersonalidad y la impotencia. La felicidad de las masas es la meta a lograr, no una euforia espiritualmente drogada, sino la satisfacción de aquellos cuya competencia y entrega social les impulsa a ganarla, primero, y a defenderla, después.

De aquí se deriva la doctrina del pluralismo cultural. En efecto, la cultura «vívida» de las masas, o de cualquier otra sección de la sociedad, tiene existencia por derecho propio y posee también sus criterios propios de calidad. No puede evaluarse tomando como módulo alguna otra cultura.

La autonomía cultural debe concederse a todas las clases y grupos sociales. Indudablemente, pensar de cultura en singular equivale a cierto aire de superioridad elitista. Existe una pluralidad de culturas en cada una de nuestras sociedades, siendo los conceptos monoculturales una simple repulsa autoritaria a reconocer el hecho de que tales sociedades son precisamente cuna de contradicciones coexistentes y heterogéneas en cuanto a raza, religión, idioma y códigos, sociales o estéticos. Las políticas de desarrollo cultural no pueden limitarse ya a contemplar una pauta única de prestigio neoclásico; han de admitir la existencia de todo un mosaico de culturas compuestas por una multiplicidad de aspiraciones individuales. Traducido a la acción, la doctrina de pluralismo cultural significa una tolerancia cada vez más amplia y una estima mutua entre culturas coexistentes, así como una benevolencia hacia todas por parte del Estado.

Hay que procurar que desaparezca ese sectarismo monocultural que aplica el término «contra-cultura» a las manifestaciones elocuentes de grupos experimentales («hippies», activistas culturales, provos, agitadores políticos). No pocos de ellos han hecho una verdadera contribución a la dialéctica de la evolución social y se han portado como pioneros en dar un lugar a la cultura en la acción social.

Pluralismo cultural no significa una aceptación, el «laissez-aller», de cualquier manifestación de vida. Esto supondría como minar el terreno a toda intervención cultural. La tolerancia no es ampliable —y aquí la convicción acude en ayuda de la razón— a esa cultura del consumidor, pasiva, que van rociando sobre el pueblo los «mass media» y la industria del entretenimiento comercializado. No es genuina ninguna cultura que implique un pueblo en actitud meramente pasiva, por muy grande que numéricamente sea su fuerza. Ilustrémoslo con un ejemplo: hay menos de cultura auténtica en millones de personas contemplando un programa del famoso personaje ficticio Batman que en la apreciación serena, crítica, de un niño contemplando un cuadro.

Así, pues, en tanto que la televisión no proporcione estímulos a la participación crítica, mientras siga siendo un mero auxiliar del confort doméstico, una forma de receptividad y distensión, no forma parte de ninguna cultura.

Las políticas culturales no pueden ocuparse de diversiones pasivas, sino de impulsos autónomos que se hallan latentes en cualquier hombre o mujer, y que pueden encontrar expresión, v. g., en la artesanía o creatividad doméstica cotidiana, o en la utilización hábil de una cámara fotográfica o de un magnetófono; o, en otro campo, en reuniones protestatarias o realización de campaña política, precisamente igual que en una sala de conciertos, un escenario de teatro o en un estudio de bellas artes.

De las proposiciones que anteceden se deduce que incumba al gobierno un nuevo papel —a escala nacional, regional y también municipal—. Habrá de olvidar la preocupación

exclusiva por las artes y reconocer la amplísima gama de todo lo que realmente es cultura. Por otro lado, procurará llegar a una coordinación administrativa y financiera de todos los organismos afectados por el desarrollo en este campo múltiple de experiencia humana, poniendo término a su despilfarradora fragmentación y compartimentación.

Pero, por encima de todo, la tarea del gobierno consistirá en crear un ambiente en el que toda una pluralidad de culturas pueda coexistir en forma tolerante y florecer vigorosa, creadora y entregada a la experimentación; una pluralidad donde el individuo se sienta estimulado a una expresión personal y a una activa participación social.

Esto significa para el Estado una obligación de fomentar y apoyar generosamente el trabajo de animación. Es un imperativo moral para los gobiernos. No es bastante que se promulguen y garanticen derechos culturales. Hace falta llevar al pueblo a ejercitar estos mismos derechos —inyectándole entusiasmo, señalándole la forma de proceder—. La recomendación número 16 de la Conferencia de Helsinki atribuye a los gobiernos la tarea de asegurar el reclutamiento y la formación del personal necesario para semejante cometido.

Sólo podrá producirse una atmósfera adecuada a la democracia cultural si quienes componen los equipos gubernamentales, desde diputados elegidos, ministros y alcaldes, hasta el más modesto burócrata o encargado —quizá más especialmente este último personal anónimo— se dediquen a un esfuerzo denodado en solicitar y recibir la participación crítica del pueblo, tanto en elaborar planes como en formular decisiones; tomándole en serio y con simpatía, incluso cuando parezca hallarse mal informado, o equivocado, o perturbado en forma innecesaria. Servirá de gran ayuda al proceso, descentralizar el poder de decisión entre los diversos organismos culturales, incluso a nivel de vecindarios.

Así, pues, resulta evidente no haber mandato u otorgamiento de poder en todo esto para ninguna campaña elitis-

ta de carácter espectacular en lo que, acertadamente, pudiéramos llamar «frente cultural». Nos quedan todavía por dilucidar demasiadas cuestiones. Se ha llevado a cabo una investigación operacional no completa o estimada siquiera suficiente.

Por ejemplo: se sigue ignorando casi todo acerca de la motivación que hace distanciarse a mucha gente de ciertas modalidades de experimento cultural. En un futuro inmediato, el carácter que incumba al Estado consistirá en dispensar facilidades y actuar cual consejero que no interfiera, sino más bien mostrándose liberal, fomentando la investigación necesaria, montando experimentos y —conforme tiene apuntado Palo Terni— convirtiéndose en agente celoso e imaginativo de lo que terminará significando una genuina revolución cultural; no buscando reprimir la corriente de un cambio inevitable, sino favoreciendo sus procesos más inteligentes y susceptibles de mayor horizonte positivo.

Sigue pendiente una cuestión de importancia: ¿Qué lugar van a ocupar en políticas futuras lo que en tiempos se entendía como cultura y que es ahora raramente mencionada sin el adjetivo peyorativo de «élite»? En otra época, confiada y soberana, formada de experiencias y consecuciones definibles, relacionadas con otra dentro de una jerarquía de excelencias, se ve ahora rodeada —diríamos abrumada— por otras culturas, por nuevos «mass media» y por valores también inéditos. Incluso sus aficionados «burgueses» se sienten inquietos a causa de su asociación con una estructura de clase vulnerable. Sus hijos, en especial si son estudiantes, la denigran abiertamente como tal.

«Es, a la vez, el lujo de los ricos y la manera de manipular a los pobres.»

Se ha venido institucionalizando con fuerza a lo largo de la pasada centuria; sucediendo ahora que movidos por una dinámica elemental familiar, los custodios tienden hacia el conservadurismo, reaccionando al mismo tiempo con hostilidad respecto a formas de artes radicalmente nuevas. En

consecuencia, una buena parte que es auténticamente creadora, se ha visto obligada a presentarse bajo el título de «contra-cultura», como algo «sauvage», en tono de protesta. Peor todavía (y esto debe achacarse indudablemente a no pocos artistas de «avant-garde») los desarrollos contemporáneos del legado cultural en música, teatro y pintura exhiben con frecuencia una ininteligibilidad nihilista o un intelectualismo arcano, que en cuanto a la clase trabajadora se refiere, acaban siendo más elitistas que Mahler, Ibsen y Delacroix. En consecuencia, las perspectivas para esta cultura han de parecer poco brillantes; ocupándose apenas de ello la mayoría de los participantes en el debate cultural.

Sin embargo, tal reticencia pudiera bien disimular actitudes timoratas, conforme insinúan las emocionantes palabras de Edgar Morin:

«Cuando yo, el sabio, el sociólogo, veo un niño o un campesino —gente que no posee cultura alguna en el sentido de "culture cultivée"— me quedo impresionado por el tesoro de sabiduría natural que poseen, la clase de verdad que hay en sus bocas, pero no en la mía. Me viene a la mente la pregunta: "¿Abandonaré yo toda mi cultura para ser como ellos? No puedo. No lo haré. ¿Quiero educarles ampliamente partiendo de su sabiduría sencilla? No, no es tampoco esto lo que deseo... Es, diríamos, una especie de tierra de nadie."»

Oímos también otras voces, que señalan cómo el legado cultural es cual un depósito de conocimientos para la Humanidad sobre la condición, lucha y destino del hombre, formulados por personas de dotes excepcionales. No importa qué gran fe haya en un pluralismo cultural, no importa cuán poco estas obras maestras se adapten al igualitarismo; su mensaje ha tenido ya impacto en generación tras generación. Vemos aquí el ejemplo de cómo incluso después de una ruptura revolucionaria con el pasado, la Rusia de Lenin seguía editando las obras de Puskin y Lermontov.

Imaginar el patrimonio cultural en políticas culturales futuras constituiría una peligrosa locura, sería como «tirar al niño junto con el agua de la bañera». Buena parte del pensamiento policultural de nuestros días no pasa de ser una reacción a esa herencia, que resultaría incomprensible sin una continuada existencia.

Los artistas creadores de hoy que interpretan y desarrollan el patrimonio cultural son —al igual que muchos de sus antepasados Voltaire, Goya, Mozart— críticos de su sociedad, no en forma alguna lacayos del neocapitalismo o voceros de los eupátridas; como no lo fue Voltaire respecto a Federico el Grande, o Beethoven con el Conde Rasumovsky. En efecto, los artistas geniales han mantenido siempre una integridad y fidelidad a su visión de la verdad, habiendo ganado en muchos casos el privilegio de una cierta libertad de expresión sobre/y aun en contra de su sociedad.

De esta manera, las obras que nos dejaron siguen teniendo relevancia social, dinamizando la aspiración y la crítica humana. No es el trabajador, sino el intelectual, quien rechaza el legado cultural. Sucede que el trabajador se inclina por respetarlo, aun incluso como una corona de espinas que encontrara penoso llevar.

Al fin y al cabo, quizá la respuesta a esta cuestión se encontrará en forma pragmática. El legado cultural seguirá estando bien cuidado por el ritmo mismo de la práctica gubernamental y por una tendencia actual para hacer pinacotecas, óperas, teatros, bibliotecas, etc., más accesibles y atractivos; abrigándose la confianza de que estas mejoras, complementadas por los «mass media» e industrias culturales, es seguro conducirán a una cultura de élite «ci-devant» menos ardua para la masa popular. Es elocuente a este respecto que la Recomendación número 12, III, de la Conferencia de Ministros de Helsinki:

«Dirija un llamamiento a todos los hombres de cultura a fin de que intensifiquen su actividad en difundir el conoci-

miento y apreciación de tantos tesoros que encierra la cultura patria y el legado cultural mundial.»

Puede considerarse lamentable cómo en todos estos intercambios de opinión de expertos haya sólo un escaso fruto de recomendaciones prácticas, de tareas concretas a realizar... Recordemos que el debate cultural se preocupa, ante todo, de los valores fundamentales y de la gran estrategia. Pero incluso estratégicamente nos hallamos aún en la fase de encontrar las preguntas correctas —yo diría, más bien, las respuestas apropiadas. Ello inhibe a muchos técnicos de formular recomendaciones más detalladas. Otros «flirtean» con el parecer de que algunos entornos relevantes del paisaje socio-económico deben cambiarse antes de que cualquier otra intervención gane significado.

Con todo, la mayoría estima ser nuestra obligación elaborar y sin demora una digamos cartografía de acción específica, y que debemos considerar urgente prescribir tareas a cumplir ahora, incluso en este mundo inicuo.

Ocurre, por cierto, darse un alto grado de consenso acerca de las prioridades que se observan en dicho programa. Para algunos conceptos hay que comenzar formulando tácticas de reconocida solidez. Tal es, por ejemplo, el caso de la cooperación con las industrias culturales y los controladores de los «mass media», influencias que se revelan cruciales en una época en que la vida cultural del hombre es simbiótica con equipamiento electrónico y material comercial.

Otros temas importantes del susodicho programa es probable sólo pueda abordárselos en una forma gradual o por fases, como resultado de una presión mantenida. Verbigracia, la coordinación de organismos gubernamentales y voluntarios que ejercen influencia sobre la cultura, difícilmente llegue a lograrse con un simple plumazo. Tampoco recibirá una respuesta inmediata el llamamiento hecho por Henri Janne en pro de que se rectifique el desequilibrio entre gasto público y el esfuerzo privado. En cambio, la transformación de sistemas escolares puede antojarse rápida, pues

cientos de miles de profesores pudieran, individualmente, ser agentes del cambio y, por otro lado, los gobiernos se han comprometido ya a los principios de una educación permanente que garantice la formación básica del pueblo para disfrutar luego una vida cultural plena.

Mejoras en las técnicas de animación, así como también el oportuno entrenamiento de animadores y administradores culturales, se encuentran actualmente en estudio, pres-tándoles atención especial dentro del marco del Consejo de Europa. El avance del susodicho estudio y su aplicación en experiencias piloto son prioridades que cuentan, en general, con una aprobación unánime.

Entre las líneas experimentales de enfoque propiciadas figura el apoyo gubernamental a pequeños grupos que van emergiendo: no simplemente asociaciones de artes, sino también grupos de acción y movimientos de «estudio», incluso cuando critican y ponen en situación embarazosa al sistema gobernante.

Hay asimismo un interés cada vez mayor en el hecho de que la asimilación de cultura desde el punto de vista individual es, en no pequeña parte, un aprendizaje, el conocimiento de un sistema de técnicas y códigos creativos, críticos y expresivos. Para los adultos ha de ser esto principalmente un proceso autodidáctico. La animación deberá consistir entonces en un estímulo y ayuda a un aprender individual y a un auto-enseñarse.

Es mucho lo que puede hacerse cuando se proporcionen estímulos adecuados en el medio normal de trabajo y recreo; mucho también, acudiendo a técnicas electrónicas para la individualización del aprendizaje y mediante el fomento del sistema de enseñanza multimedia, que hasta ahora venían estando académicamente orientadas en cuanto a su aplicación práctica.

El «centro cultural» no es nuevo. Lo que sí es reciente es la tendencia de opinión pro centros que sirvan a una po-

blación policultural, interpretando cultura en su vastísimo significado. Tales centros, gracias a su ubicación escogida y arquitectura «ad hoc», prestarán un atractivo singular a las actividades culturales en un marco coincidente con puntos focales de circulación y congregación cotidiana.

No se limitarán a ser meros proveedores de teatro y conciertos a bajo precio. Lo ideal aquí es un complejo de espacios polivalentes de la vecindad, que pueden habilitarse, tanto para un neoartesanado en amplia gama de oficios, como estudios para las artes o laboratorios para la utilización creadora de cámaras fotográficas, cámaras de cine y televisión, o también para el trabajo de quienes su compromiso social les induce a, v. g., editar un periódico de comunidad, organizar un grupo de presión o preparar un círculo de estudio.

La influencia de semejantes centros puede extenderse mediante el traslado de su actuación a lugares concurridos de barrio, a las mismas plazas de mercado de abastos, montando una animación extramuros y ayudándose de medios tales como autobuses acondicionados para exposición o biblioteca rodante; sin echar en olvido hacer llegar los incentivos de participación cultural incluso a naves de fábrica o similares.

Está, sin embargo, claro que, en esta fase estamos alcanzando el nivel tácito y —conforme se ha proclamado— no es alrededor de problemas operacionales por lo que nacida la crisis cultural. Existe evidentemente menor dificultad en aquello de ¿cómo hacerlo? que no en ¿qué debe hacerse? Pensamos, al llegar a este punto, que bien puede sacarse semejante conclusión de la Conferencia de la UNESCO a que hemos hecho referencia. Mientras que ésta se ocupaba también de objetivos definitivos y gran estrategia, percatándose al mismo tiempo de todo el conflicto de opinión, presumía existir un consenso de pareceres en pro de la intervención en determinadas direcciones, haciendo, pues, un llamamiento para que se realizaran sin más demora tareas

que iban desde una supervisión de lugares y monumentos y mejoras de galerías de pinturas y museos al enclave con los «mass media» y preservación de la biosfera.

La finalidad del presente capítulo consiste en poner el trabajo pasado y actual del Consejo para Cooperación Cultural del Consejo de Europa en su debida perspectiva —con objeto de mostrar algunas de las ambigüedades y complejidades que le acosan; así como indicar algún terreno más firme en el que poder edificar—. Sin embargo, incluso como «persona jurídica», el Consejo no carece de personalidad propia. Los dedicados a su trabajo —delegados, secretaría y expertos— se mantienen vigilantes para mantenerse en línea con las tendencias de una opinión documentada. Con todo, no se sienten siempre obligados a oírla y luego limitarse a repetirla, cual si de un eco se tratara.

En efecto, contribuyen con sus apreciaciones propias y conocimientos, al igual que con las conclusiones de estudios, experiencias piloto y simposios que ellos mismos ponen en marcha. Es bien oportuno y adecuado que lo hagan así. Considerándoles colectivamente y según son, con una responsabilidad de cooperación europea y rica experiencia sobre la misma, les incumbe hacer una contribución de índole singular. A dicho efecto, las hostilidades que pudiera haber de naturaleza cultural y distingos particularistas de Europa pertenecen al pasado. El sentido emergente de Europa, la voz de ésta, pertenecen indudablemente al futuro. Es por dicha razón que la voz europea, conforme se escucha en el Consejo, no se alza para defender un orden pretérito, sino como heraldo del cambio; no para entonar un elogio nostálgico de las consecuciones vistosas, pero despilfarradoras, de nacionalismo competitivo, sino para abogar por logros también apasionantes en una nueva dimensión —una en la que el esfuerzo excelso ha de estar cimentado en una simpatía científicamente documentada, así como en una investigación sobre los tecnicismos que garanticen que en esta época de la cibernética y manipulación social el pueblo tendrá vida y la va a tener con mayor plenitud.

Esta voz puede, a tal respecto y de cuando en cuando, prestar orientación a las naciones componentes. Paolo Ter-ni ha hablado de la influencia que el Consejo ejerce mediante la simple aserción de la verdad, significando una autoridad moral que puede actuar como una conciencia europea, en armonía con aquella manera bíblica: «Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.» Por otro lado, el ministro Duhamel, de Francia, ha dicho elocuentemente que es solamente vía Europa como las sociedades pueden cambiar —que Europa puede convertirse en un modelo, y no solamente para los Estados que la forman, sino que también para otros fuera de ella.

Por tanto, no parecerá fuera de lugar si concluimos con una breve referencia a ciertos puntos adicionales que se han suscitado en las actuaciones y proyectos del Consejo. En primer lugar, nos ha parecido a algunos de nosotros que la coincidencia general en la creencia que compartimos en pro de la crítica, compromiso y creatividad entraña un determinado peligro. Ello está llevando a varios expertos a presionar impacientes en favor de políticas que presuponen una respuesta rebasando mucho las inclinaciones y capacidades actuales de cientos de millones de europeos, condicionados como aún lo están, por siglos de aceptación, retraimiento, cautela en la expresión y campo de acción verdaderamente minúsculo para cualquier expresión personal diferente al mero descansar de una labor o trabajo anodino.

Es lugar común entre los animadores en ejercicio cómo, para la gran mayoría de la gente, los primeros pasos en el umbral de la aculturación consisten sencillamente en una introducción a la vida en grupo, fuera del aislamiento de la unidad familiar, y que las actividades de semejante grupo —si es que ha de seguir marchando y en funcionamiento dinámico— no se elevan por encima de su origen de diversiones modestas y amenidades tranquilas, similares a un entrenamiento pasivo.

Sin embargo, tiene lugar allí un desarrollo cultural auténtico al que se llega mediante los efectos tonificantes de la vida en grupo y creatividad que suponen nuevos cometidos y tratos interpersonales. Por contraste, las expectativas abrigadas por varios destacados miembros contemplan para la masa del pueblo llevar a cabo experiencias que son austeras, intelectuales, superapasionantes y, a su manera, elitistas. Hay, sin duda, algún peligro de que dentro de poco tiempo volvamos a oír nuevamente esa especie de queja innecesaria y prematuramente desilusionada, proferida por Bakunin hace más de un siglo:

«Hicimos cálculos sin contar con las masas; ellas no deseaban ser excitadas a un estado de pasión por su propia libertad. Y ¿qué beneficio nos ha traído tener teóricamente la razón?»

En segundo lugar y, quizá afín a lo precedente: hay el lugar ambiguo —si es que puede llamársele lugar— atribuido al deporte por la mayoría de los entendidos culturales distinguidos, a pesar de un concepto de cultura que es tan universal. Queremos decir deporte en sus tres fases —representación activa, espectador participante (en el estadio, etcétera), y espectador pasivo a través de la televisión. Schiller tiene dicho que sólo en el juego es el hombre plenamente humano, y es sin duda únicamente el deporte en la sociedad moderna de masas donde pueden muchos individuos ser jugadores, en lugar de juguetes de fuerzas que escapan a su control; en efecto, tan sólo en el deporte o en las apuestas le es dado intervenir en su propio destino.

Además, la centuria actual ha presenciado una auténtica resurrección del cuerpo. En efecto, el físico humano, sus éxitos en batir récords, sus proporciones, sus estadísticas y capacidades, han adquirido categoría de culto para la masa. Es así posible tomar en serio la frase de Magnane:

«Lo que el hombre tiene de profundo es su cuerpo.» ¿Resulta, pues, sorprendente cómo para multitudes de personas la autoexpresión, creatividad y entrega hay que bus-

carlas en la extroversión del deporte más que en la «neurosis controlada» de las artes o los contactos pulimentados del compromiso comunitario? Mirándolo así, el deporte estaría cabalmente en la vida cultural. Entonces, ¿qué lugar debe ocupar en las políticas de desarrollo cultural? Esto es también asunto sometido a revisión en el Consejo de Europa.

Finalmente, nos topamos con el problema irreducible de esas poblaciones denominadas «subculturales», que de acuerdo con la mayoría de las apreciaciones «ad hoc» suponen más del cinco por ciento de las inmensas urbanizaciones periféricas europeas y que viven densamente congregadas en determinados sectores de las mismas. No se trata aquí de una cuestión de pobreza, ya que no pocas de estas personas disponen intermitentemente de dinero sin que su estilo de vida se vea afectado. Tampoco es asunto de privación cultural, de negligencia y alienación. Es problema que ha desafiado, tozudo, los empeños de generación tras generación de profesores, trabajadores sociales y misioneros de la cultura.

Esta «subcultura» es de existencia anterior a la presencia de minorías raciales, que han contribuido recientemente con algunos de sus miembros a la misma. No hay que identificarla en ninguna forma con la «contracultura» de grupos desviacionistas. Estos poseen sus propias convicciones culturales explícitas y rechazan expresamente todas la demás. Su número es pequeñísimo. La gran población subcultural carece de principios formulados, no expresa rechazo alguno. Se limita a vivir sus valores. Hablando en términos antropológicos, se trata de una cultura que es geográficamente adyacente a otras culturas con las que guarda simbiosis y sobre las cuales vive a menudo como ente parasitario o animal de presa. Se ha insinuado esté, quizá, formada principalmente de personas que son antropométricamente distintas —en coeficiente intelectual y en tipo somático— si bien, reservamos tal tema a investigadores «ad hoc». Indudablemente

tiene sus propias fórmulas en cuanto a lo que sea calidad de valores.

Se ha dicho asimismo que las pautas de esta cultura, sus valores y actitudes habituales, ofrecen no poco en común con un tribalismo antiguo, idílico, incondicionado por la disciplina y horarios rígidos de escuelas y factorías; una forma de vida en la cual las cosas buenas se toman allí donde se encuentran y son utilizadas o rotas sin premeditación, y donde los intervalos de aburrimiento y escasez son admitidos como preludeo inexcusable a algún hallazgo nuevo, algún acontecimiento inédito o algún entusiasmo inesperado.

Estas actitudes no han de cambiar cuando se propongan recompensas de ahorro y planificación a título de incentivos. Sucede que los ideales de «finuras», orden y decoro carecen de atractivo. En su lugar, los valores predominantes son los de un estilo de vida en que lo teatral es más valorado que la racionalidad; en el que se buscan las situaciones gregarias por serlo así y la soledad es un mal definitivo; en el que las formas más estimadas de actividad son relaciones sexuales y cruentas, junto con la narración de las mismas; en el que los hombres son clasificados por mujeres, no en función de su capacidad para ganar el sustento, sino por su machismo; y finalmente, tanto hombres como mujeres son aceptados por los otros en la medida en que facilitan auto-teatralidad.

Como los participantes de esta «subcultura» es muy probable, sean, más todavía que los miembros de culturas contiguas, los que hayan de entrar en conflicto con normas sociales acerca de, v.g., asistencia a la escuela, propiedad orden público, etc., se les atribuye con frecuencia ser anti-sociales y es descartada de una consideración seria, al ver en ella una marginación criminal. Marx y Engels la «escondieron bajo la alfombra» en 1847, tachándola de «gamberrada de las grandes urbes, putrefacción masiva, hez de las capas más bajas de la sociedad».

Empero, sigue entre nosotros y no disminuye en extensión. Con nuestra habilidad de cultura variada superior para establecer comparaciones, podemos llegar a la conclusión de que, en varios puntos, no contrasta desfavorablemente con otras culturas. En todo caso, bajo un prisma ético y estratégico plantea un problema a la política de desarrollo cultural.

Estos pocos puntos —aunque elocuentes— no los hemos aludido en sentido polémico alguno, sino como ejemplo de algunas de las contribuciones al pensamiento cultural que han surgido durante las tareas del Consejo de Europa.

CAPITULO III

NUEVAS PERSPECTIVAS - 1972-1975

Nuevas orientaciones en cooperación cultural. El Proyecto de Ciudades Europeas. Proyecto de Comunicaciones y realidades de la Televisión. Proyectos relativos al lenguaje audio-visual a la creatividad y a los «mass media». La estética del medio ambiente. Proyecto de desarrollo en la comunidad socio-cultural. Animación socio-cultural. Tareas en la descentralización de la administración cultural; sobre las artes tradicionales y de la comunidad; sobre un más estrecho enlace con iniciativas en materia de deporte.

¿Qué decir ahora de los que realmente han de tomar las decisiones en un mundo real de ininterrumpida rutina, con unas fechas de presupuestos que van acercándose regularmente, y con expedientes innúmeros para examinar?

¿Cuáles podrán ser sus reacciones ante un concepto más amplio de la cultura, campo que les incumbe preservar y fomentar? Conforme explica el tratadista M. de Certeau, el término cultura debe entenderse ahora como un articulado, que incluya no solamente las características de la persona cultivada y un patrimonio que ha de ser defendido, sino igualmente la concepción o comprensión del mundo propio a cualquier medio determinado; así como también el comportamiento, instituciones, ideologías y mitos que componen

un marco de referencia para la conducta en el mismo. Junto, además, con todo lo que el hombre adquiere o crea en contraposición a lo que es inherente a él o le es dado por la naturaleza; sin olvidar finalmente un sistema de comunicación, verbal en su mayor parte, aunque no excluyendo otras modalidades.

Semejante concepto ampliado de cultura no es, ciertamente, nuevo. Pero lo que sí resulta inédito es el reconocimiento del mismo en círculos donde se elabora y administra la política de desarrollo cultural. El Coloquio de Arc et Senans, celebrado en 1972 fue —según tenemos explicado anteriormente— de gran elocuencia, no porque tomara decisiones acerca de temas fundamentales, sino justamente por haber suscitado éstos. En efecto, sacó a la luz, llevándolos al conocimiento ineludible de funcionarios y expertos gubernamentales, determinados hechos y problemas que, si bien debatidos de ordinario, no habían sido nunca afrontados cabalmente en la formación y recta interpretación de política cultural.

Dicho Coloquio significa, al igual que un acuerdo sobre la definición exhaustiva de cultura, un claro reconocimiento de la existencia de otras áreas de consenso. La respuesta dada por las masas habrá de ser en adelante el módulo para apreciar la efectividad de cualquier política cultural.

Por otro lado, ha quedado admitida la superioridad de una actividad y participación sobre lo que es meramente receptividad pasiva. En el capítulo precedente han sido ya apuntados otros puntos relevantes de convergencia. Simultáneamente, se ha dejado claro cómo quedan todavía grandes tareas para debate en los planos conceptuales, estratégicos y tácticos. Como es lógico, no podía esperarse que un programa europeo para el desarrollo cultural redactado a la luz de las perspectivas abiertas a la Conferencia de Ministros europeos de Cultura, organizada por la UNESCO en Helsinki en 1972, fuera de una armonía y coherencia totales. En efecto, existen aún incertidumbres sobre el grado de prio-

ridad a otorgar a las artes tradicionales, así como a las instituciones actuales para las mismas y a los profesionales que las practican.

Sea cualquiera la insistencia verbal que pueda haber sobre lo importante que es la política y gasto cultural para la gran masa de población, así como sobre la igual validez de las diversas culturas coexistentes en una democracia cultural, no se nos antoja probable haya, en un futuro previsible, un gran movimiento para alejarse de una creencia hondamente enraizada, robustecida por luengas décadas de pensamiento y práctica corrientes, hasta el grado de que servicios centrales para las artes y una preocupación por el artista profesional, constituyan materias de educación básicas y sacrosantas en cualquier redistribución a fondo del presupuesto y recursos disponibles. Sin embargo, no hay certeza en este punto. De igual manera, y en cuanto atañe a las industrias culturales, costará indudablemente no poco tiempo vencer la repugnancia a cooperar con ellas de todos aquellos que —sustentando teorías tan antiguas como Platón o tan contemporáneas como Mao— no quieren saber nada acerca de una oferta cultural hecha en plan de lucro. Todo esto nos lleva a algo que posiblemente continua siendo el punto más controvertido de todos. Habiendo un concepto de cultura tan extenso y el acuerdo de que ha de tomarse en cuenta plenamente la situación socioeconómica como un determinante de oportunidad y desarrollo cultural individual, se hace oscuro dónde están los límites que deslindan un programa de índole cultural de otro de naturaleza política. Ciertamente, podría preguntarse si es posible confeccionar un marco de política cultural sin tener antes uno del tipo de sociedad a que conduciría o con la que habría de armonizar.

No es, por tanto, sorprendente cómo lo que viene denominándose «crisis cultural» no se ha reflejado todavía a nivel nacional o internacional en nada con carácter, por ejemplo, de una Carta Cultural o «Document» de base. Al mismo

tiempo, las declaraciones públicas de un nuevo plan del tipo convenido en Arc et Senans, han surtido ya efecto en la acción intergubernamental. Estos se han evidenciado en modificaciones apreciables de los programas para desarrollo cultural y en el añadido a los mismos de nuevos proyectos; arrancando todos de puntos en que ha habido una clara coincidencia de opinión de expertos y autoridades.

Para la modesta formulación de un nuevo enfoque de la política de desarrollo cultural, habremos de contentarnos por ahora con declaraciones tales como la del Consejo para Cooperación Cultural del Consejo de Europa en 1974:

«El objetivo deberá consistir en establecer en las comunidades dentro de Estados nacionales, un medio capaz no sólo de responder a aspiraciones de enriquecimiento cultural, no sólo de evaluar la demanda pública mediante el oportuno análisis de la investigación, no sólo evaluando los programas de desarrollo cultural conforme van ejecutándose, sino también despertando la conciencia de la comunidad en conjunto a las posibilidades de conquistar una vida más completa y remuneradora.»

Si bien esto supone aceptar una definición amplísima de cultura y, por otro lado, manifiesta claramente los objetivos que cubren la vida cotidiana en el trabajo y recreo, en lugar del mundo de artistas y conocedores (es interesante aquí compararlo con las palabras de la Convención Cultural Europea, firmada en París en 1954 y mencionada en el Capítulo I), evita profundizar en cualquier implicación o alinearse en uno u otro bando cuando llegan temas de controversia.

No cabe esperar gran cosa más en esta fase, pero siendo elocuente cómo el Consejo se encuentra ahora pensando en un Plan a plazo medio para el desarrollo cultural, en espera de informarse sobre el resultado de ciertas decisiones importantes, pero contemplando programas para los años próximos, que incluirá la educación permanente y desarrollo cultural como dos partes componentes de una misma política, destinada a «fomentar un desarrollo personal completo,

dentro de una sociedad democrática, aprovechando hasta el máximo las oportunidades que brinda el progreso científico y técnico».

Pasemos a examinar ahora, una por una, las modificaciones que se han introducido en programas y proyectos sueltos y que son el resultado de la crisis cultural. En primer lugar, el trabajo ya descrito, tratando de la administración y cuentas culturales, ha sido sacado del plano puramente teórico desde 1971; se han redactado planes para ensayar la aplicabilidad de los logros conceptuales mediante una serie de casos de estudio debidamente coordinados, lo que ha recibido el nombre de «Proyecto de las Catorce Ciudades». Este documento ha tenido carácter operacional durante más de cuatro años. En los estudios y documentación general a que ha dado lugar, puede observarse que no son meras investigaciones «ex post facto», sino que constituyen, en parte, experiencias piloto en acción colectiva cultural, acompañado de cierta evaluación de progresos a partir de un determinado punto de referencia.

Las ciudades han sido seleccionadas por que ofrecen una situación de desarrollo potencial —al menos, debido a que las condiciones de las mismas, si bien varían notablemente desde los puntos de vista político y geográfico, no excluyen la posibilidad de una evolución orientada— y también, por hallarse abicadas donde puede esperarse la ayuda de instituciones académicas. Son:

Apeldoorn, Holanda	La Chaux de Fonds, Suiza
Akureyri, Islandia	Luneburg, Alemania Federal
Annecy, Francia	Namur, Bélgica (francófona)
Bolonia, Italia	Örebro, Suecia
Esbjerg, Dinamarca	Stavanger, Noruega
Exeter, Gran Bretaña	Tampere, Finlandia
Krems, Austria	Turnhout, Bélgica (flamenca)

Su participación en el proyecto ha tenido ya una influencia concreta en sus propios programas culturales, habiéndose recibido informes de la evolución realizada y que ser-

virá para poder estudiar características copiables e incrementar el conocimiento de la situación europea en general. Fruto notable de esta cooperación ha sido la conclusión de varios acuerdos bilaterales sobre temas de cultura, v.g., entre las ciudades nórdicas y Annecy y La Chaux de Fonds. Un rasgo harto prometedor del proyecto ha sido la forma en que en cada ciudad, y en las reuniones donde han estado todos representados, los políticos y administradores civiles correspondientes se han asociado estrechamente con expertos académicos y otros privados, resultando un diálogo positivo con vistas a un futuro desarrollo. No se ha llevado a cabo intento alguno en procurar una pauta uniforme en cuanto a objetivos o procedimientos. Así, en Apeldoorn, se ha dado énfasis a la «democratización de la toma de decisiones en asuntos culturales municipales»; mientras que en Turnhout, lo ha sido en la demanda latente de servicios culturales entre ciertos sectores socio-económicos de la población.

En La Chaux de Fonds, el interés se ha centrado sobre posibilidades de fomentar una conciencia cultural entre los jóvenes, tanto en la escuela como en los movimientos juveniles organizados. Una vez que se hayan unificado y editado los diversos estudios llevados a cabo, puede anticiparse que algunas de las ciudades acometerán una nueva fase de desarrollo a la luz de las conclusiones sacadas.

En todas las actividades del Proyecto de Catorce Ciudades ha habido una preocupación cada vez mayor por eliminar el peso muerto de los postulados tradicionales, y resistir a la tendencia de volver a políticas ordinarias para democratizar la cultura del «establishment». Semejante tendencia se ha visto vivamente criticada, en especial, por representantes de ciudades en Bélgica, Francia, Holanda e Italia, pero también por todos los participantes —censuradas no sólo por su deficiencia ideológica intrínseca, sino también porque mantienen el apoyo gubernamental demasiado alejado de las pautas reales del vivir urbano, y apenas se preocupan de las aspiraciones políticas y las circunstancias socio-econó-

micas de las poblaciones interesadas—. Así, resultará un esfuerzo superfluo y condenado de antemano, por empeñarse en injertar una cultura extraña en un organismo donde no puede prosperar.

Tanto en las reuniones del proyecto como en la documentación «ad hoc», ha surgido con frecuencia la interrogante: «¿Es justificable gastar el dinero de los contribuyentes en cosas que la mayoría de ellos no desean?»

El camino a recorrer está sembrado de tropiezos, incluso para los administradores civiles que se percatan bien de este problema. En consecuencia, se impone ir a una revisión del concepto «necesidad cultural», a fin de detectar vestigios ocultos de paternalismo o elitismo. Luego, existe la necesidad de mostrarse cauto en la interpretación de los tipos menos sofisticados de cuestionario a rellenar por el público. Verbigracia, un formulario que solamente se dirige a un grupo específico, tal como aficionados al teatro o usuarios de bibliotecas, es únicamente válido para sus gustos, no para el ciudadano en general; mientras que los cuestionarios para el conjunto de la población, como Exeter, quizá sólo faciliten indicaciones muy nebulosas en cuanto a servicios que resultan desconocidos para la mayoría. Por otro lado, en el transcurso del proyecto, ciertos estudios profundos acerca de pautas recreativas han puesto en claro la naturaleza del problema con que se enfrentan quienes aspiran a un desarrollo cultural de la generalidad de la población.

Dichos estudios dan a entender cómo cualquier contraste entre pasividad e «intereses activos» tiende hacia una excesiva simplificación. Los cuadros de tiempo demuestran que la implicación activa en tareas no pasa de ser un rasgo minoritario, incluso en las circunstancias más propicias. La mayor parte del recreo está dedicado en todos los estratos socio-económicos de la población a una vida personal en el seno del hogar familiar.

Quizá sea necesario que los agentes de desarrollo cultural reconozcan el derecho a cierto grado de pasividad cul-

tural; lo que S. J. Mennell, en el informe final califica de «ser libre de la cultura». Naturalmente, esto se dice de la cultura que hace fuerte énfasis en las artes. Con todo, la advertencia no carece de importancia para la cultura, sea cualquiera la amplitud que se dé a su interpretación.

La experiencia adquirida con el Proyecto de Catorce Ciudades nos ha dado preciosas indicaciones acerca de la efectividad comparativa —desde el punto de vista de uso popular— de los grandes servicios centrales y de las instalaciones ya menos imponentes, no tan completas, emplazadas en determinadas vecindades. Son muchos los factores a tener en consideración. Sucede que el carácter individual de «barrios» y vecindades va en contra de la réplica del plan centralmente concebido, cualesquiera sean las ventajas que éste último pudiera ofrecer en cuanto a técnicas de expertos y economía. La naturaleza efímera del gusto popular, susceptible de pasar en el espacio de pocos años del juego de bolos a la afición al golf, puede ir dejando un reguero de servicios subutilizados y costosos, creados, en principio, a guisa de anzuelo o tentación de servicios culturales asociados.

Se han llevado a cabo estudios muy positivos sobre el impacto que tengan en las masas las grandes instalaciones urbanas, v.g., teatros, pinacotecas, museos; habiendo sido también objeto de análisis la arquitectura, diseño y situación de centros culturales, hogares e instalaciones polivalentes de vecindad; comparándose aquí la eficacia de las existentes en Dronten con los de Yerres o Billingham.

En todo esto nos hallamos ciertamente a no poca distancia del concepto original de custodia del legado cultural, revelando el Proyecto de Catorce Ciudades el nuevo criterio. Sin embargo, resulta tranquilizante observar —según señala S. J. Mennell en el mencionado informe final— cómo en las ciudades participantes un cuarenta por ciento del presupuesto cultural va destinado a parques, jardines y amenidades cívicas análogas, junto con deportes; así como que todas las ciudades, en el curso de esta operación progresista, si-

guen en una forma u otra, prestando apoyo sustancial al precioso legado, mediante representaciones y exposiciones artísticas. En cuanto a los demás gastos, son variables y, algunas veces, de orden secundario.

Con todo, y conforme apunta el repetido informe final, puede haber también en todo esto un grado, no sólo de sentido común, sino asimismo de equidad social. En el caso de que —en el sentido amplio de la hipótesis— haya valores intrínsecos y permanentes de importancia para la población en general, en las artes que componen el referido legado, entonces las subvenciones a teatros, museos de arte, orquestas y organismos similares, benefician no solamente a la minoría que lo frecuenta, sino también a la comunidad y sociedad entera.

Además, merece la pena recordar que —conforme ha demostrado la experiencia en el referido Proyecto de las Catorce Ciudades— no son únicamente las grandes instalaciones tradicionales las que ejercen un atractivo para la minoría. Iguales tendencias de comportamiento prevalecen en «Maisons de Culture» y establecimientos polivalentes; la gran masa de trabajadores manuales, los que se hallan situados en la base de lo que a menudo se denomina «la pirámide educativa», figuran representados en número excesivamente bajo.

Una vez más, debemos hacer observar un factor dominante en la escena moderna y recogido en el Informe Mennell. Las formas antiguas de entretenimiento y de recreo colectivo, sea cualquiera la forma en que se hallen popularizadas, se enfrentan ahora con una competencia avasalladora por parte de las atracciones de ese ensimismamiento solitario que proporciona un aparato de televisión en el hogar.

Esto nos trae a lo más significativo de las nuevas orientaciones en la política del desarrollo cultural europeo, conforme se hace ver en los programas del Consejo —la forma en que se ha llegado ahora a una franca admisión de la realidad que son los «mass media» y, en particular, la televisión, como parte ineludible, continua y predominante

de cualquier tipo previsible de la sociedad desarrollada—. Ello suscita problemas de carácter básico para cualquier política que mida su propia efectividad por la amplitud de respuesta popular a unas oportunidades mayores para creatividad, dedicación social y participación en vida comunitaria.

Conforme sugieren las conclusiones del Proyecto de las Catorce Ciudades y el de Animación Socio-Cultural, a describir más adelante, los obstáculos a dicha política estriban, no tanto en alguna injusticia social que frena los impulsos creadores, participantes y exteriorizados de las masas, sino en una tendencia que va enraizada en la gran mayoría del pueblo de rechazar comprometerse y dedicar, en cambio, la mayor parte de su tiempo a una relajación pasiva en el suave ambiente de la reclusión familiar.

No negamos que ello puede ser bien efecto del condicionamiento a lo largo de cientos, incluso miles de años, en la servidumbre de una sociedad jerárquica y en la que —desde la democracia ateniense hasta nuestros días— la participación activa era privilegio de sólo una minoría. Quizá refleje, asimismo, las dificultades de nuestra época actual de rápido cambio técnico y social, pues, según ha declarado el sociólogo americano Homans: «Cuando el pueblo se siente inseguro, anhela respuestas autoritarias que le permitan evadir la decisión». De cualquier forma que ello pueda ser, una tendencia general hacia la pasividad es un hecho real que habremos de tener en cuenta; habiéndose visto tremendamente reforzado por el advenimiento de la televisión y su rápida propagación, como fuego en prado seco, a todos los hogares de Europa. Los expertos coinciden actualmente en no ser ya posible interpretar este fenómeno cual manía pasajera, un juguete de moda y del que el pueblo terminará también aburriéndose. En efecto, ha demostrado no ser un simple aditivo, no una mera excrecencia de un orden de cosas existente, sino todo un factor corrosivo de formas de vida y procesos de pensamiento antiguos, así como un deter-

minante de otros nuevos, hasta el extremo de que —estemos o no de acuerdo con las perspicaces observaciones de McLuhan—, es algo indudable que hemos entrado en una era cultural sin precedentes, inédita, a causa de la revolución tecnológica tan portentosa, pero de mucho mayor alcance que lo fuera la invención de la imprenta.

Fue precisamente con estas reflexiones en la mente, en 1971, cuando el Consejo para Cooperación Cultural acometió un estudio de los efectos socio-culturales de los «mass media» audiovisuales y técnicas afines de videografía. Luego, al año siguiente se iniciaba un estudio especial sobre las comunicaciones, al objeto de investigar el apoyo, así como los problemas que los «mass media» son susceptibles de plantear a un desarrollo cultural.

Sin duda, ellos pueden prestar un gran apoyo. Comparado con el atractivo meramente auricular de la radio, el magnetismo de la televisión se hace casi irresistible. Ya el impacto del sonido sólo radiodifundido, desde sus principios y antes de la llegada de la televisión, fue agente de considerables cambios en el gusto popular. Según la evidencia aportada por educadores de adultos, el porcentaje de trabajadores manuales y familiares de los mismos, que poseen algún conocimiento o afición a la música de los grandes compositores y a las obras de dramaturgos célebres, registró un aumento de seis veces en el período transcurrido desde 1926 a 1956. Los profesores de escuelas y otros observadores, dan testimonio de que durante los decenios que dominaba la radio, el conocimiento y maestría en el idioma experimentaron, relativamente, un notable enriquecimiento. Por tanto, puede esperarse mucho más de la televisión con su influencia prodigiosa, tanto más potente cuanto que se trata, a menudo sutilmente, de un conjunto de imágenes y voces admitidas como parte del ambiente doméstico normal.

El Consejo se fijó en las posibilidades que brinda la televisión como aliado. ¿En qué forma puede la cooperación europea ayudar a los países miembros a beneficiarse al máximo

de estas posibilidades? Diversas líneas de enfoque aparecen nítidas. En primer lugar, quienes han de decidir en política educativa y cultural deben aceptar la realidad de que la posesión de la terminología y dominio de habilidades de los nuevos «mass media» figuran entre los elementos básicos de equipamiento personal para una vida cultural adecuada en nuestros días.

En segundo lugar —y ha de recordarse aquí cómo en 1971 había una perspectiva serena de crecimiento económico ininterrumpido en todos nuestros países— la cooperación europea podría garantizar que el ambiente cultural europeo no se encontraba viciado por la radiodifusión, día y noche, de anuncios e intereses comerciales que resultaría cuando —según parecía probable— fuera puesto en órbita sobre el Continente un satélite de televisión por un consorcio de firmas comerciales internacionales.

Esto podía hacerse en forma óptima mediante la creación responsable de un satélite auténticamente europeo, portador de programas controlados conjuntamente por los gobiernos. El plan brindaba enormes ventajas positivas. En efecto, sucede que ninguno de nuestros países puede acometer, él solo, tan costosa operación, dejándose así el campo libre por ahora a Estados Unidos y Rusia. Esto sería de un valor inestimable para complementar la «voz» de las superpotencias con una voz europea, capaz de airear culturas que no encuentran lugar alguno en los canales EE.UU. y URSS.

Desde el punto de vista intereuropeo, un satélite podría hacer mucho para presentar Europa a sí misma, aportar su propia conciencia cual una «Tercera Fuerza» en el mundo y aliviar la penosa y tenaz carencia de información y entendimiento de que adolecen nuestras naciones. El apoyo que podría traer a un acercamiento económico y político hace ociosa cualquier explicación sobre el particular.

En tercer lugar, la cooperación europea puede revelarse preciosa en cuanto a fomentar la explotación de técnicas que se han mostrado fructíferas, en pequeña escala, sirvien-

do los objetivos de desarrollo socio-cultural: programas locales y regionales, redes de cable, televisiones en circuito cerrado y todos aquellos métodos mediante los cuales puede la televisión convertirse en un factor que lleve a una creatividad personal y a un despertar y expresión comunitaria.

En cuarto y último lugar, el campo de la videografía nos brinda una tarea para la que se exige un enfoque europeo. Hay necesidad de cierta normalización de los equipos materiales, no sea que tendencias monopolistas en su fabricación hagan más restringida su disponibilidad. El Consejo puede tomar como función propia advertir a las autoridades, tanto locales como centrales, acerca de esta necesidad. Puede asimismo hacer no poco para influenciar el contenido de los programas, de las «cassettes», favoreciendo constantemente los que sean de alta calidad y eficiencia desde el punto de vista de un desarrollo cultural. También puede iniciar o patrocinar estudios e investigaciones sobre circunstancias y ambientes óptimos para el empleo y recepción de videografía.

Naturalmente, éstas no pasan de ser las líneas de enfoque que se habían propuesto en principio. Conforme la tarea ha ido ganando ritmo, se han podido identificar nuevos objetivos concretos, especialmente desde que se creó el Proyecto de Comunicaciones. Así por ejemplo, cabe citar la decisión recogida en el informe del simposio de Munich sobre «Papel y administración de telecomunicaciones en una sociedad democrática.»:

«Resulta imposible confiar en un libre juego en las variadas instituciones que de ahora en adelante se verán implicadas en comunidades audiovisuales... Hay que elaborar una política general, llevada adelante por un organismo emanado de cada sector afectado. Este organismo debe ser regulatorio en el campo de la aplicación práctica y actuar con criterio vigilante, armonizando las diversas instituciones e intereses. Semejante Consejo de Comunicaciones deberá abordar como tarea fundamental determinar los objetivos y medios de una política audiovisual general.»

Ciertamente, esto supone una labor tremenda, pero que sólo puede acometerse mediante las estructuras del Consejo para Cooperación Cultural.

Sin embargo, sería equivocado tomar en cuenta únicamente las perspectivas optimistas de apoyo al desarrollo cultural por los «mass media» y técnicas audiovisuales recientes. La situación se ve complicada por factores de contrapeso, conforme ha establecido el Proyecto de Comunicaciones. En primer lugar, autoridades de televisión, tanto públicas como mercantiles, tienden —a causa de presiones que no pueden resistir— a sentirse obsesionadas por dar satisfacción al consumidor en su forma más inmediata y, al igual que había hecho la prensa popular antes que ellos, se han creído obligados a seguir el factor común más fuerte del gusto popular según existe o, al menos, guardar un gran respeto por el mismo; no obstante desear, en su fuero interno, aplicar niveles más elevados.

Norman Collins, responsable por aquel entonces de la televisión comercial en el Reino Unido, señalaba que la autoridad ejercía, de hecho, cierto grado de responsabilidad al respecto. Sin embargo, añadía:

«Los niveles educativos de este país son espantosos y si se diera al público exactamente lo que desea, los resultados serían deplorables. Todo cuanto oímos es un gran clamor exigiendo más jazz y más programas de café cantante.»

Cierto es que desde aquella época el número de programas de alto valor en todos nuestros países ha registrado un aumento, pero continúan siendo secundarios junto a la producción principal y las autoridades son conscientes de que con canales alternativos —ahora disponibles— tales programas más «difíciles» pueden verse rechazados por la inmensa mayoría de telespectadores.

Lógicamente, volvemos a entrar aquí en el área de la disputa ético-social y nos llegan de nuevo preguntas insistentes:

— ¿A tenor de qué ley pueden dictarse normas en una democracia para que los programas de televisión se inclinen a favor de una forma particular de cultura?

— ¿En virtud de qué criterios justificados pueden determinados programas considerarse «culturales» o «mejores» en comparación con otros?

— ¿Acaso no existe un derecho democrático a un descanso y recuperación inocentes, por medio de distracciones contempladas en actitud pasiva?

Con todo y conforme hemos visto, hay un consenso de opinión entre participantes en el debate cultural —ya sean conservadores o progresistas, de izquierdas o de derechas— en el sentido de que actividad, entrega, creatividad y participación son claramente preferibles a la pasividad y el aislamiento.

La televisión ha hecho de día en día más factible al público pasar la mayor parte de su tiempo libre en esta vida ficticia de la pequeña pantalla, al abrigo de las realidades y peligros de ir a la acción y tomar decisiones, liberado de la aspereza cotidiana, de cualquier sentido de insuficiencia, o fracaso, de pena, o soledad. El alcohol, el haschisch y, sin duda alguna, otras drogas no tóxicas pueden análogamente utilizarse; sin embargo, no hay gran aprobación para ellas en países europeos, salvo para tratamiento de enfermos mentales, y pocos podrán contradecir la afirmación de que tal tendencia comodona de evasión constituye un aprovechamiento escaso del potencial humano. Simultáneamente, ha de tenerse en cuenta que la televisión, incluso tal como existe ahora, ha realizado una amplia labor para el desarrollo cultural. Si se compara el campo de experiencia cultural a disposición del trabajador manual ordinario en 1975, que tiene televisión en su hogar, con el que la veía en la calle, el bar o local de reunión, cuarenta años atrás, habrá de reconocerse que en la actualidad su vida es muchísimo más rica en estímulos estéticos y emotivos, así como en apasionamiento intelectual. Sin embargo, ha habido también algo que se ha perdido.

Son precisamente problemas de esta clase los que el Proyecto de Comunicaciones se halla afrontando y estudiando. Comienza con las realidades ineludibles de la situación y plantea diversas interrogantes generales a efectos de investigación. Estas pueden compendiarse en las siguientes palabras del Dr. Clemens Munster:

«¿Qué podría y debería ser la televisión, para justificar el hecho de que la gente dedique tanto tiempo a contemplarla?»

En la actualidad, y según opina el experto internacional D. Wangernée, director general de Radio y Televisión belga —quien, por cierto, dirige el Proyecto de Comunicaciones CCC—, el ciudadano europeo medio contempla la televisión durante dos o tres horas al día, y es probable que este tiempo aumente a medida que se amplía el tiempo de programación disponible, para seguir así la pauta americana donde el término medio alcanza nada menos que seis horas diarias... Se ha hecho observar cómo dentro de este término medio la duración de tiempo de contemplación aumenta algo conforme van descendiendo las escalas socio-económicas y educativa; sin embargo, la televisión se está convirtiendo para todas las clases en la fuente principal de experiencia cognoscitiva y afectiva. Anthony Smith, hablando ante el Consejo de la Asamblea Parlamentaria Europea, hacía notar:

«Vivimos como miembros de una sociedad de masas que recibe la experiencia cultural dominante a través de la televisión.»

¿Cómo puede aprovecharse esta realidad de forma que salvaguarde e incremente la creatividad, autodeterminación, entrega comunitaria, discernimiento estético y crítica social? ¿De qué manera puede también utilizarse para disminuir prejuicios de tipo social, racial u otros?

Existen luego quienes aseguran que la televisión ha producido ya sociedades en las que hay un conjunto común de experiencias culturales para todas las clases —por ejemplo, el peluquero y su ilustre cliente industrial o artista, pues

ambos han contemplado idénticos programas. François Mauriac ha confesado que su pasatiempo predilecto consistía en ver programas deportivos televisados. Sin embargo, para H. Marcuse esto encierra escasa satisfacción:

«Si el obrero y su jefe contemplan ambos el mismo programa, ello no significa disminución alguna de polaridad de clase. Por el contrario, muestra el grado en que las clases subyugadas participan de las mismas necesidades y satisfacciones que garantizan el mantenimiento en el poder de las clases dirigentes.»

Quienes andan buscando contestación a estas y a otras interrogantes afines, y también a los problemas harto sofisticados de disponibilidad de canales, televisión internacional y transmisión por satélites, se mueven en un campo sumamente complicado. Debido a la importancia política extrema de la televisión, en tanto que es fuente informativa, que en una democracia debe mantenerse objetiva, no partidista e independiente en el mayor grado posible, su control ha sido puesto en manos de un reducido número de autoridades. Estas son responsables ante los gobiernos en diversas formas, pero todas son personas reclutadas de un estamento distinguido y con experiencia. Las estructuras, complicadas y jerárquicas de las autoridades y sus secretarías, las técnicas operacionales altamente especializadas del medio, junto con la planificación y coordinación centralizada que exigen, todas ellas se muestran resistentes a cualquier interferencia en la dinámica existente.

No constituye tarea fácil poner freno al ritmo actual, favoreciendo ello el suministro de material, bien sea en forma de noticias, actualidades o teatro, que encierra un alto valor de entretenimiento; material destinado a una recepción fácil y pasiva por un auditorio máximo. Conforme es ahora la televisión, resulta en su mayor parte incompatible con la participación del espectador, con su empleo para fomentar la crítica de sus propias representaciones. Será asimismo difícil extender acuerdos para nuevos su-

ministradores de carácter competitivo; al igual que para una descentralización del empleo del medio por parte de las comunidades, grupos e individuos —revelándose este problema aún más fundamental que los obstáculos técnicos y financieros a superar.

Es, en verdad, un camino erizado de dificultades el previsto por el Proyecto de Comunicaciones CCC, que otorga una alta prioridad al acceso a la televisión y a los demás medios audiovisuales. Da igualmente énfasis a la necesidad de hacer que la televisión y sus auxiliares sirvan a la causa de la igualdad y la justicia entre los sectores social, ético y geográfico de nuestras sociedades, y garantizar plenamente que los medios audiovisuales serán utilizados para atender los intereses auténticos del pueblo, incluyendo, naturalmente, sus necesidades en el campo cultural, y no limitándose a drogarle con aquello que ha sido ya condicionado previamente a desear.

Destaca también entre estos objetivos convertir a la televisión en un medio que difunda «mensajes» nuevos: es decir, puntos de vista, y no solamente las opiniones de un orden establecido. Cualquier oportunidad de cooperación internacional para alcanzar estos objetivos será aprovechado por el CCC dentro del marco de sus recursos. Un grupo permanente de expertos de los países miembros investigará asuntos tales como la función y efectos de los anuncios en la televisión, la relación óptima entre capital privado y fondos públicos en la financiación de los sistemas audiovisuales; la estructura de jefaturas de televisión como conducentes a un control ciudadano sobre el medio (se ha celebrado ya un simposio sobre este tema en Munich, 1974), y los nuevos recursos y técnicas.

En cuanto a estas nuevas técnicas, se dispensará atención prioritaria en el próximo bienio a la televisión por cable, como medio por el que puede ampliarse el acceso a esta información. Todo el campo de innovación que abarca en términos generales el vocablo «cablevisión» (o televisión par-

ticipativa, o televisión comunitaria), se ocupa generalmente hablando, de fomentar programas que están estrechamente relacionados con la vida y desarrollo de comunidades, o sectores específicos de la sociedad, o incluso de vecindarios particulares; sin olvidar tampoco capacitar a grupos e individuos para lanzar su mensaje u ofertas creadoras; e igualmente facilitar el diálogo entre los diversos elementos que componen una sociedad y proporcionar experiencia cultural a grupos de carácter minoritario.

Hay ya en el mundo, en general, y en Europa en especial, abundantes experimentos de estas innovaciones —Bélgica, Canadá, Francia, Holanda y Reino Unido, principalmente.

Los objetivos anteriormente descritos pueden también lograrse mediante las técnicas relacionadas con videografía y, a partir de 1977, se llevará a cabo un estudio intensificado de las mismas. Puede confiarse en que los progresos, según estas orientaciones, así como en los demás aspectos del proyecto, nos harán posible pensar en sistemas pluralísticos de televisión, comparables a una prensa diaria diversificada, que se convertirán en poderosos aliados y agentes de avance cultural.

Tales sistemas formarían algo coherente con la estrategia total de *«l' après télévision»*, en la que una comunicación de grupo multiplicada y una participación mayor del espectador, desempeñarán funciones complementarias respecto a un sistema concebido ambiciosamente para una educación permanente.

El proceso no puede aquí ser rápido y nadie que trabaje en él abrigará esperanzas de resultados inmediatos. Al fin y al cabo, el obstáculo principal no lo constituye algún móvil reaccionario o intereses creados siniestros, ni tampoco la codicia capitalista, sino el gusto popular, las tendencias premeditadas y el estilo de vida. Conforme ha observado Wangermée, el factor decisivo es la predisposición del espectador.

«Una familia de la clase trabajadora, inculta, no es probable que contemple programas sobre pintura contemporánea. Sondeos de opinión llevados a cabo en Europa y América ponen al descubierto cómo agricultores y obreros manuales opinan de ordinario que los programas de esta clase son ajenos a ellos. Semejante público rehusará contemplar programas de índole literaria, artística u otra materia cultural, manteniendo la creencia de que van destinados a un público distinto, el capacitado para comprenderlo.»

Puede añadirse que tal público no se verá tampoco fácilmente atraído por oportunidades de acceso a la televisión. Sin embargo, no hay motivo alguno para el pesimismo. Existen ramas de ciencias sociales que brindan orientaciones provechosas para métodos en cambios de actitud, por ejemplo, el trabajo de Katz y Lazarsfeld, en Estados Unidos, y el de Halloran, en el Reino Unido. No obstante, ello nos trae al concepto de animación y su metodología, que ha pasado a ser el tema de un proyecto aparte del CCC. En cuanto a televisión y medios audiovisuales se refiere, puede afirmarse que la obra del CCC supone en la actualidad una admisión plena de las realidades existentes, así como un propósito decidido de negarse a aceptarlos como no susceptibles de modificación.

Por las mismas razones, un trabajo paralelo relacionado con la televisión, y bajo una óptica diferente, ha venido llevándose a cabo desde 1971. Sus objetivos consisten en inducir a las entidades de televisión a aumentar el número y perfeccionar la calidad de programas que fomentan de manera directa el progreso cultural, especialmente en su dimensión estética, y conseguir el aprovechamiento máximo de otras tecnologías audiovisuales para igual propósito.

La lógica interna de este trabajo se ha centrado alrededor de una inquietud general por la promoción de sensibilidad y espíritu de creatividad entre la gran masa popular. Ha sido estructurado en los tres proyectos siguientes:

— Uno, que trata del lenguaje audiovisual. Otro, sobre la estimulación de actividades creativas mediante utilización de los «mass media». Y un tercero, que busca sensibilizar al pueblo respecto a la estética de su medio ambiente.

Acecha aquí el peligro de que en la era de la electrónica audiovisual, pueda llegarse a una atrofia generalizada de las facultades creadoras. A fin de evitar que gran número de personas se vean condicionadas irrevocablemente a ser receptores permanentes, nada críticos, de las producciones de tecnócratas de investigación del consumidor audiovisual, entonces necesitan la ayuda de la televisión misma para asimilar los códigos y técnicas del medio, para fomentar la habilidad en criticar sus programas, a fin de utilizarla ellos mismos como medio de creatividad.

Naturalmente, esto supone utilizar la televisión como si dijéramos un agente de contra-televisión, aunque ello no resulta tan difícil como a primera vista pudiera parecer. No obstante la inquietud, persistente pero bien comprensible, de los dirigentes de televisión por la clasificación de programas, que otorga primacía a los que atraen el máximo de público, la mayoría de los componentes de dichas jefaturas o direcciones y su personal de plantilla muestran, como individuos, una honda preocupación acerca de la devalorización socio-cultural que se deriva. Se encuentran a sí mismos metidos en una especie de trampa, parecida a tenderos que preferirían despachar géneros de alta calidad, pero que se ven empujados por su clientela —y la consiguiente amenaza de competencia— a suministrar en su mayor parte artículos que saben son toscos y chillones. Acogerían jubilosos iniciativas que vinieran a liberarles de tan desagradable situación.

Círculos gubernamentales exteriorizan también simpatía por los objetivos de estos proyectos y lógica comprensión ante las dificultades. Cabe registrar ya algunos progresos, habiéndose acometido estudios y celebrado reuniones como preliminar para un coloquio general de responsables europeos.

Por otro lado, se ha establecido un fructífero enlace con el Instituto de Comunicación de Masas en la Universidad y subsiguientes experimentos. La mayoría de las áreas todavía por explorar son totalmente nuevas, productos de la época McLuhan. Exigen una reorientación total de criterio para tomar en cuenta modalidades inéditas y ampliadas de percepción y experiencia, no ya del tipo «monocular y estático» —citando la frase de René Berger—, sino multidimensionales y en movimiento; formas de arte que no se crean ya para determinados tipos de gente —compradores de libros, lectores de bibliotecas, sectores de público interesados por la escultura o el postimpresionismo—, sino modalidades artísticas que van dirigidas a un público objetivo, determinado, consistente en una muestra al azar de personas de toda clase y actitud. Como resultado, ha habido lo que Berger denomina «une mutation des signes», planteándose la necesidad de abordar con mentalidad abierta el estudio de una nueva semántica.

La creatividad que se presupone es susceptible de estimulación mediante métodos audiovisuales y podría definirse como «disposición de espíritu que impulsa al público a abandonar lo conocido y familiar, lo consuetudinario y lo habitual a que la vida le ha condicionado, y optar en favor de la innovación, el experimento, la exploración, en fin, todo cuanto pone en entredicho la repetición de su eterno ayer». Berger clasifica la televisión en macrotelevisión (destinada a la gran audiencia regional o nacional de composición indiscriminada); mesotelevisión (destinada a comunidades o localidades determinadas, o a secciones profesionales u otras de carácter homogéneo) y microtelevisión, que a fines prácticos puede asimilarse a la televisión de la comunidad, basada frecuentemente en equipamiento de cable y utilización del video.

Es precisamente en la meso y microtelevisión donde se dan las mejores oportunidades de promoción y creatividad. En mesotelevisión sucede que queda disminuido el elemen-

to de contemplación pasiva de un espectáculo magnífico, pero remoto. En cambio, están a la vista sonidos de personas y lugares, de modos de trabajo y recreo, conocidas directamente por los espectadores, quienes disponen así de correlaciones objetivas para poder formular una apreciación fundada. De esta manera, no se encuentra el espectador mirando asombrado un mundo de maravilla, sino el mundo de su propio tipo de vivienda, o granja o fábrica, campo donde nada podrá venir a impresionarle salvo la exactitud de la presentación, la verosimilitud de un argumento.

Si es que ha de inclinárseles hacia las modalidades de creatividad anticipadas en el proyecto, ello será en términos tales como éstos, donde se vean arrastrados por el ejemplo y exhortación de gentes de su propia clase, que hablan su mismo lenguaje. Será ello todavía más cierto cuando la microtelevisión ponga al alcance de cualquier grupo o individuo los medios para realizar ellos mismos una teledifusión, de tal manera que aflorará no solamente el esfuerzo creador de quienes lo hacen, junto con el estímulo y consejo que puedan dar a otros que se identifiquen con ellos, sino también una convicción amplia de que la televisión no es algo reservado a especialistas notorios, artistas de fama y jugadores olímpicos, sino que está a disposición del pueblo entero.

Las posibilidades culturales de la microtelevisión, especialmente cuando van auxiliadas por la videografía, son en verdad inmensas. Efectivamente, no es sólo una fuerza para la intercultura en lo que ésta implica de erudición y «*apprentissage*», no únicamente un nuevo canal de autoexpresión en el sentido de las artes, sino también una ampliación considerable del radio de acción que el pueblo tiene para diálogo elocuente respecto a su situación personal o social; para un compartir fructífero de experiencia —incluso de mayor mérito quizá— y para un autodescubrimiento que va iluminando esas parcelas oscuras inevitables en la vida humana y para las cuales los hombres, separados en tiempo y lugar (conforme tienen dicho Thomas Mann y

el dramaturgo Webster), no tienen remedio alguno, salvo «la palabra vengadora» y un «auditorio auténtico y comprensivo». Esto significa creatividad de un tipo especialmente auténtico, y gracias al acceso a los medios de comunicación, el hombre ordinario comenzará a despojarse de la falsa modestia que durante tan largo tiempo venía inhibiéndole.

El antropólogo Malinowski, en un estudio realizado acerca de los isleños de Trobriand, ha hablado del «temor y vergüenza demostrado por los miembros de sociedades primitivas por no hacer las cosas adecuadas o, peor aún, hacer lo que son las cosas adecuadas para otro sexo u otra clase social.»

Cuando la gente sencilla se haya acostumbrado a verse unos a otros en funciones que hasta ahora sólo estaban adscritas a los artistas profesionales, se sentirán profundamente liberados de algo que les ha retraído de la creatividad y en la que pueden reencontrarse a sí mismos. Cuán elocuentes son las palabras de Pirandello: «Bisogna crearsi-creare. E allora soltando ci si trova.» (Hay que crearse-crear. Y entonces es cuando se encuentra uno a sí mismo.)

El análisis de estas posibilidades a la luz de técnicas recientemente asequibles está, naturalmente, todavía en su infancia. Entra en el proyecto del CCC dar impulso a estudios de esta clase. Algunos incluso están ya en preparación, así como también el escenario para una serie de programas que pueden persuadir a los organismos de televisión a esforzarse aún más para fomentar viva reacción en el público telespectador.

Ante la petición reiterada de varios gobiernos, especialmente de los países del Consejo Nórdico, se ha venido dispensando atención particular a estimular la creatividad entre niños y jóvenes, donde el empleo de métodos audiovisuales pudiera revelarse de gran eficacia.

Cualquier inquietud por un desarrollo general de sensibilidad habrá de tener forzosamente en cuenta, en el momento actual, el trato abusivo dado al medio ambiente, más aún, a toda la biosfera, consecuencia lamentable de una rapacidad cretina y un comportamiento vacío de sensibilidad. Por este motivo, se tiene por verdad axiomática entre quienes trabajan en el proyecto CCC sobre sensibilización, que habrá de recurrirse a los medios audiovisuales para lograr un más alto grado de conciencia en el público, respecto a cuanto amenaza o daña su medio ambiente, no sólo en forma biológica, sino también los atentados a la estética, poniéndole por delante cuanta labor puede él mismo acometer para salvaguardar y mejorar un entorno que contribuya a una buena calidad de vida, tanto en los medios urbanos como en los rurales. La salvaguardia más segura de todas ha de ser aquí una voluntad general del público, no importa dónde, a ejercitar derechos y facultades legales, cuya existencia no pocos ignoran. La nueva tecnología de la comunicación puede hacer mucho para disipar tal desconocimiento. Ha de proclamarse que se han conseguido ya notorios adelantos en este campo. Si el título de «estética del medio ambiente» insinúa que se trata únicamente de una cuestión de paisajes primorosos, deberíamos traer a la memoria los graves aspectos morales y políticos en juego. Ya lo advertía Wittgenstein: «Estética y ética son una misma cosa.»

Con ayuda de varias organizaciones de radiodifusión europeas, se han celebrado una serie de sesiones visuales a fin de estudiar diversos programas susceptibles de satisfacer las metas generales del CCC en dicho capítulo. Corolario de ello es haberse inaugurado unos cuantos proyectos-piloto, en los que se ensaya especialmente el sistema video como instrumento de información y también de acción. Todo lo que se está haciendo en la dimensión estética del desarrollo cultural muestra bien la distancia cubierta desde hace diez años, cuando esta modalidad de trabajo se habría ocupado exclusivamente de las bellas artes, pero no

de la vida cotidiana del hombre y la mujer corriente en ciudades, villas y pueblos de Europa, y sin que encontrara su aliado más efectivo en la ubicuidad de la pequeña pantalla...

Se reconoce como punto fijo y central en el nuevo plan la obligación de enfocar la política cultural hacia las necesidades y aspiraciones de la gran masa del pueblo. (Dejándonos imbuir de un sentimiento de pudor, que afecta ahora a nuestra terminología, se elude de ordinario la expresión «clase trabajadora»). Pongamos aparte, por el momento, toda una gama de razonamientos distinguiendo entre «necesidades» y «aspiraciones». Esta última palabra es preferible a «deseos» y provoca un sutil sentimiento hegeliano, en virtud del cual impulsos o caprichos inmediatos de la persona pueden contrastarse con su «voluntad real». Esto tiene coherencia con las ideas tan antiguas como «Le contrat social» y tan dinámicas como los movimientos proletarios contemporáneos, de «obligar a los hombres a ser libres». Aunque se nos antoja preciso traer a colación semejantes complejidades, no parece ser éste el lugar para extendernos en semántica o teoría política.

En cambio, nos enfrentamos con un dura realidad. Obstaculizando toda la planificación y esfuerzos que hemos bosquejado en el presente capítulo, se alza una gran barrera. La reintegración de la creatividad a la vida cotidiana, la recuperación por cada persona de una voz en su propio marco socio-cultural y el fomento de sistemas de comunicación armónicos con estos fines; pues bien, todos estos objetivos se ven bloqueados por una realidad tenaz. Consiste en la desgana de una gran mayoría del público a lanzarse a una participación como miembros activos de una democracia cultural, con una motivación suficiente como para romper su rutina de adaptación a la mecánica de una sociedad de consumo. Ciertamente, si hemos de ser ayuda eficaz a los arquitectos de una política cultural, no podemos permitirnos hablar con paliativos. Son las actitudes de la clase trabajadora, las pautas de vida de la clase trabajadora, lo que for-

ma la susodicha barrera. Ciertamente, la influencia social y económica de la clase trabajadora es hoy enorme. En tanto que usuario determinante de su medio ambiente y de su cultura, es tan fuerte, que el cambio socio-cultural no puede llevarse a cabo si falta su cooperación activa. Las ramificaciones tentaculares de una industria investigadora del consumidor, tan sofisticada como científica, sirven a los deseos de la gran masa del público compuesto de trabajadores, están atentos a sus menores deseos, que constituyen una modalidad novísima de democracia directa. Hace ya diez años que el sociólogo americano C. W. Mills hablaba en «The Power Elite» del «campo cada vez más reducido dejado a la elección personal, conforme los gustos de la masa van manifestándose más y más en nombre de la democracia.»

Hasta qué grado la clase trabajadora misma es un soportador de culpa, hasta qué punto es la víctima de siglos de explotación y manejos de la época actual —todas estas son interrogantes que no afectan a la realidad tal como se presenta—. Es en la actitud de esta mayoría de la población donde está la clave del progreso en todas sus formas de avance cultural. La Secretaría de Estado para la Cultura en Francia hace observar esto en su crítica de «Attitudes et comportements des travailleurs manuels vis-à-vis de la culture» (por J.-C. Barthez, «Bulletin d'Information», número 25, 1975). El autor señala que no existe contestación sencilla a este problema polifacético, ninguna fórmula completa para una acción efectiva. En el documento de investigación de igual fuente oficial, «Culture et prospective», citado más arriba, el autor declara «ser posible diseñar un escenario conveniente utilizando las fuerzas sociales tal como existen en la misma, la cuales, dejadas a su albedrío, forman un escenario inaceptable. Sin embargo, esto presupone un cambio de mentalidad y actitudes... la movilización de una consciencia que hará posible avanzar hacia una civilización de calidad.» Para atacar la serie de problemas implícitos en esta actitud desafiante que sociólogos belgas de-

nominan «le refus ouvrier», el CCC ha aplicado durante los últimos cinco años un proyecto sobre desarrollo comunitario socio-cultural, frase que parece la traducción más acertada de la «animation socio-culturelle» francesa, aunque en los últimos años la palabra «animation» ha pasado a utilizarse en los círculos educativos británicos —al igual que el término «animador», aplicado a trabajadores de centros comunitarios y artísticos, y a organizadores de enseñanza para adultos—. Los cometidos del proyecto han sido analizar técnicas, al parecer de éxito, para cambiar actitudes y provocar «une prise de conscience», un percatarse de la necesidad de una mejor calidad de vida en sus círculos y comunidades entre la gran mayoría del pueblo; crear un sistema de información que recoja detalles de experiencias fructíferas, dándolos luego la oportuna publicidad; ahondar en el estudio de tipos especiales de dificultades o de otros conductes a promover la iniciativa; así como también a inculcar a los gobiernos la imperiosa necesidad de unos criterios dinámicos de «animation socio-culturelle».

Se han celebrado tres simposios internacionales, en Rotterdam, San Remo y Bruselas; los dos primeros, sobre técnicas generales y «problématique» de animación; mientras que el tercero se ha ocupado de la condición y entrenamiento de animadores. Va a tener lugar un cuarto simposio, en Reading (Inglaterra), y tratará de las circunstancias especiales de avance comunitario socio-cultural en nuevas ciudades y urbanizaciones. Se ha montado una red europea de corresponsales nacionales para alimentar un sistema de información basado en una tipología clasificada. Han salido a la luz diversos estudios redactados por expertos sobre asuntos tales como la aportación susceptible de hacer por el teatro, la cooperación de las escuelas, televisión comunitaria, centros polivalentes con características arquitectónicas flexibles, arte pop o movimientos contraculturales. Se han publicado asimismo estudios acerca de las implicaciones sociales que tendría que adoptar una política total de «animation socio-culturelle»; así como tam-

bién acerca de un conjunto practicable de técnicas que pudieran centrarse sobre una urbanización de la clase trabajadora media. Un estudio ya más profundo de algunas de dichas técnicas, se lo debemos al experto cultural noruego Finn Jor (1).

Una breve reseña del desarrollo interno de este proyecto se nos antoja ilustrativo, en parte, debido a que habla de una metodología importante para todos los demás proyectos; pero, principalmente, a causa de que desde el principio topó con algunas de las antinomias que parecen ser inseparables al concepto de democracia cultural: la incompatibilidad aparente del pluralismo cultural con las normas que justificarían una intervención de alguna clase; así como la eficacia objetable y, naturalmente, la moralidad discutible de pretender mejoras socioculturales sin por ello lanzarse abiertamente a un programa de cambio socioeconómico y político.

Se suscitó asimismo la cuestión de saber si había o no una cultura de clase trabajadora válida y evaluable, incluyendo la utilización de los «mass media» según existen, y de un entretenimiento y satisfacciones proporcionadas comercialmente, que no debieran ser trastornadas.

¿Tenía Tolstoi razón aquí cuando escribía: «No puedo buscar una cultura que me separe de mis camaradas. No puedo abstenerme de buscar en toda mi forma de vida, en mi casa, mi comida, mis ropas, mi comportamiento con la gente, todo aquello que, lejos de separarme de la masa de la Humanidad, me acerca más a ella»?

Por otro lado: ¿es presumible e inevitable una resistencia de la masa a la animación socio-cultural, a consecuencia de que quienes la practican son personas cuya cultura, en el amplio sentido de la expresión dada a ello por Tolstoi, está centrada alrededor del mundo cultivado, —gente que, al igual que André Malraux, sostiene que para sacar el

(1) The Demystification of Culture: Creativity and Animation. Council of Europe, 1976.

máximo provecho de la vida propia hay que transformar la mayor gama posible de experiencias en campo de pensamiento consciente—?. Semejante cultura puede despertar suspicacia entre la masa popular por razones históricas, de las que no se aperciben, pero que obran en ellos cual la luz de estrellas, que nos sigue llegando mucho después de haberse extinguido ya tales astros. La vida culta ha venido teniendo una connotación de sociedades donde los trabajadores eran explotados por minorías eruditas, v. g., en China, en Egipto; su extensión a los trabajadores era solamente preparada por las clases gobernantes cuando veían que era fundamental disponer de gran número de trabajadores y soldados bien capaces de comunicarse.

Lévi-Strauss expone esto con las siguientes palabras: «Incluso en nuestra propia época, el movimiento para una instrucción obligatoria ha ido simultaneado con la generalización del servicio militar y la sistematización del proletariado.»

No puede decirse que los expertos representativos europeos que trabajan en el proyecto de desarrollo comunitario socio-cultural del CCC hayan encontrado respuestas a estas interrogantes misteriosas. Las han esquivado, en la persuasión de que obran bien en ayudar a tantas personas como sea posible, incluso en una sociedad que quizá necesite una reforma radical, y que hay determinados valores que son dogma de fe y aplicables tanto a un partido de fútbol de la clase trabajadora como a una representación de «Pelleas et Mélisande». Sin embargo, es el diálogo sobre los temas principales lo que ha caracterizado el trabajo del proyecto desde el principio hasta el fin. Merece observarse cómo lo que comenzó como una investigación de técnicas aplicables a individuos, pequeños grupos, vecindarios y comunidades, ha venido posteriormente a centrarse en la formulación de una Carta para ser avalada por países miembros y que puede interpretarse como teniendo implicaciones políticas. Es asimismo digno de señalar cómo lo que se

inició con la presunción simplista de que las masas habían sido desheredada o enajenadas ha llegado ahora a contemplar postulados alternativos, incluyendo la probabilidad de que en muchos casos, —no, como es lógico, en comunidades obviamente sin recursos— el animador no es bien recibido, no considerándosele como un liberador por aquellos que ha venido a rescatar, sino más bien mirado como un misionero de descontento, un trastocador de cómodas rutinas.

Todo cuanto se ha hecho en el proyecto está basado en la definición convenida de animación como:

«El estímulo a la vida mental, física y emocional del público de un área o comunidad que le impulsa a emprender una serie de experiencias, mediante las cuales consigue un más alto grado de autocomprensión, autoexpresión y la conciencia de pertenecer a una comunidad en cuyo desarrollo le es dado ejercer influencia. Un estímulo de esta clase surge raras veces de forma espontánea en las sociedades urbanas modernas o, incluso, rurales, y ha de ser organizada como algo adicional a las circunstancias normales de la vida cotidiana.»

Se comprenderá bien que tal definición implica la aceptación de ciertas aserciones y valores, pero no son de una clase fácilmente atacable por un empuje de elitismo o manipulación del pueblo en favor de la cultura de una clase dominante. El énfasis se da aquí a la ampliación del repertorio de opciones del pueblo en el empleo de un potencial de vida, y la cultura ha adquirido el significado de un marco de pautas de conducta y comunicación características en cualquier comunidad; habiéndose admitido que en toda sociedad europea existe una pluralidad de culturas coexistentes. No obstante y conforme llevamos indicado, el trabajo del proyecto se fundamenta en la aserción de que, a través de todas estas culturas, ya sea en la nave de una fábrica, en una calle de pueblo, en una habitación común de estudiantes o en una sala de música de concierto, determinados valores se mantienen firmes.

Por ejemplo, la experiencia activa es preferible a la pasividad; una participación de crítica constructiva en asuntos tocantes a la comunidad es mejor que la preocupación absoluta por los fines individualistas, o familiares; que en materia de recreo, diversión y las artes, todo cuanto evoque implicación personal de la mente y del corazón, es superior a lo que simplemente calma y distrae; y que hay «standards» afines aplicables a todo producto creado —ya se trate de elaborar pasteles, fabricar calderas, escribir poemas o pintar cuadros—.

Los métodos de animación que se han examinado en el transcurso del proyecto están sacados de todos los países miembros, habiendo sido llevados a la práctica, bien por asociaciones voluntarias, o por organismos del gobierno locales o centrales; bien por grupos o individuos privados: artistas, educadores, trabajadores sociales, gente profesional que dispensa servicio gratuito en «gabinetes jurídicos», «consultorios de higiene», etc., y algunas veces también por grupos o individuos que van surgiendo de la clase, dijéramos, autodidacta, entre los residentes ordinarios de la zona. Pueden ser activos, trabajando sobre una base de jornada parcial o completa, en uno u otro caso con o sin remuneración. Sus objetivos consisten en fomentar la cultura (en el más amplio sentido de la palabra) de la comunidad mediante un ensanchar el horizonte, suscitar deseos y autoevaluaciones entre las personas, así como ampliando su gama de experiencia y selección; multiplicando ocasiones, y también incentivos, para la vida en grupo, la expresión y la creatividad; combatiendo tendencias en pro del aislamiento y la pasividad; enriqueciendo la vida pública y la «vida de la calle» en la zona; y, finalmente, impulsado la conciencia y disposición comunitaria a participar de una manera dinámica en al toma de decisiones de la comunidad.

La experiencia ha demostrado cómo semejantes objetivos no pueden conseguirse salvo que haya una actitud favorable por parte del gobierno, en especial, de la autoridad local, junto con una voluntad de prestarles algún apoyo financiero.

Es asimismo necesario ~~lograr~~ la cooperación de instituciones culturales y educativas acreditadas, ubicadas cerca de la zona objetivo o que incluya a ésta en su radio de acción: universidades, colegios, escuelas, bibliotecas, teatros, museos y responsables de los «mass media». Habitualmente, se hace necesario acometer un modesto programa de construcción de locales o adaptación de éstos; nombrar animadores, con su sueldo y gastos accesorios, y organizar la publicidad de la operación. Además, se hace preciso crear un tipo especial de estructura que descentralice los poderes locales, hasta el nivel de comunidad o vecindario interesado, a fin de que el público pueda sentir estímulo a comprometerse en decisiones que le afectan; sistema que también asocia a los representantes de la autoridad local, de otras instituciones y del público mismo, en un comité orientador que administrará el programa de animación. Todo esto exige, como es natural, gasto adicional de dinero oficial, y aunque incluso el total sea de importancia secundaria respecto al volumen de gasto público ordinario, ello despertará la oposición en algunos campos, incluyendo sectores de la clase trabajadora. Pueden preverse ya aquí gritos de protesta en el sentido de: «Esto no es lo que quieren», o «Esto no es lo que nosotros deseamos», etc.

Una vez franqueadas estas barreras, que no son en forma alguna insuperables, se ofrece a disposición de los animadores una rica gama de técnicas aplicadas distintamente en países europeos. El CCC ha recopilado un selecto catálogo de las que han sido estudiadas en el proyecto. Consisten, en buena parte, en aprovechar las oportunidades brindadas por lugares u ocasiones de concurrencia normal, o de organizar acontecimientos o servicios que permitan semejantes congregaciones, y valerse de la circunstancia para ir poniendo «tentaciones» a un desarrollo socio-cultural en forma cómoda, asimilable.

Vamos a relacionar aquí, aunque sólo sea brevemente, algunos de los métodos más generalmente utilizados en la actualidad:

Las escuelas son en su zona, lugar natural de reunión para padres de alumnos varias veces al día, siendo el interés de éstos en la educación de sus hijos un factor constante, observado a través de toda Europa, desde Suecia a Sicilia. Existen también hoy tendencias en educación consistentes en ampliar los programas de la enseñanza primaria y media, dispensando una mayor atención a las artes y oficios, así como mediante servicios a la comunidad, junto todo ello con una propensión a asociar a los padres en el estudio de problemas académicos.

Los alumnos se ven, además, incitados a organizar exposiciones públicas de sus actividades en la escuela. Así pues, hay alrededor de esta un gran número de puntos de partida para animación y que han sido fructuosamente utilizados para fomentar la vida colectiva y una conciencia crítica entre los adultos.

El establecimiento de un centro local —preferible eludir la palabra «cultural»— supone un factor casi indispensable en este proceso. Ha podido comprobarse que, a falta de locales construidos «ad hoc», y que resultan costosos, pueden fácilmente crearse centros polivalentes, acudiendo a adaptaciones, pequeñas alteraciones y ampliaciones de un establecimiento de enseñanza media. Ello dará por resultado instalaciones conjuntas para amenidades, encuentros, recreo, descanso, etcétera; cultivándose una variedad de actividades (con o sin monitor), sin faltar tampoco actividades de tipo de clubs o análogos.

También algunas veces podrían tales centros alojar una clínica o agencia de empleo, con apertura a horas limitadas. La tarea de un centro así se verá facilitada si un miembro del claustro docente asume la responsabilidad general, aunque el centro debe ser administrado democráticamente y por su propio Comité.

Puede establecer enlace con servicios culturales importantes próximos, v.g., teatros y bibliotecas, pudiendo inducir a los mismos a desempeñar un papel activo en la opera-

ción merced a un oportuno ajuste de sus programas con objeto de estimular a la población del área correspondiente; organizando exposiciones de muestras u oficinas para reserva de entradas y una publicidad especialmente ideada o la oferta de localidades a precios reducidos.

La tarea del centro puede planearse tomando como orientación una encuesta hecha «de puerta en puerta», a fin de averiguar los intereses y necesidades, proceso que en sí mismo es susceptible de convertirse en instrumento de animación. Las necesidades recreativas de los adolescentes e instalaciones de juegos infantiles para horas fuera de clase, han revelado con frecuencia ser puntos alrededor de los cuales la gente exterioriza su voluntad de aportar un esfuerzo positivo y una contribución social.

Buena parte de la animación brotada espontáneamente en comunidades del pasado consistían en una «vida callejera», recordada con su inevitable tinte nostálgico, y compuesta de múltiples caracteres: buhoneros, mercachifles, traficantes y predicadores ambulantes, tenderetes y puestos de mercado, saltimbanquis, músicos itinerantes, «sacamuelas», propagandistas; unido a todos aquellos tipos que se paseaban o iban de un lugar para otro en tan singular ambiente. En la actualidad, esto ha desaparecido casi del todo en los barrios residenciales de nuestras ciudades. Sin embargo, no faltan equivalentes que podrían servir para influenciarlos: v.g., las demostraciones móviles de una compañía de electricidad o de otra rama; la furgoneta con su altavoz ruidoso, haciendo la propaganda de un partido político, o de alguna actividad religiosa o comercial, compañías de actores teatrales, equipos artísticos comunitarios, bibliotecas rodantes, grupos que organizan actividades callejeras para trompetear los derechos femeninos o lo imperioso de una higiene ecológica, exhibiciones de pintura o danza por niños de las escuelas. (Los ejemplos anteriores han sido todos sacados de la experiencia). La organización de un festival de área, preparado por ejercicios preliminares que llevan a una competición final,

puede ser un poderoso medio de fomentar la vida en grupo y la implicación en los asuntos comunitarios, así como también para adornar la vida callejera.

El auto-interés en el sentido lucrativo de la palabra es un impulso humano susceptible de ser canalizado en provecho del desarrollo comunitario socio-cultural. Así, van naciendo grupos alrededor de programas destinados a proporcionar trabajo remunerado a pensionistas o mujeres que no pueden abandonar su casa; o para disfrutar los descuentos de compra en grupo, o los servicios de ahorro y crédito. Se ha observado también cómo la gente se hace a menudo más abordable siempre que las artes tengan relación con una base comercial. Encierra ventajas el inaugurar una tienda para la venta de instrumentos y materiales para artes, oficios o música, habiéndose convertido algunas de ellas en lugares activos de encuentro. El autointerés puede transformarse rápidamente en una conciencia y sentido crítico social; podemos mencionar aquí grupos de consumidores que han brindado ejemplos de una acción social constructiva.

La gran mayoría de las modalidades anteriores de desarrollo socio-cultural implican una mejora del sentimiento de pertenecer a una comunidad. La prensa —aunque solamente sea bajo la forma modesta de una hojilla noticiario local— puede ser de muy valiosa ayuda en esto y, naturalmente susceptible de recibir apoyo dinámico de otros «mass media», meso, macrotelevisión y videografía.

Puede claramente deducirse de este resumen tan sucinto de animación socio-cultural cómo es capaz de llevar el desarrollo de la cultura a regiones muy alejadas de las artes, incluso las artes comunitarias. Tamaña realidad suscita el problema de un radio al parecer ilimitado para sus programas y —conforme tenemos apuntado anteriormente— su tendencia a entrar en asuntos lindando con la política.

Se ha hecho patente que el desarrollo comunitario socio-cultural verdaderamente eficaz y duradero sólo es probable se produzca cuando haya una política gubernamen-

tal decidida, expresa, dirigida hacia sus objetivos. Sin embargo, no cabe abrigar duda alguna del mérito que encierra la experiencia que se ha acumulado y estudiado por las operaciones, a escala limitada, en cualquier clase de marco social.

Tanto en las deliberaciones que han ido teniendo lugar en el Proyecto de Catorce Ciudades, como en las del Proyecto de Animación Socio-Cultural, ha surgido con nitidez, como un factor favorable a la eficacia de los programas en cualquier lugar determinado, el consentimiento por los poderes públicos de un grado de descentralización administrativa.

Desde el punto de vista del empleo óptimo de recursos es básico que la facultad de dictar decisiones y gastar dinero debe estar situada más cerca de la población afectada que no del gobierno central y, ciertamente, del regional o quizá municipal. Repetimos, sólo mediante la descentralización puede aspirarse a corregir el actual desequilibrio en el interés gubernamental por los grandes servicios culturales nacionales, y las iniciativas locales, en principio y exploratorias que están en contacto con un pueblo al que nunca llegarán los suntuosos teatros, las brillantes orquestas y las célebres pinacotecas. ¿Cuál es la mecánica de semejante descentralización? el CCC ha iniciado un programa de cooperación europea para un estudio profundo de este problema. El objetivo no consiste en intentar construir un modelo de aplicabilidad universal, sino comparar y valorar la eficacia de métodos que están ya en funcionamiento, preparando material documental para un coloquio europeo sobre el tema. Un primer informe bosquejando los asuntos, ha hecho ya su aparición en el presente año. Hay que contemplar diversas posibilidades y combinaciones de posibilidades incluyendo la descentralización a nivel municipal, de distrito o hasta de barrio. Existe también la posibilidad de una intervención en cuanto a la administración de asuntos culturales de algunas corporaciones, que aun no siendo gubernamentales, son públicamente responsables; por ejemplo, los Consejos de Arte en el Reino Unido.

Esto es un campo de investigación que reviste mucha más importancia que la exclusivamente financiera. Desde el punto de vista socio-cultural es, conforme hemos visto, del máximo significado que debe haber estructuras gubernamentales que no se limiten a dirigir, sino que estimulen activamente al público a hacerse partícipe en las decisiones que afectan a su cultura y a cualquier programa para su desarrollo.

Por lo que puede deducirse del trabajo ya realizado, la evidencia tiende a señalar al municipio, o la autoridad local en zonas rurales, como la situación más conveniente de poderes descentralizados. Respecto a la participación de los individuos mismos en tomar decisiones que les afectan, es claro se precisa una exploración más amplia. Es posible se hayan logrado algunos progresos siguiendo las líneas aconsejadas por el destacado urbanista sueco Lars Agren, llevando funcionarios de la municipalidad, a horas fijas y un día a la semana, por ejemplo, a una oficina de cada vecindad. De cualquier manera que sea, parece haber acuerdo en que:

«La descentralización en la toma de decisiones constituye un factor positivo para capacitar al público a tomar parte en la promoción de su propia vida cultural por dos razones... Primero: Deja las decisiones al alcance de quienes están afectados por las mismas. Segundo: Estimula el crecimiento de la vida cultural sobre la base de un sentido real de la comunidad. En principio, creatividad no es un acto comunal. Puede ser profundamente personal; pero saca fuerza de una comunidad experimentada personalmente y, a su vez, enriquece a la comunidad» (1).

En el presente capítulo hemos intentado un examen de los programas de desarrollo cultural europeo en los últimos cuatro o cinco años. No ha habido ninguna reformulación importante de los conceptos a tenor de los cuales se han encuadrado estos programas, pero aparecerá claro cómo la

(1) «Decentralisation of Cultural Promotion», H. T. Bourdillon, Consejo de Europa, 1974.

filosofía general que los inspira difiere mucho de la que hubo antes. No ha llegado todavía el momento para una nueva formulación. Ciertamente, es el propósito de la recapitulación y valoración hecha en este libro, que sirva de material a considerar como preparación para ello. En consecuencia, es útil hacer observar el hecho de que hay dos áreas de trabajo que exigen especial atención en cuanto a coherencia ideológica, si bien, nadie pondría en duda su lugar de pleno derecho o su importancia intrínseca. Estas son: el patrimonio artístico y el deporte.

La situación ambigua, por no decir desventajosa, de las artes tradicionales en la concepción avanzada de política cultural, fue expuesta en el capítulo anterior —el ambiente de opinión que las ensombrece con la sospecha de elitismo y falta de relieve—. El mismo tiempo, se admite tácitamente cómo una política cultural que las descuidara, resultaría inaceptable en la práctica y objetable desde el punto de vista sociológico.

La respuesta del CCC a esta delicada situación ha sido fomentar una acción relativa a las artes que está menos y menos abierta a la crítica en el sentido de que están fuera de contacto con lo esencial en vida del pueblo. Se ha puesto énfasis en el estímulo de creatividad artística sobre una base más amplia, e incluyendo nuevas formas de arte, nuevos medios y la extensión de la idea de creatividad a gran parte de «culture vécue». Figura, asimismo entre los objetivos de esta cooperación cultural europea integrar más todavía al artista en la vida diaria de la comunidad y la sociedad. La condición y la función del artista profesional son temas de estudio en la preparación de un simposio internacional que señalará líneas de orientación en diversos temas; por ejemplo, formas en que el trabajo profesional del artista puede estar conjugado con otras ocupaciones lucrativas, y métodos por los que puede el artista tener asegurado el apoyo financiero y de otra clase, de autoridades centrales o locales, sin pérdida o amenaza a su libertad de expresión y de crítica

social. Dentro de un espíritu similar, los acontecimientos culturales europeos, en la acepción artística de la palabra, se han hecho más «relevantes» y han ampliado su campo de acción, tanto asociándolos con televisión y radio, como mediante selección de temas que tienen relación con la vida y el trabajo del pueblo en general. Así, la primera exposición europea sobre «facetas de la vida popular en Europa» se celebró en 1975, en Bélgica, siendo dos los temas principales: el matrimonio y la máscara. Se han propuesto otros temas para exposiciones similares, que tienden a ir paralelamente con Exposiciones de Arte Europeas (mencionadas en el Capítulo 1); la XV Exposición de Arte versará sobre «Arte Europeo de los años 20», celebrándose en 1977.

Quizá la perspectiva más sorprendente que se ha abierto es el interés creciente mostrado por los artistas, especialmente por la joven generación, en llenar el vacío entre las artes tradicionales y el gran público, mediante todas aquellas actividades que han llegado a denominarse «artes de la colectividad». Este movimiento pone de manifiesto la respuesta de los artistas al estado de cosas descrito por H. Lefèbvre, quien dice: «No hay entre la masa del pueblo la apropiación de su medio ambiente y la experiencia que le permitiría hacer de la vida misma una forma de arte.» Ocurre algunas veces que el término «artes de la colectividad» es utilizado de forma ambigua para designar actividades de una clase bien conocida desde hace tiempo, tales como organización de teatro y ballet, etc., bajo una forma simplificada de producción, en comunidades aisladas desde el punto de vista geográfico o psicológico. Estrictamente hablando, las artes de colectividad ofrecen rasgos completamente distintos. Son, hasta cierto grado, un reflejo de la cultura misma de aquella comunidad determinada en donde se producen o presentan; dándose aquí casos en los cuales el artista no es un autóctono, sino que conoce la comunidad por haber residido o estudiado allí o, sencillamente, por empatía. Las artes de la colectividad deben asimismo implicar al pueblo de la misma, en cierta medida, de creatividad, quizá, en forma directa

como actores o productores teatrales, o desempeñando un papel en el escenario, o tomando parte en la producción de artefactos, pintura, composición de música, espectáculos de argumento local y «tableaux vivants»; quizá también, mediante participación del auditorio de una clase suficientemente representativa como respuesta creadora, o mediante participación en las modalidades de «sucesos» y acontecimientos y festivales callejeros con que está familiarizado el animador socio-cultural. En general, los artistas como trabajadores en el campo artístico de la comunidad, llegan a un área en la misma forma que el animador, dando una guía y obrando cual catalizadores de esa creatividad artística latente que existe entre la gente del pueblo, y ofreciendo una interpretación amplísima del arte, de tal manera que se entienda como algo aplicable a la diversión popular y a la vida cotidiana.

Pasando ahora al deporte: encontramos aquí una situación ya más compleja. Según hemos dicho anteriormente, el Consejo de Europa no se ha desviado de su decisión de considerar el deporte como una manifestación cultural, y encuadra las cuestiones del mismo en el Consejo para Cooperación Cultural. Sin embargo, se mantiene independiente de los programas para desarrollo cultural, se enlaza con los mismos por medio de formas que ni una ni otra de las partes estiman satisfactoria. Tiene su propio Consejo para el Desarrollo Deportivo y actúan en un polifacético proyecto europeo titulado «Deporte para todos». Semejante estado de cosas es, naturalmente, un simple reflejo de la relación que existe entre deporte y otros aspectos de la cultura en algunos de los países miembros. La palabra misma «deporte» no es un término adecuado cien por cien. En efecto, sólo cubre una parte del empleo creador y expresivo del cuerpo, y el aprovechamiento en locales cerrados y al aire libre para el juego, el recreo y la competición.

En la mayoría de los sectores de opinión pública, el deporte evoca las actividades cubiertas por los Juegos Olímpicos; existiendo, sin embargo, innúmeras modalidades de

· recreo físico, de juegos, entretenimientos, competiciones y empleos satisfactorios del físico y del medio ambiente, que carecen, no obstante, de representación en Olimpiadas. De manera análoga, la palabra «deporte» ha llegado a adquirir en varias naciones una asociación en la mente del público con los términos competición, actuación o rendimiento de tipo récord, disciplina de cooperación en equipo, obediencia a los reglamentos y árbitros y, mediante otra asociación de ideas, con recuerdos no gratos de profesores y entrenadores, ciertos «slogans» morales, como, «vida higiénica», «mantenerse en forma», sin faltar por cierto, una actitud nada estética de producción en serie del ideal corporal característico de Coubertin. Lógicamente, todo esto no es sino cuestión de palabras, aunque podría uno formularse la interrogante de si hay una mayor posibilidad de despertar el interés popular en una campaña titulada «Deporte para todos», del que pudiera haber en otra con el lema «Cultura para todos».

Aparte ya de cualquier terminología, existen dificultades de tipo real. Las autoridades nacionales para el deporte, ya sean departamentos del gobierno, o corporaciones o comisiones que perciben fondos del Erario público, se hallan obligadas para responder a exigencias y presiones hechas en el parlamento y consejos locales y procedentes de la opinión pública e intereses creados, a tener muy en cuenta puntos tales como nivel nacional en competiciones internacionales, de tipo profesional o cuasi profesional, por ejemplo en las Olimpiadas, y a las proezas que solamente un puñado de individuos de entrega total al deporte pueden alcanzar. A nivel de cooperación europea, tanto representantes del deporte gubernamentales como expertos, han de preocuparse de lo fijado en las convenciones, v.g., drogado de atletas y clasificación entre aficionados y profesionales. Todas estas cosas revisten únicamente un interés secundario para quienes se preocupan de los aspectos físico y recreativo del progreso cultural. Puede decirse que los expertos en desarrollo cultural europeo, tanto en sus propios países como cuando se

reúnen en conferencias internacionales, se muestran lentos en explorar las posibilidades de estas facetas. Debe recordarse cómo la inmensa mayoría de ellos, así como todos los animadores y trabajadores de los campos cultural y socio-cultural, tienen una experiencia personal en cuanto a artes o en antropología social, mientras que esto ocurre muy raras veces en cultura física o deporte. Por ignorancia o prejuicios, algunos de ellos han mostrado una actitud impregnada de cierto desdén hacia estos aspectos irrecusables de la cultura, a pesar de que por su educación se les podría creer familiarizados con la observación hecha por F. W. Schlegel de que la genuina poesía en la época de Augusto no era Virgilio, sino el Circo. El rasgo lamentable, en estas dificultades de comunicación, es que nos hallamos en presencia de un interés tremendo de la masa por el deporte y las posibilidades de la creatividad física, lo que pudiera constituir un profundo avance al desarrollo cultural.

Es, por tanto, vital en importancia que el CCC no cese en sus esfuerzos de fomentar las relaciones positivas entre el deporte y las otras formas de promoción cultural. Se ha logrado ya no poco en el lado del deporte. Valiéndose de reuniones, estudios e investigación; se está redactando un conjunto coherente de medidas para obtener la creación de servicios básicos en nuestros países tratando de que todos tengan acceso e incentivo en la participación del deporte. Una Carta Europea del Deporte, en que se van a codificar tales medidas, estipula claramente cómo las connotaciones restrictivas de la palabra, de las que nos lamentábamos antes, dejan de ser aplicables. Incluye cláusulas, como:

«Para mantener y desarrollar la capacidad física de generaciones presentes y futuras —la función biológica del deporte, crucial en una sociedad que vive automatizada— y para satisfacer la necesidad humana de comunicación, participación y expresión.»

Hay también en marcha estudios acerca de los modos de intensificar los incentivos para una participación viva en el

deporte: publicidad en los «mass media», «tentaciones» de atractivas instalaciones (conjuntos polideportivos), perfeccionamientos en los programas y organización de sistemas educativos; así como también con acondicionamiento de locales y propaganda en fábricas y otros centros de trabajo. Varias Universidades dispensan su patrocinio a la investigación científica sobre este tipo de asuntos.

En los últimos meses, se ha planeado crear un pequeño grupo de trabajo que acometa la tarea de dar un mayor impulso a la cooperación y enlace entre quienes trabajan en el Proyecto de Deporte y los que lo hacen en el Proyecto de Desarrollo Cultural. Su objetivo no va a ser el meramente utópico de integrar estructuras nacionales o europeas, sino de ver hasta dónde puede revisarse la terminología; cómo puede llegarse a un acuerdo sobre una serie de objetivos comunes con la vista puesta en el desarrollo integral de la personalidad humana.

Ello significará para todos los afectados un replanteamiento de conceptos duro y, algunas veces, penoso; para algunos un reajuste nada fácil de su idea de cultura; para otros, un conocimiento de que el simple papel de espectador y las actividades menores a nivel elemental privado, si se las calcula en consideración a los cientos de millones que las practican, puede ser de mucha más trascendencia que una especie de democratización elitista de la actuación de la raza de campeones.

Los nuevos criterios que pudieran surgir quizá ayuden a resolver el problema suscitado por M. de Certeau, cuando escribía:

«El total general de capital financiero invertido y producido por el deporte, se dedica a la promoción de campeonatos y de auditorios pasivos; pero no al desarrollo físico de las masas.»

Exceptuando algún estudio preliminar, especialmente por P. Moulinier, es escasa la investigación realizada acerca de

la función de las industrias culturales. La atmósfera que envuelve el análisis sobre este tema se ve tan cargada de pasión, que no se ha revelado todavía factible una clara formulación del problema, y citando aquí a C. F. Weizsacker: «Una investigación fructífera es sólo posible cuando pueden hacerse, de antemano, preguntas razonables.»

El CCC está ya redactando planes para el quinquenio a comenzar en 1976, pero antes de decir algo de ellos y de las consideraciones sobre planificación a largo plazo, vamos a recoger las opiniones de varios testigos imparciales y de destacado rango, de quienes se ha solicitado comenten los avances registrados en la cooperación cultural europea.

Mientras, puede decirse que la tarea actual de los programas de desarrollo cultural del CCC, incluyendo la correspondiente al tema del deporte, vinculados estrechamente según están a programas de educación permanente, se hallan ahora sólidamente conectados con la gran masa popular de nuestros países, y se ajustan a las pautas de vida real del pueblo y al marco socio-económico que, en gran parte, las determinan.

La cultura, según interpreta hoy el vocablo el CCC, es algo harto diferente de la cultura, digamos, del individuo culto. Nos viene a la mente, aplicado a la política educativa y cultural del Consejo, aquella frase de «Emile»: «Vivir es el oficio que quiero enseñarle.»

CAPITULO IV

LOS TESTIGOS INDEPENDIENTES

Necesidad de opiniones objetivas. Resumen de entrevistas entre Georges Charbonnier y: Georges Balandier, Aurelio Peccei, Jan Tinbergen, Hermann Glaser, Richard Hoggart. Algunos puntos tomados de la encuesta de Finn Jors «La Desmitificación de la Cultura: Animación y Creatividad».

En toda organización, sea nacional o internacional, siempre se corre el riesgo de que, a lo largo de un período determinado, se vaya forjando una dependencia excesiva de una opinión experta, nacida ésta de un criterio particular o de un conjunto peculiar de personalidades. Buscando contrarrestar tal fenómeno, el CCC, antes de embarcarse en planes para el futuro de cooperación cultural en la segunda mitad de la presente década y años posteriores, ha tomado la precaución de recabar el parecer de varios expertos distinguidos, que no se hallan actualmente comprometidos en este trabajo y tienen —por tanto— mayor autoridad para enjuiciarlo de una manera objetiva, con arreglo a su propia interpretación de la escena cultural estos son:

GEORGES BALANDIER, Profesor de Sociología en la Sorbona, Presidente Honorario de la Asociación Internacional de Sociólogos Francófonos. Autor de «Anthropo-Logiques» 1974.

GEORGES CHARBONNIER, Productor-Jefe de Radio Francia y autor, entre otras obras, de: «Conversations avec Levi-Strauss».

HERMANN GLASER, «Escuela y Cultura», Nuremberg.

RICHARD HOGGART, ex-Adjunto del Director General para Humanidades y Cultura de la UNESCO.

AURELIO PECCEI, Presidente del Club de Roma.

JAN TINBERGEN, Profesor de Planificación del Desarrollo de la Universidad de Rotterdam. Premio Erasmo 1967, Premio Nobel 1969. Autor de «Development Planning», 1968.

Charbonnier fue comisionado para recoger las opiniones de los otros, por medio de una serie de entrevistas relativas a las direcciones que debería seguir la obra de desarrollo cultural del CCC. En el presente capítulo se da un resumen de dichas entrevistas. Según han sido escritas y editadas por Charbonnier, constituyen un texto amplio, elegante y extremadamente valioso, que ofrece una rica fuente de información y guía para el CCC. Se ha hecho un corte drástico del informe, a fin de poder presentar el extracto que sigue, con objetivo de ajustarse a las modalidades de tiempo y espacio de la presente publicación. Debido a las omisiones y arreglo de las frases, gran parte del texto que era muy interesante por llevar la impronta personal de los autores, se ha perdido, no librándose de ello el mismo Charbonnier. Como forma de mitigar esto, diremos que gran parte del texto francés original se centra alrededor de temas ya bosquejados en la presente obra, en especial, los que se refieren a cultura y a las implicaciones socio-políticas y éticas de estas definiciones.

Debe hacerse observar que todos estos expertos aceptan una definición de cultura que es social, más que artística, de tal forma que el desarrollo cultural tiende a confundirse con un cambio de los valores y pautas de la vida en conjunto. No obstante, y según veremos, algunas de ellas parecen a veces, explícita o implícitamente, hablar de cultura como si, adicionalmente, fuera algo de importancia en un área

distinta de la vida, a la sensibilidad y a la creatividad en determinados campos específicos; o como si estimaran que el nivel de relaciones en estos campos revistiera significado especial para determinar la calidad de vida en conjunto. Es, asimismo, claro que sus manifestaciones están hechas en armonía con un orden de valores que es, a sus ojos, una presunción fundamental.

Georges Balandier ataca inmediatamente a la ambigüedad que precede. Ciertamente, hay en toda sociedad una pluralidad de culturas coexistentes. Además, al hablar, digamos, de pueblos africanos, o melanesios, o amerindios, es habitual interpretar la frase «su cultura» como significando el conjunto de comportamientos humanos relevantes para la supervivencia biológica y el bienestar de la comunidad.

Sin embargo, sociedades occidentales se han inclinado a defender la existencia de algo distinto, denominado «cultura». La dificultad surge cuando preguntamos: «¿distinto de qué? ¿cuáles son los límites de esta cultura distinta? ¿qué es lo que hay que excluir de ella como no-cultura?

A juicio de Balandier, la cultura en este sentido limitado es un concepto que solamente se da entre pueblos ya socializados hasta el grado, por lo menos, de nación. En tales sociedades unificadas, puede interpretarse la cultura como significando una especie de denominador común intelectual y ético, junto con el riquísimo conjunto de cuanto ha sido y se está produciendo mediante el ejercicio de una inteligencia sensible, expresada en forma de fracción ordinaria con un denominador común, esta comunidad de ideas e ideales. Desde tal punto de vista se apreciará que la frontera entre desarrollo cultural y educación es, indudablemente, difusa.

Si se admite la cultura en este sentido, ya más concreto, pueden entonces aplicarse a cualquier cultura determinada unos criterios determinados indicadores del valor derivado de los conceptos fundamentales de creatividad y de un patrimonio cultural, del tesoro acumulado con valor para la

sociedad. Luego, este activo común, este tesoro, se halla siempre en uso corriente. Sus elementos más antiguos están siendo reactivados sin cesar, nuevamente utilizados, como el mito de Prometeo, salido otra vez a la superficie para ser empleado por Marx y Nietzsche, quien ha diagnosticado personalmente la dependencia de nuestras sociedades de tales mitos. Continúa expresándose Balandier:

«Desgraciadamente, en todos los llamados países industrializados, a los bienes culturales ha llegado a tratárseles como a otra cualquier mercancía vendible, sujeta a las leyes de la oferta y la demanda. Existen algunas categorías de estos géneros para los que hay una demanda competitiva, sucediendo que estas peticiones no pueden todas ser satisfechas en una misma forma. Aparecen fenómenos monopolíticos —empresarios pueden convertirse en monopolistas de ciertos aspectos de provisión cultural, haciendo un acaparamiento de medios de cultura; ocurriendo también que no todas las personas que formulan la demanda cultural se hallan igualmente bien situadas para adquirir cultura. Las oportunidades de creatividad, en cualquiera de las sociedades en que estamos interesados, se hallan reservadas a favor de una minoría restringida. Luego, la creación auténtica viene de una minoría aún más pequeña. Sin duda, el concepto mismo de creación brota de una interpretación elitista de cultura. La historia entera de la civilización occidental nos lleva a ver a estos creadores como un puñado de individuos.»

Ante la pregunta de Charbonnier de hasta dónde puede esta creatividad ser difundida a la masa del pueblo, Balandier responde con insistencia que tal concepto elitista de una creatividad altamente personalizada está profundamente enraizada en nuestras sociedades de Europa, si se compara, digamos, con la creatividad de simples pucheros y sarthenes de un poblado africano, o la creatividad comunal, anónima, de albañilería en otras partes del mundo o en otras épocas de la historia europea. Actualmente, la noción general-

mente aprendida de creatividad, reduce todo, salvo el trabajo de los artistas, al nivel de mera artesanía o aquello de «hágallo usted mismo». Sin embargo, se han obtenido ciertos logros paralelos. El prestigio y la situación excepcional del artista —único creador reconocido— en nuestras sociedades occidentales ha traído beneficios sociales sin cuento.

«La mayoría de estos creadores culturales han sido individuos que no han dicho a sus sociedades lo que ellas deseaban oír, sino que han mostrado la sociedad a ella misma, tal como es, arrancando los velos de la complacencia, o han manifestado ideales, aspiraciones y exigencias que la sociedad se negaba a formularse por sí misma. Estos artistas se han mantenido en diálogo con la sociedad haciendo contrapropuestas, contraaserciones, incluso cuando semejante crítica iba arrojada en un estilo elegante, tal como es el de «le grand siècle». En el siglo XIX, los artistas aparecen a plena luz, como si se tratara de verdaderos insurgentes de, críticos revolucionarios, quizá personificados óptimamente por Nietzsche, con su mirada vuelta al futuro y mostrándose desdeñosos ante las ideas y la moralidad establecidas. En nuestra época vemos cómo la palabra «artista» es casi sinónimo de duda, un objetar a cualquier ortodoxia y con exposiciones problemáticas o trágicas de la condición humana.»

Nos resulte o no agradable, es casi imposible deshacernos de la noción de cultura como algo separado, exclusivo y jerárquicamente elitista. Sin embargo, tras decir esto ¿cómo vamos a enfrentarnos con la cuestión de una política de desarrollo cultural? Anticipemos la suposición de que el ideal consiste en hacer de cada persona un artista creador. Al fin y al cabo, no es un ideal tan descabellado. Por ejemplo, tenemos a los psicólogos defendiendo que cualquiera de nosotros se halla dotado de potencial creador. ¿Es ello fruto de la propaganda, la enseñanza, la animación? Sobre todo: ¿cómo se despierta en uno el deseo de crear? Aquí está el meollo del problema: lograr que cada cual aspire a realizar su cultura.

Topamos aquí con un problema de harta dificultad. «En una sociedad completamente dominada por el espíritu de mercado, por el lucro, por tentaciones incesantes de consumo, existen límites a lo que puede esperarse en cuanto a reacción a incentivos para ser creador.» Interviene todo un complejo de estrategia comercial, convirtiendo la democratización de la cultura en proceso de ganancia material, desde el taller a la tienda de lujo (boutique) y al supermercado, poniendo a la gran masa del pueblo —cuyo impulso a la creatividad se ha visto espoleado por la animación— reducida al papel de masa consumidora de versiones de producción en masa de aquellos mismos bienes que se la ha enseñado a estimar. «Puede uno preguntarse a sí mismo si tal difusión generalizada de la cultura no es, en el fondo, sino una desculturalización. Desde el momento en que se pone uno a tratar a la ligera productos culturales, convirtiéndolos en simples artículos de un voluminoso catálogo comercial, pierden mucho de su significado, mucho de su verdadera función para la Humanidad. Por desgracia, numerosos artistas no se muestran en forma alguna en desacuerdo con las ventajas mercantiles que implica este consumo en gran escala de sus productos.»

¿Hay otras formas de difundir la participación en la cultura que, a diferencia de las industrias culturales, no la desvaloricen? Supondría la aplicación del máximo de métodos de desarrollo cultural, a la gama más amplia imaginable de marcos como: escuelas, fábricas, barrios de vecindad, dondequiera puedan constituirse grupos humanos —además de ir todo esto acompañado por la resonante afirmación de «un derecho a la cultura», comparable, v.g., al derecho a la enseñanza o a la asistencia sanitaria.

En cuanto a la metodología aplicable, incumbe elaborarla a los animadores, con ayuda de sociólogos y psicólogos educativos. Puede demostrarse cómo la infancia es una época crucial. Lástima que la espontaneidad natural del niño pequeño se vea demasiado a menudo extinguida por una «cul-

tura» impuesta, canonizada, codificada, enseñada en las escuelas primarias y de párvulos. Quizá la solución óptima a nuestro problema estribe en la reforma total de la educación infantil, montando una nueva clase de escuela, no sólo supeditada a modelos y snobismos, y capacitando al niño a adquirir maestría de los medios de expresión.

Charbonnier aludía en tono más optimista a reformas ya en estudio, tales como las propuestas por *Mrs. J. Voluzan* en «*L'école primaire jugée*», este último piensa que el obstáculo a las mismas era sólo cierta clase de bloqueo psicológico por parte de algunos maestros, padres e inspectores; y que, una vez superado esto, podemos esperar desaparezca la educación dominante, represiva y reglamentarista del niño de corta edad. Por su parte, Balandier manifestaba ciertas reservas:

«En tanto que una sociedad adopte formalmente una política de desarrollo cultural, tiende hacia una imposición autoritaria de moldes culturales que no sean antagónicos con su naturaleza y estructura propias. Se muestra siempre recelosa ante la creatividad, mirándola como una especie de fuerza corrosiva, una modalidad contestataria, (y recalco este punto al hablar de creadores artísticos como individuos), a quienes con bastante frecuencia en nuestros días se llega a definir como personas en confrontación incesante con el orden establecido y las condiciones humanas existentes. Ocurre que las sociedades tienen un olfato especial para cualquier cosa que amenace sus propios cimientos y es por este motivo que se muestran, cuando menos, reticentes frente a todo aquello que fomenta espontaneidad de expresión creadora, especialmente en el niño. El papel de las autoridades establecidas para desarrollo y educación cultural consiste en imponer, valiéndose de astutas habilidades, un tipo filtrado, controlable, de cultura, acomodado a las pautas y normas sociales —algo que agota la auténtica creatividad en el niño, dejándole sólo la oportunidad de jugar a las artes, cual si de «hobbies» se tratara.»

Charbonnier añadía a esto cómo la educación dispensada en las escuelas está excesivamente inclinada hacia el arte del pasado, recalcando —dice— a Racine más que a Boris Vian, robando al niño su presente en el cual vive y que acaso desearía cambiar. Así es, afirma Balandier, y la reforma educativa ha de preocuparse de la cultura real, contemporánea, viviente. Sin embargo, se plantea al final una pregunta harto reflexiva:

«Si exploramos la posibilidad de una cultura que no sea meramente una, digamos, cultura de consumo, sino algo en que participar creativamente el mayor número de personas —¿será ello cultura, en el sentido en hemos venido utilizando el término hasta ahora— ¿No apagaremos los grandes alientos creadores individuales que nunca pueden ser numerosos? Una vez que multipliquemos las ocasiones en donde la creatividad general se expresa ella misma en el acto creativo, fabricando una especie de policentrismo cultural ¿no hemos acaso alterado todo el concepto de cultura?»

Concluye, sin embargo, diciendo cómo sean cualesquiera las dudas que podamos abrigar, éste es el único camino que tenemos por delante para un desarrollo cultural.

Aurelio Peccei enfoca los problemas de desarrollo cultural desde un punto de vista bien diferente. Sin sentir nostalgia alguna por una cultura distinta según el estilo occidental, aboga por «el surgimiento de una cultura que no solamente revista prestigio, sino que reine poderosa en la sociedad y sirva de arquitectónica para todas sus culturas, que rija actitudes y pautas de conducta en algunos aspectos principales. Tal es la cultura que debe ser definida, fomentada y difundida por la política cultural de nuestros países europeo-occidentales, siendo aquí donde el Consejo de Europa ha de marcar la dirección». Ya desde el principio, Peccei examina el nacimiento de una cultura adecuada para hoy y para el mañana. La desgracia de nuestra época estriba en que una política así no existe todavía; siendo, pues, asunto de urgencia máxima debiera crearse valiéndose de una «revo-

lución cultural» aquí, en Europa, un cambio muy profundo y rápido de los basamentos mismos de la cultura, que pueda colmar el bache aterrador entre nuestra conceptualización actual y las realidades que han ido produciéndose por la aplicación a la vida diaria de la ciencia y la tecnología moderna.

«Puede incluso decirse que casi todos nosotros somos hoy cual fósiles, viviendo en centurias pretéritas... y esto, en una época en que nos hemos entregado a las realidades que convierten a nuestra vida en una dinámica de gran ritmo y que no somos capaces de seguir.»

La cultura del futuro habrá de permitirnos tomar contacto con las realidades de nuestra situación.

Entran tantos factores en ello que aún no hemos podido llegar a un entendimiento. Será necesario un programa, tan vasto como intensivo, de esfuerzo educativo.

«Nos enteramos por la estadística de que un cuarenta por ciento de las personas adultas en el mundo son analfabetas. No podemos vivir en el mundo del automóvil, del computador electrónico y del reactor nuclear permaneciendo analfabetos... Hemos construido sistemas artificiales, verbi-gracia, el sistema monetario, que luego nosotros mismos ignoramos manejar...

Hemos inventado grandes ingenios de destrucción, dejados luego, de forma aleatoria, en manos de élites restringidas. Necesitamos aprender la difícil ciencia de convivir y saber controlar esta civilización industrial compleja... pues si no, y al igual que otros organismos que perdieron contacto con la realidad, desapareceremos también.»

Es una reflexión en este sentido la que nos deberá indicar la clase de cultura de nuestro tiempo y de las décadas siguientes. Una vez sabiendo lo que ella debe ser, podemos comenzar a pensar sobre nuestros criterios de desarrollo cultural y democratización de la cultura.

Peccei se hallaba de acuerdo con Charbonnier en ver la situación tan apremiante que no resta tiempo para un prolijo teorizar, o para seguir procesos educativos de forma gradual. Una formulación de conceptos rápida y programas de suma urgencia deben ir de la mano. Habrán de realizarse esfuerzos conjuntos tremendos por educadores, intelectuales, expertos culturales, artistas, sociólogos, teólogos, políticos y humanistas; en fin, de todos cuantos se preocupan del bienestar y plenitud de vida del «ciudadano corriente»; a quien también hay que implicar en este diálogo constructivo que importa a su supervivencia. Ha de acometerse la tarea bajo la coacción de una necesidad imperiosa, a la luz amenazante de la comprobación de que el mundo al que se aplican las concepciones culturales existentes, se halla en la agonía, con sus riquezas materiales y reservas del subsuelo agotadas; al mismo tiempo que sus fronteras ideológicas son un cruel anacronismo desviando del único camino de salvación: un enfoque del problema a nivel supranacional y supraindividual. Todos los conceptos que se derivan del particularismo de abundancia son anticuados. Una política de desarrollo cultural basada en ellos no hará sino precipitar la catástrofe.

«Tenemos la obligación de difundir una cultura determinada en Europa; una cultura que afirme que en el mundo de hoy el Estado nacional no puede ya continuar en su forma actual.»

El concepto de interdependencia ha de ser una piedra angular de la cultura.

Nuestras ideas personales de libertad individual están igualmente desfasadas, y tanto la soberanía de la nación como la del individuo precisan una revisión radical, en un mundo que no puede ya permitirse ni la una ni la otra.

«La sociedad moderna está marcada por la mayor densidad demográfica que el mundo haya conocido jamás. Cualquier ciudadano dispone de métodos de subversión, sabotaje y violencia de mayor alcance que en ningún tiempo

del pasado. Corolario: nuestra libertad individual debe ser restringida hasta que hayamos adquirido un tipo nuevo de conciencia social... Dada la situación demográfica contemporánea, debe someterse a revisión hasta el mismo derecho a procrear, a la luz de la obligación estricta de no cargar a la sociedad con un número de miembros rayando en lo excesivo.»

Es a un tipo de sociedad completamente nueva a la cultura del futuro ha de llevarse y este es el tipo que ella deberá reflejar.

Conforme prevé Charbonnier, no va a ser tarea sencilla persuadir al público de que él mismo se beneficiará abdicando de su independencia soberana, tanto nacional como personalmente; sin embargo, estas autonomías han de desaparecer. La alternativa sería un caos y desastre inconcebibles. Este nuevo paso en el camino hacia una cultura de convivencia («con-vivre»), no puede, empero, darse mediante simple decreto gubernamental. La generación de que están sacadas las oligarquías gubernamentales ha perdido credibilidad a lo largo de dos guerras, holocaustos nucleares, catástrofes y fracasos en todos sentidos. Las restricciones a la soberanía y a la libertad únicamente pueden venir a través de un diálogo constructivo, en especial, con las generaciones jóvenes, que son suficientemente generosas para comprender cómo una renunciación en aras de la humanidad es aceptable, no obstante las consignas y «slogans» irreflexivos de demócratas ofuscados y vetustos.

«La nueva cultura debe reflejar, no sólo derechos del hombre, sino, también nuevas modalidades de deberes humanos dentro del nuevo contexto.»

Si es que esta nueva cultura ha de difundirse, si queremos triunfar, antes de que sea demasiado tarde, en poner a la Humanidad en fase con su época, ha de ser gracias a una maduración general del pueblo hasta llegar a serlo en un grado suficiente para aperebirse de cómo «la libertad genui-

na estriba precisamente en optar por un tipo de la misma que nos permita a todos vivir en buena vecindad».

Indudablemente, observa Charbonnier, esto entraña una política igualitaria de gran alcance —no simplemente disminuir las desigualdades, sino una genuina igualdad económica—. Y esto habrá que hacerlo a escala global, pues las diferencias existentes actualmente entre los «bien dotados» de Europa Occidental y los «desheredados» del Tercer Mundo es, sin comparación, mayor que entre el rey Luis XIV y uno de sus campesinos. Peccei se muestra firme del todo en esto. La presunción de la nueva cultura significa un movimiento hacia una sociedad mundial de igualdad. En todo caso, y a falta de tal movimiento, resulta imposible preservar la paz del mundo. En lo que hemos de pensar es en una cultura que convenga a una sociedad de cuatro mil millones —que pronto ascenderán a siete y luego a diez mil millones— de personas que disponen de una tecnología propia de «superhombres». Es una sociedad así la que habrá de compartir los valores y estilos de vida que haga posible a los hombres que la forman una convivencia pacífica.

Podríamos superestimar la medida en la cual la educación puede desempeñar un papel, si confundimos educación con difusión de conocimiento. La sabiduría enciclopédica —o incluso sinóptica— es de mucha menor importancia que los valores y actitudes; estas formas de sensibilidad, empatía y entendimiento intuitivo que están latentes y pueden desarrollarse en cualquier persona, ya sea un aficionado a los mecánicos, un montañero, obrero de fábrica, político, científico, o su esposa, que es una mujer corriente que se entusiasma solo por cocinar y colocar flores. Una vez que se haya difundido el nuevo conjunto de valores, podremos esperar tipos nuevos de relaciones sociales.

«Uno de los grandes defectos en nuestro actual tipo de sociedad, es que hemos considerado siempre a las personas como planteando necesidades y problemas, más que como aportando capacidades creadoras. Las hemos contemplado

como necesitados de comida, empleos y satisfacciones, cual receptores pasivos carentes de algo. No. De ninguna manera. El hombre constituye el mayor depósito de riqueza del Universo, el más grande de los patrimonios. ¡Cuántos tesoros de capacidad no utilizados ha sido desperdiciados! Los que gozan de la oportunidad de vivir en cierto ambiente creador, tienen el deber ineludible de fomentar la creatividad de otros, de hacerles sus iguales, mejores aún que ellos mismos. Acaso sea alguna clase de élite la que dé los pasos iniciales hacia una nueva cultura. Debemos confiar en que se tratará de una élite iluminada obrando de buena fe y buena voluntad, que acelerará el día en que pueda hacer entrega de la revolución al hombre de la calle, la mujer de la calle y, sobre todo, a los jóvenes. Tal es la tarea: liberar a la Humanidad en el sentido más amplio, emanciparla del pasado que la mantiene prisionera, hacerla un contemporáneo auténtico de sus propios tiempos.»

Jan Tinbergen estima también que el desarrollo cultural está condicionado por las alteraciones en el cuadro socio-económico, y parece asimismo tener en cuenta cierta clase de cultura monolítica, junto a la que todas las otras se mantienen en una relación subordinada. Sin embargo, abriga una opinión optimista de las perspectivas.

«Si se habla de una política cultural habrá que definir los objetivos de semejante política. ¿Cuáles son los elementos esenciales de la cultura que se supone va a ser difundida? Como demócrata, yo puedo decir que deba ser una cultura deseada por la mayoría. Pero ¿acaso está una mayoría representada por una élite? Cultura es, indudablemente, característica de la élite, aunque el pueblo manifieste ciertas preferencias fundamentales... Incumbe a la élite la función de estimular determinados elementos cuya importancia para la población en conjunto ella puede valorar... En efecto, puede ser más consciente de valores, de mayor capacidad, más experimentada. Por otro lado, hay entre el pueblo ciertos valores fundamentales simplicísimos. Tengo confianza en lo que

respecta al pueblo en general. Noto en él una conciencia segura de lo que es bueno y valioso.»

Según Tinbergen, nuestras dificultades del momento actual proceden de una comunicación defectuosa con nuestras mismas sociedades, lo que ha traído consigo una falta de armonía entre cultura, como un «fait d'élite», y cultura tal como se expresa en las preferencias de la masa popular. Esta, dijéramos, «ruptura» de la comunicación afecta al conjunto de la vida social provocando un desequilibrio. La ignorancia y la información no veraz han despertado temor y suspicacia, habiéndose cargado sobre la libertad individual una tensión excesiva, sin la selección adecuada. Naturalmente, la libertad es elemento capital en el legado cultural europeo, pero es sólo un elemento y no debe permitírsele crecer en menoscabo de otros elementos, según puede ocurrir en ejemplos tan concretos como es la libertad de los padres para maltratar a sus hijos; o la libertad, digamos, de los traficantes al por menor de la droga para destruir la vida familiar.

Es cierto, según observa Charbonnier, que la China maoísta ha declarado la guerra a la familia como célula de la sociedad, pero ésta desempeña un papel básico en la cultura de Occidente. Confirman investigaciones médicas y estudios psicológicos recientes que una vida familiar estable constituye el prerequisite para el desarrollo sano de los niños. Merece ser apoyada y fortalecida por la política gubernamental, incluyendo la parte de ésta dirigida al fomento de la cultura.

Ciertamente, ha habido culturas en el pasado que ofrecían la clase de armonía y equilibrio de que las nuestras carecen. Tenían estructuras socio-políticas adecuadas y es de éstas de las que debiera ocuparse en cierta medida nuestra política cultural. Primero y principalmente, debe haber una disminución de desigualdades, aunque no hay necesidad alguna de que esto sea un proceso amargo y divisorio de recriminaciones y críticas. Precisa únicamente la aceleración

de un proceso que ha venido desarrollándose en forma constante a lo largo de numerosas décadas. La distribución de la renta presenta ahora mucha menos desigualdad de la que solía haber en nuestras sociedades. Por ejemplo, en Francia, hace un siglo, la renta derivada del capital era un 40 por 100 de la renta nacional. Hoy, en cambio, es de alrededor de un 20 por 100, siendo esto en buena parte resultado de una política fiscal democrática y del progreso educativo de la masa popular. En países como Suecia y Holanda, el igualitarismo ha ido indudablemente más lejos. Todo esto significa avances reales, positivos. Es lástima que comunicaciones mediocres en nuestra sociedad hayan dejado que tales conquistas queden olvidadas y hasta amenazadas por un descontento mal informado. Todo orden social firme debe basarse en un sistema de información efectivo —es una condición previa del desarrollo cultural—.

Por desgracia, nuestros actuales sistemas de información son caóticos, un revoltijo de fuentes y medios comerciales o ideológico en antagonismo, y entre las cuales el individuo ha de ir «eligiendo», sin tener nada que le oriente en distinguir lo auténtico de lo espúreo. Así, por ejemplo, gran número de personas y, en especial de las generaciones jóvenes, están completamente desinformadas de cómo las condiciones de vida de hoy significan una mejora grandísima respecto a lo que eran cuarenta años atrás, no digamos ya hace un siglo. Uno de los objetos en la política de desarrollo cultural debería consistir en preparar al público para formular una apreciación crítica de las fuentes informativas. Nuestras escuelas están haciendo ya no poco al respecto y las palabras del profesor han dejado de ser en las mejores escuelas consideradas como infalibles, sino como proposiciones sometidas a examen y discusión. Los niños se ven estimulados a utilizar su criterio en cuanto a información. Se necesita algo más de esta clase de educación en todas las edades.

Tinbergen hablaba de su estrecha cooperación con Aurelio Peccei en un proyecto para reducir la tremenda brecha

entre el mundo actual de técnicas y las instituciones y sistemas de gerencia intrincadísimas que rigen la vida cotidiana del pueblo, y el equipamiento anticuado psico-intelectual a la que tiene acceso la inmensa mayoría de la gente. Como es lógico, este proyecto está empleando investigación y extrapolación de carácter sofisticado. Tinbergen manifiesta hallarse especialmente preocupado en lograr que en el curso de esta investigación científicamente llevada, no haya tendencia alguna a descuidar o pasar por alto elementos humanos constantes cuales son la camaradería y la compasión. Dicho proyecto ha de hacer frente a una dificultad específica. Tras haber fijado los detalles de lo que debe hacerse para llegar a un mayor conocimiento y cambio de actitudes, queda por regular la gran cuestión de cuáles sean las formas óptimas de acometer semejante tarea: la metodología del desarrollo cultural.

Existe también una escasez previsible de personas capacitadas y dispuestas a participar en este trabajo. Sin embargo, se aperciben ya síntomas esperanzadores, en especial, la aparición de grupos que aspiran a conseguir información y dominio propio sobre sus condiciones de vida. Un ejemplo de esto es un grupo de Bélgica, que edita actualmente un periódico semanal que goza de un lectorado tan amplio como influyente. En tanto que economista, Tinbergen se niega a dejarse desanimar por las sombrías perspectivas presentadas por la Historia. Debemos darnos cuenta de la potencia que el hombre tiene ahora para modelar su propio destino por medio de una acción colectiva.

Charbonnier pregunta qué podía hacer una organización internacional como el CCC para ayudar, especialmente en vista del énfasis dado por Tinbergen al papel de organizaciones y grupos voluntarios que van emergiendo. La respuesta es que el Consejo para Cooperación Cultural debe extender y reforzar el conocimiento de que nosotros, los europeos, no estamos solos en este mundo; que la subida del nivel moral y cultural europeo exige acción positiva de una clase menos

eurocéntrica; y que, si bien la época del «laissez-faire» en cuestiones económicas se halla ya muerta y enterrada, debe prestarse consideración urgente a revisar la proposición de que en materias culturales, la política óptima es siempre un máximo de libertad. Quizá se necesite a veces restringir determinadas libertades, disuadir acerca de algunos aspectos socialmente nocivos de la actividad cultural. Esto significaría, lógicamente, reducir algo la libertad de expresión de los artistas, pero sucede que no todos los artistas son de igual valor para la sociedad. En cuanto se habla de «artista», la gente empieza a pensar en grandes figuras —los Miguel Angel, Proust, Shakespeare— aunque también se debiera pensar en los millares de personas que se han considerado erróneamente a sí mismas como creadores ilustres y se han demostrado artísticamente sin mérito, siendo, por el contrario, un empobrecimiento para la sociedad. Naturalmente, se ha de manejar toda la cuestión con exquisito tacto, si se recuerda que genios tales como Einstein, Picasso o Nietzsche fueron en algún momento ridiculizados como faltos de talento. Desde luego, se trata de algo que no podemos solucionar de la noche a la mañana, pero se hace preciso examinar las ventajas e inconvenientes de la libertad completa de expresión artística en términos sociales.

Hermann Glaser habla, en primer lugar, de las reservas que han de hacerse al definir toda política cultural alemana, dado que este país es una república federal donde cada Estado tiene su propias competencias. Sin embargo, por encima de todas ellas y ocupando lugar preponderante en el pensamiento de la Asamblea alemana de consejeros culturales municipales, existe un consenso práctico en pro de mirar la política cultural como parte de una política de desarrollo urbano global o de área. Las palabras clave en este desarrollo son socialización, comunicación y creatividad.

Existe también acuerdo general en el sentido de que la política cultural debiera preocuparse primordialmente del desarrollo de la persona humana, más que de cualquier conjunto

fijo de instituciones y establecimientos. Al mismo tiempo, hay una intranquilidad generalmente sentida de la disonancia que existe entre la clase de educación y de animación que fomentaría este tipo de desarrollo humano y las dinámicas de nuestras sociedades contemporáneas, dirigidas, como están, a la producción y al consumo, y hostiles a la sensibilidad y creatividad de la gran masa del pueblo. Alemania tiene, por lo menos, esta ventaja, pues los procesos necesarios de descentralización que pueden acercar la política a la situación del individuo y su control, se ven favorecidos por una constitución de tiempo federal que da gran impulso a la libertad e iniciativa local.

A juicio de Glaser, la tarea básica del desarrollo cultural en nuestra época consiste en sensibilizar a la Humanidad en cuanto a lo imperativo de humanizar el medio ambiente. Debería motivar el hombre para aprovechar la materia prima de la vida y darle una forma que resulte significativa para él y para su prójimo. Los Estados totalitarios pueden, ciertamente, aludir a los artistas como «ingenieros del alma». En Occidente, sentimos recelo ante semejantes conceptos y ello nos hace difícil formular una teoría cultural que sea, al mismo tiempo, lógica y potente.

Sin embargo, es bien propio de las democracias dejar que la teoría se vaya formando ella sola alrededor de descubrimientos al azar del hombre. Sucede que últimamente hemos oído hablar mucho de un «derecho a la cultura». Para que esto pueda tener algún significado, debe referirse a una cultura que haya sido socializada de tal manera que sea accesible a escala de masas y lleve a un sentido general de identidad. Para una cultura de esta clase no podría pensarse en un apoyo o patronazgo estilo Mecenas. Habría de ser una parte integral del conjunto del gasto público comparable a la asignación educativa, algo que en la República Federal es un derecho ciudadano basado en legislación y asentado en la hacienda pública. Nos queda mucho camino por recorrer para llegar a tanto en lo relativo al desarrollo cultural, de-

biéndose confesar que los créditos de educación no cubren aún suficientemente las necesidades y derechos culturales de la persona.

No es posible marcar un orden de prioridad entre los distintos aspectos de la política cultural: salvaguardar el patrimonio cultural, fomentar su difusión, impulsar la creación artística contemporánea, inducir a personas de todas las edades a la práctica de las artes, o el estímulo general del pueblo a una actitud participante más activa y creadora en todas las manifestaciones de la vida que pueden llamarse culturales. Todas éstas son partes componentes de un proceso integral, siendo inseparables una de otra. Una promoción global de la creatividad generalizada y una vida en concordancia con el Universo es algo inconcebible, salvo que las artes tradicionales sean estimadas y puestas en práctica por doquier. Cualquier actividad cultural ha de ser popularizada. Sólo de esta forma pueden las artes ejercer su efecto como agentes de revolución y crítica social.

No debemos caer en el error de identificar política cultural con una cultura del ocio o del recreo. No hay que interpretar la cultura como algo aplicable únicamente al tiempo libre y al descanso. Al contrario, ha de penetrar todos los poros de la realidad, a fin de transformarla, de darle forma en armonía con ideales y aspiraciones humanas. Las horas de trabajo son también parte de la realidad y hay que implicarlas en los procesos de desarrollo cultural. Por este motivo y en nuestras ciudades, los equipos y ocasiones para la cultura han de coincidir con los lugares de trabajo, las escuelas y colegios, así como también con las áreas residenciales. Ocurre muy a menudo, incluso en nuestros días, que tiempo libre significa para mucha gente un simple recuperarse del agotamiento completo del trabajo. La cultura necesita recreo auténtico, en el cual el individuo todavía conserve energía para la creatividad y una reacción activa a la creatividad de otros. Seamos aquí sumamente cuidadosos: la asociación de los conceptos de recreo y cultura ha tendido a llevar a

una edificación de la pasividad, a un «festival elitista de la pereza».

A la pregunta de Charbonnier sobre las causas del relativo fracaso de la política para una democratización de la cultura, responde Glaser haber todo un síndrome. La cultura ha venido estando desde largo tiempo asociada con grupos sociales específicos, cada uno teniendo su perspectiva propia. Si de verdad aspiramos a revitalizarla, tendrá que estar basada en una identificación con la gran masa de la Humanidad. Recordemos, una vez más, cómo las tensiones y fatigas que la vida y el trabajo acarrean en sociedades altamente industrializadas condenan a innumerables personas a una constante frustración o, lisa y llanamente, a una especie de modorra disponiéndolas tales factores al recreo cómodo de las diversiones comerciales. Su educación apenas si les ha sabido enseñar a cambiar esto en pro de la creatividad. El desarrollo cultural ha de luchar constantemente contra la atracción mediocre de los programas frívolos y la ensalzante elocuencia de la publicidad comercial. Habrá que declarar la guerra contra todo esto precisándose para ello unos recursos comparables a los necesitados para desarraigar el analfabetismo. Quizá más todavía, pues ésta va a ser una batalla donde el enemigo son los prejuicios y rutinas mentales del pueblo, resultado de los inconvenientes sociales, jurídicos y económicos que durante tanto tiempo han mantenido a las masas en estado de alienación respecto a la cultura. La tarea a realizar consiste en disipar el malestar que el pensamiento de «cultura» causa en la mayoría de la gente, y crear una «cultura de la libido», no algo que implica la renuncia a la satisfacción, sino algo en lo que el pueblo se afirma complacido. Por desgracia, debemos ser realistas y confesar cómo el día en que la cultura y política cultural se conciban así y sean admitidas como imperativos sociales, es todavía una fecha de futuro lejano.

Contestando a la pregunta concreta de Charbonnier, Richard Hoggart se refirió a las raíces provinciales todavía vi-

gorosas de la cultura inglesa —en materia de arte y literatura— y al recelo y descuido general británico en cuanto a cultura metropolitana. Así, mientras que en Francia es una pregunta llena de significado decir: «¿Qué piensa París de esto?», a nadie en Inglaterra se le ocurriría formular la pregunta «¿Qué piensa Londres?» El Gobierno central, en su política sobre las artes, está plenamente apercibido de ello, por lo que sus esfuerzos principales van dirigidos a reforzar la vida cultural provincial, sobre todo en los últimos años mediante el estímulo de programas de radio locales y de televisión provinciales. El «Council of Arts» actúa a través de sus asociaciones regionales. La política para las artes en el Reino Unido se halla estrechamente vinculada con dicho organismo —entidad autónoma formada por personas que trabajan sin cobrar retribución—. Tiene asignada una cantidad fija del presupuesto y se le han encomendado misiones ampliamente bosquejadas, pero dentro de su marco goza de libertad para elaborar criterios propios.

Su objetivo primordial consiste en prestar apoyo a las artes sobre una base regional, aunque naturalmente tiene que ayudar a ciertos establecimientos centrales nacionales, verbigracia, Covent Garden y el National Theatre, que consumen aproximadamente el 25 por 100 de su presupuesto.

La descentralización ha funcionado relativamente bien en Inglaterra, que es, ciertamente, un país pequeño. Así, por ejemplo, desde la mayoría de los lugares del país se puede ir a Londres en cuatro horas, y un teatro de ópera de primer orden es suficiente para toda la nación.

Naturalmente, sigue exponiendo Hoggart, todo esto se refiere exclusivamente a las artes según han sido tradicionalmente entendidas —teatro, música, ópera, ballet, etc.—. Hay ahora muchas dudas acerca de ello en el Arts Council, hasta el punto de que se ha oído decir a algunos miembros estar el péndulo oscilando demasiado en la otra dirección y que se está dando dinero a toda clase de programas, poco meditados para la participación del auditorio o el teatro

callejero. Parece, en realidad, correrse cierto riesgo de «tirar al niño junto con el agua de la bañera». Lo que hemos de poner en claro es la relación entre creatividad y sinceridad intelectual. La generación de hoy habrá de comprender que el desarrollo cultural —el suyo propio o el de cualquier otro— no puede producirse mediante el simple toque mágico de alguna varita gubernamental. Exige que el público se sume él mismo al esfuerzo. Precisa de un laborar penoso, en solitario, por parte del individuo. El gobierno podrá ayudar, pero jamás realizar por sí la tarea correspondiente al pueblo.

«Me crié en un barrio de clase obrera en una ciudad provinciana muy alejada de Londres —en aquel tiempo llevaba un día entero llegar allí—. Yo era tan pobre que jamás fui a la capital antes de los dieciocho años. No puedo sino sentirme contento al ver que tantos jóvenes como era yo entonces, puedan ver y conocer teatro en su propia ciudad... quién lo diría, obras dramáticas en la plaza... Sin embargo, estos jóvenes no llegarán a nada, salvo que realicen el esfuerzo que hizo el público de mi generación. No niego que tuvimos mucha suerte. Una de las cosas que los británicos disfrutaron en fecha relativamente temprana fue una amplia red de bibliotecas públicas gratuitas. Mi ciudad tuvo la primera de ésta, y sigue siendo hoy una de las mejores. Parte de mi educación se hizo en la escuela, pero la parte principal de ella fue gracias a la lectura de poemas y novelas prestadas gratuitamente por la biblioteca pública. Libros que leía noche tras noche, en una casita de familia obrera. Labor solitaria... el desarrollo cultural exige esfuerzo en la soledad.»

No solamente no se debe caer en la tentación de superestimar lo que la intervención del Estado puede hacer en materias culturales, sino que hay que vigilarla escrupulosamente, por aquello del dirigismo.

Sin embargo, y mirando al mundo en conjunto, puede verse que existe una gran necesidad de normas de acción gubernamental para el desarrollo cultural. Hay una demanda

de ellas procedente de todos los Estados miembros de la UNESCO. Según hace observar Charbonnier, se nos ofrece aquí una paradoja curiosa. Queremos una cultura espontánea, autóctona, pero aspiramos luego a producirla mediante acción estatal. Naturalmente, y en el sentido que le da Lévi-Strauss, toda persona tiene una cultura, pero en realidad, y aunque oscilamos entre ésta y la cultura en el sentido de las artes, es con arreglo a la última interpretación en la que los ministerios europeos han pensado siempre al hablar de desarrollo cultural. La miran como una difusión del legado cultural mediante canales como «Maisons de la Culture», Arts Centres y otros organismos análogos. Mientras que, si se va a una región o área cualquiera —como Edgar Morín ha ido a Gran Bretaña— se ve que el pueblo ordinario tiene un tesoro de cultura, no ciertamente en formas de arte, sino en costumbres, tradiciones, pautas de vida. Cada persona tiene una cultura. ¿Qué es, en definitiva, lo especial que tratamos de desarrollar? Básicamente, equivale a esto:

«La actividad más importante de toda persona es la exploración no egoísta de su experiencia mediante formas simbólicas como música, matemáticas, literatura. Tal es la única actividad que distingue al hombre del animal.»

¿Como se puede fomentar esta actividad y difundirla? Veamos, el Estado puede hacer algo, pero no ciertamente proporcionando teatros para la élite que frecuenta éstos; lujosas sesiones de ballet para los balletófilos, etc. La justificación de la actividad estatal en este campo estriba primordialmente en su obligación de rectificar las clases de distorsión que una sociedad como la nuestra impone a sus miembros. Pudiera decirse que la sociedad tiene el deber de segregar anticuerpos capaces de combatir la enfermedad y las frustraciones de la agrupación en una civilización dominada por la tecnología, la obligación de crear su propio legado, sus críticos propios y hasta su propia oposición. Existe asimismo un deber irrenunciable para los gobiernos de ir limando desigualdades en cuanto a oportunidad cultural tales como las que vienen registrándose entre clases socia-

les diferentes, o también entre áreas urbanas y rurales. Sin embargo, las zonas en desventaja no siempre son claramente definibles. Constituye tremendo error poner en primer plano las necesidades de la clase trabajadora. Supone devaluar el socialismo y es tan falso como la idea de progreso cultural alcanzado mediante el «embourgeoisement» de las masas. Tratemos más bien de desaburguesar a la burguesía.

Así, pues, ¿cómo debe un gobierno distribuir sus fondos culturales? Supongamos, en primer lugar, que han de mantenerse las grandes instalaciones culturales centrales. Digamos al respecto que ciertos jóvenes en Inglaterra afirman que puede dejarse al patrimonio cultural cuidar de sí mismo, reservando todo el gasto gubernamental para llevar a cabo experimentos con la gente de abajo, admitiendo incluso inicios equivocados y esfuerzos acabados en fracaso. Pero esto resulta inaceptable. Las grandes orquestas sinfónicas, pinacotecas y teatros necesitan seguir en funcionamiento. Y además de todo esto se necesitará dinero para actuar en el campo de trabajo, programas de carácter exploratorio, que ofrecerán, habilidosamente organizadas, ocasiones para que tome parte en ellas el público ordinario, a través, por ejemplo, de los sindicatos. Debe irse a un programa de experimentación generoso. Sin embargo, se hace imperativo reconocer que se comentarán los irremediables errores humanos. Es necesario admitirlo con sinceridad y proceder a desecharlos. Por ejemplo, el teatro público o callejero: Existen tremendas dificultades: la lucha entre diferentes grupos de artistas, todos buscando participar de los fondos limitados, el choque entre los tradicionalistas y los de vanguardia, entre los jóvenes y los ya acreditados y, por encima de todo, la ausencia de algún criterio irrefutable de excelencia cultural, de algún consenso en materia estética, de personalidades cuya opinión merezca respeto incuestionable.

Sin embargo, debemos desechar tales dificultades y continuar nuestro trabajo. Es totalmente inútil buscar un ra-

zonamiento de coherencia lógica para la política cultural en un tipo de sociedad incoherente. El profesor universitario sincero no puede hacer otra cosa que no sea estimular a sus alumnos a rechazar mucho de lo que ofrece la sociedad moderna, pues desea se conviertan en personas independientes, críticas y creadoras. Al mismo tiempo, quiere un marco de orden para su desarrollo y aspira a que su crítica y creatividad estén conectadas a la tradición ilustre el legado cultural. Todo cuanto podemos hacer es actuar en una forma pragmática, contentos al igual que Swift si se puede conseguir crezcan tres briznas de hierba donde anteriormente sólo había una, y hablamos aquí del crecimiento del espíritu personal. A una entidad como el Consejo de Europa poco más se le puede decir que lo expuesto.

Sin embargo, hay dos puntos importantes y que merecen consideración por el Consejo. *Primero:* la evidencia, reforzada año tras año, de que Europa es, en un sentido profundo, una entidad cultural. Uno de los puntos más importantes para el próximo medio siglo pudiera ser el surgimiento entre los ciudadanos corrientes de una conciencia de este europeísmo. Supondrá, desde luego, reñida batalla no sólo contra el particularismo de las naciones, sino también de los credos religiosos, las profesiones, burocracias y sus actitudes habituales; de los diversos medios de información y, también, de disciplinas académicas. En segundo lugar, un impulso más grande al desarrollo cultural de Europa a lo largo de los próximos cincuenta años pudiera venir de un perfeccionamiento en nuestros sistemas educativos y redes de comunicación. Será únicamente a través de éstos por los que podrán disolverse conductas anticuadas. Henri Janne, en un libro escrito sobre el Consejo de Europa, ha examinado la cuestión en su conjunto, la educación es parte de la cultura, la cultura juega su papel en la educación.

Entre el material de este orden ahora disponible tenemos el informe que se acaba de completar acerca de innovaciones en materia de creatividad, debido al ilustre exper-

to noruego Finn Jor, tratadista cultural del cotidiano noruego «Altenposten» (1). Creemos oportuno cerrar el presente capítulo con algunas de las observaciones generales contenidas en su informe.

Hace observar que cualquier valoración de las actividades promocionales que tiene descritas ha de ser forzosamente subjetiva, dependiente como es de la filosofía de cada crítico y de valores sociales y estéticos. Sin embargo, Jor encuentra ciertos módulos de las consideraciones sociales. El científico político americano Victor Ferkiss ha manifestado que los futurólogos parecen estar de acuerdo en que una sociedad basada en la productividad intensiva ha de producir una reacción entre los trabajadores, que se ven empujados a «vivir» más intensamente en sus ratos de ocio.

Esta tendencia está aumentando la separación entre la organización «apolloniana» racional de los aspectos funcionales de la vida del pueblo y su vida personal que se convierte en más y más «dionisiaca» y neo-primitiva. Además, conforme se van racionalizando nuevas áreas de vida, el individuo se ve obligado a asumir la responsabilidad de crear su ambiente personal y estilo de vida propio.

Es por este motivo, explica Jor, que la imagen tipo MacLuhan, de una «sociedad de masas», una comunidad pueblerina mundial, íntimamente unida por sistemas electrónicos, se ha demostrado ser completamente falsa. En su lugar, ha habido un resurgimiento inmenso del individualismo dividiendo a la sociedad en una pluralidad de grupos y sectores de intereses. Es precisamente por este motivo que vemos aparecer por todas partes grupos tratando de encontrar expresión y creatividad, así como de centros e instalaciones para estos grupos. Ello es resultado, en gran medida, de la acción de grupos espontáneos. Proceden de las capas inferiores, incluso si se producen a consecuencia de una animación apoyada por el gobierno. En este respec-

(1) «The Demystification of Culture: Creativity and Animation». Consejo de Europa, 1976.

to difiere del tipo tradicional de provisión cultural organizada por la sociedad, grandes instalaciones o servicios centrales en que no se ha consultado previamente al pueblo. Es preciso elaborar la relación entre las mismas y la modalidad innovadora de necesidades de desarrollo cultural. Ciertamente, los nuevos tipos de actividad y de centros han hecho caso omiso —en lo relativo a presupuesto para gasto cultural— de los antiguos compartimientos estancos entre aficionados y profesionales.

Semejantes innovaciones marcan también la medida en que para la mayoría del público resulta ya inadecuado el añejo concepto de cultura como algo separado de las artes. Si está vinculado con éstas, entonces, y según proclama John English, «es el arte de vivir»; lo que Girard describe como «las actitudes que una civilización nos fuerza a tomar frente a la vida».

En tanto que el Estado financie el desarrollo cultural, debería hacerlo del mismo modo que con cada uno de los servicios que ayudan a la población en su vida cotidiana, comparable al servicio sanitario. El pueblo necesita creatividad y una liberación interior es, en muchos casos, prelude necesario del ejercicio saludable de la creatividad. Además los gobiernos debieran reconocer que la creatividad puede adoptar la forma de relaciones sociales. Paul Claus, jefe del centro cultural flamenco en Destelheide, ha llegado nada menos que a decir: «Cultura es el hecho de que los hombres no sientan ya miedo los unos de los otros.»

La creatividad ha constituido siempre un impulso humano fundamental. El filósofo Platón lo observaba ya y bosquejó formas de creatividad, en una gama que iba desde el cuerpo —deporte, gimnasia y baile— al espíritu, emociones e intelecto. No existe nada nuevo o revolucionario en la mayoría de las innovaciones basadas en un cuadro amplísimo de desarrollo cultural. Figuran ya en la gloriosa tradición de cultura europea, bien se expresen en los mítines de pequeños grupos para formular una protesta de ca-

rácter político o en representar «Fedra» en un teatrillo improvisado rural.

Y sin embargo, estos movimientos auténticamente de la base se encuentran financiados sólo a título de ensayo. Sus demandas de una subvención estatal plantean determinados problemas. No está claro, en todos los casos, que estén enraizados ampliamente en las masas con las cuales afirman estar en contacto, o si representan únicamente el dinamismo mesiánico de una «pandilla» particular. Quizá ello no importe. Proporcionan un ingrediente valioso que, por otro lado, falta en las sociedades modernas. Hermann Glaser y K. H. Stahl, coautores de «Die Wiedergewinnung des Asthetischen» (Readquisición de la Estética del Hombre) han llamado la atención sobre cómo nuestras áreas de gran densidad urbana han sido construidas exclusivamente por motivos económicos, no para llevar a un mejor empleo de la vida humana. Las innovaciones en creatividad del tipo estudiado por Jor están proporcionando un elemento corrector, que mejora tales medios despersonalizados. Naturalmente, no pretenden, ni lo harán nunca, entablar competencia y sustituir a los centros prestigiosos de cultura tradicional. Sin embargo, sí coexistirán con éstos, concentrándose particularmente en aquellas áreas de cultura relacionadas con el bienestar social y la educación popular. Se revelan adecuados a la vida de vecindarios o barrios, pues son pequeños y susceptibles de ubicarse allí, y debido también a que sus programas son flexibles en cuanto a horario, a diferencia del cartel rígido de las grandes salas de conciertos y teatros. Tienen una cultura descentralizada en el sentido que abogan Stahl y Glaser, ocurriendo a menudo que la misma informalidad, carácter alcatorio y ambiente atropellado de sus improvisaciones resulta más agradable a la masa obrera que no una representación elegante y las actuaciones protocolarias de los grandes centros.

Un tema al que Finn Jor da un énfasis especial es la medida en la cual estos movimientos para desarrollo cul-

tural tienden a conseguir un mayor éxito, por ejemplo, cuando se centran alrededor de alguna personalidad que hace de catalizador. Nunca podrá apreciarse bastante la importancia de lograr que tales animadores reciban al mismo tiempo un medio satisfactorio de vida y, también, libertad de acción para ejercitar su carisma y su capacidad. Todo lo referente a su entrenamiento, status y deontología exige un estudio metódico.

No será adecuado añadir ningún comentario a las susodichas opiniones de expertos, que el Consejo puede perfectamente estudiar en su versión original. El resumen facilitado aquí tiende a resaltar ciertas áreas de concordancia entre los expertos, similitudes que son menos apreciables en los textos completos. Al mismo tiempo, la versión original da un sentido de preocupación urgente que tiende a perderse en sinopsis —interés por una crisis que puede calificarse también de cultural, social o política— y cuyo resultado será de hondas consecuencias para las estructuras sociales europeas, en cuyo seno buscan la felicidad cientos de millones de seres.

Debe asimismo observarse cómo los resúmenes han procurado disimular notables variaciones en terminología y, desde luego, en los objetivos manifestados por los expertos culturales, incluso —según apunta Hoggart— de un mismo experto pero en momentos distintos... Se trata aquí de un problema que el Consejo ha costatado ya antes en sus diversos proyectos y en cuya solución trabaja y va progresando. Se precisan más estudios de esta clase, siendo uno de los cometidos principales clarificar y articular la terminología relativa a democracia cultural.

CAPITULO V

HACIA UNA DEMOCRACIA CULTURAL

El próximo quinquenio de la cooperación cultural europea. Una combinación más coherente de trabajo en marcha con nuevos elementos. Simultáneamente, un «equipo de pensadores» para elaborar planes a largo plazo. Consideraciones sobre planificación a largo plazo. Las realidades de clase socio-económica. Inevitabilidad de opciones políticas en materia de política cultural. La realidad de la diferencia humana, psicosomática y bio-crónica. Declaración nítida de valores generales necesarios, especialmente relativos a las artes. Características de la sociedad deseable; tolerancia, simpatía, participación. Lugar para lo pintoresco, para lucha y desafío, para distensión y vida familiar. Comienzos modestos, compromiso y creatividad social. Un lugar para lo irracional. La voz de la juventud. Hacia una Carta de la Cultura. Papel de los sistemas educativos y de las mujeres. Importancia de un desarrollo cultural incrementado ahora por la recesión económica.

a) Plan a medio plazo

La adopción definitiva de un plan a medio plazo habrá, naturalmente, de esperar al resultado de la conferencia de ministros a celebrar en Oslo en junio de 1976. Cuanto pode-

mos hacer aquí es señalar los principios y categorías principales de las propuestas que van a presentarse a dicha asamblea, conforme han sido elaborados por el CCC, con el asesoramiento de sus subcomités y grupos de proyectos.

El primero y más importante entre los principios fundamentales que se han proclamado sólidamente, es la reafirmación de una interdependencia entre política de desarrollo cultural y política educativa. Es evidente que esto implica no sólo una coherencia verbal en la formulación, sino también la revisión y explotación de todas las áreas posibles donde las escuelas, colegios, universidades y otros centros de enseñanza, entrenamiento y reentrenamiento, pueden desempeñar un papel activo en el desarrollo cultural general del pueblo, fuera de sus recintos ordinarios y donde los trabajadores del campo cultural, ya sean directores de grandes teatros y museos, o animadores de barrio, pueden ayudar y cooperar en las actividades de las instituciones culturales. La integración definitiva de ambas políticas habrá de tenerse siempre en cuenta, se impulsará todo lo posible la ayuda de los medios de comunicación de masas.

Análoga en importancia es la afirmación incondicional de que ha de mirarse la cultura como un aspecto básico de la vida social, y por tanto ser tratada como parte integrante de una política global estructurada para servir a las necesidades y conveniencias del pueblo en las cosas que afectan a su plenitud como individuos, como miembros de una comunidad o como simples ciudadanos.

Un detalle nuevo vemos en la enunciación del tercer principio. Si bien, la cooperación europea en educación y cultura seguirá conservando su lugar concreto en programas futuros, éstos mostrarán cada vez más hallarse situados en un contexto mundial y han sido considerados dentro del marco de las necesidades y progreso humano no importa dónde. Ello entrañará no solamente la extensión entre los europeos de un conocimiento y apropiación de sus culturas propias, sino también un percatarse de su responsabilidad, como parte de

su legado cultural, para con la Humanidad en cualquier región del globo. Se trata aquí de una responsabilidad, que ha sido sinceramente reconocida por no pocas políticas económicas. Deberán complementar lo anterior las oportunas normas y criterios educativos y culturales. En todo este campo no hay que pensar haya invasiones en el área de la UNESCO, sino una iniciativa para orientar hacia el exterior una cultura que sigue siendo específicamente europea.

El CCC propone dos formas de enfoque para aplicar dichos principios generales en una futura cooperación cultural. Primero, pensar en edificar sobre cimientos que existen ya, constituidos por programas pasados y actuales; así como también levantar sobre ellos algo que tenga una mayor coherencia y añadir elementos nuevos. En segundo lugar, quiere acometer un proceso enteramente inédito de conceptualización, mediante un programa sistemático de estudio y meditación a la luz del cual irán surgiendo lógicamente programas para un futuro a largo plazo. Estos dos caminos de enfoque serán seguidos simultáneamente en un futuro inmediato, si bien no se espera que el tarabajo a realizar por el equipo de pensadores pueda recogerse antes de varios años.

Así pues, los planes para el quinquenio próximo pueden resumirse en la forma siguiente, teniendo en cuenta que en el momento de escribirse esto, no pasan de ser provisionales:

- Un estudio de la problemática con que se enfrentan ahora los Estados miembros en las áreas adyacentes de educación y desarrollo cultural; y una concreción de puntos para una acción europea positiva encaminada a la solución de esta nutrida serie de problemas.

- Un examen autocrítico de la reciente tarea llevada a cabo por el CCC, su contenido y metodología así como la efectividad de sus estructuras y de la presentación al público.

- Prosecución de la tarea sobre educación permanente y, sobre todo, procurar que tenga impacto en los diversos

niveles de sistemas educativos, desde la escuela de párvulos a los departamentos de investigación universitaria; así como estudiar las medidas necesarias para acomodar la enseñanza de adultos a las exigencias modernas, verificando el concepto de «educación recurrente» en varios países. Se producirá un mayor ritmo de la campaña para democratizar la educación dando énfasis expreso a la igualdad de oportunidades y estímulos para tomar parte en actividades de índole cultural y artística; así como sobre el papel que deben jugar los centros educativos en la vida ordinaria cultural de las comunidades vecinas. Todo ello encaja perfectamente en un marco de cooperación entre las políticas de educación y cultura antes referidas.

— Estudio a fin de sentar criterios para una política de desarrollo cultural a diversos niveles, pero con especial interés en el papel de las autoridades públicas (principalmente poderes públicos de carácter local), en mejorar la calidad de vida y preservar y fomentar la cultura en sus respectivas áreas. Se hace hincapié en la necesidad de prestar atención a las culturas latentes o en fase de surgimiento. Como es lógico, tal categoría de trabajo entrañará un mayor énfasis en los problemas y estrategias de gerencia, descentralización cultural y la tan repetida «animation socio-culturelle».

— Examen de todas las cuestiones relativas al «status», reclutamiento, entrenamiento y reciclaje de animadores, y su relación con campos afines que interesen a educadores de adultos, administradores de centros artísticos y maestros de las escuelas.

— Prosecución de la tarea relativa al desarrollo y salvaguardia de la producción tradicional cultural y artística. Esto ha de incluir materias sobre creación artística y promoción de la creatividad en las artes; sobre enseñanza y entrenamiento de artistas creadores; sobre mantenimiento y asequibilidad creciente de las grandes instituciones, v.g.,

orquestas, bibliotecas, teatros, etc., y la ampliación de su impacto en el público.

— Estudio de las posibilidades en pro de una mejor situación para las culturas que tienden a verse desfavorecidas, por ejemplo, las de la clase trabajadora, o las zonas agrícolas o los trabajadores emigrantes.

— Una acción más intensa para lograr mayor conciencia de identidad europea entre los pueblos del continente, recurriendo a medios prácticos, como, por ejemplo, intercambio de personas que trabajan en el campo cultural, o la coproducción de material educativo.

— Exploración de métodos para imprimir una orientación de carácter mundial a la cooperación cultural europea.

— Proseguir la cooperación en cuanto a fomentar el desarrollo de la investigación científica y otra de índole académica en campos concernientes al desarrollo educativo y cultural; así como nuevas iniciativas para coordinar programas juveniles y deportivos europeos.

— Finalmente, análisis de las necesidades culturales de trabajadores emigrantes, su acogida y asimilación cultural en los países anfitriones, mantenimiento de vínculos con su país de origen, sin olvidar medidas preparatorias para un posible regreso.

Una versión tan comprimida enmascara, hasta cierto punto, algunas incoherencias que esperamos se resuelvan en planes a largo plazo. Al mismo tiempo, no se reconoce debidamente el mérito de detalles sumamente esperanzadores que constituyen una indicación del avance conseguido a lo largo de los años. Una característica de destacar en diversos puntos es la concentración que los planes a medio plazo cargan a los gobiernos locales, estimados como puntos básicos de un desarrollo cultural futuro.

Se bosquejan proyectos para despertar el interés y la simpatía entre los políticos y administradores locales, a fin de

que adopten criterios nuevos, familiarizándoles con la idea de una democracia cultural y con el hábito de participación popular cuando se toman decisiones; así como con la interpretación a dar al término «cultura», que, ciertamente, no se haya limitado a parques, jardines, teatros y campos deportivos municipales, sino que incluye también todos los organismos que significan vida en grupo, creatividad y acción crítica y constructiva en asuntos comunitarios. Los puntos del proyecto de Catorce Ciudades y el de Animación Socio-Cultural estarán a la mano para semejante enfoque. Se ha previsto que recibirá apoyo mediante un intercambio informativo autoridades locales-gobierno, conducente, digamos, a un simposio y —objetivo ya más ambicioso— a un Año Europeo que tenga como lema «La calidad de vida en las ciudades europeas».

Podría, darse asimismo detalles análogos acerca de la continuación o complemento del trabajo ya realizado en comunicaciones, creatividad y otros proyectos. Existen planes de carácter provisional para dos Cartas Europeas: Una, garantizando la situación de los artistas en asuntos tales como derechos por utilización de bibliotecas, derechos de representación y de autor. Otra Carta, cristalizando una declaración de responsabilidades gubernamentales respecto a «animation socio-culturelle» y avalada por los Estados suscribientes. La inclusión de una categoría de programas relativos a trabajadores emigrantes refleja la persuasión creciente de que el CCC no puede ignorar una realidad tan patente en la vida europea como es la presencia en varios países de una subcultura extranjera. Con todo lo que se diga a favor o en contra de este fenómeno, no hay posibilidad de negar el mismo, pues es una concomitante de nuestro tipo de productividad intensiva. Lo que en tiempos pretéritos se conseguía únicamente por conquistadores, déspotas e imperialistas, se logra en la actualidad en forma incruenta gracias a una dinámica económica. Muchedumbres inquietas de auto-desarraigados, desprendiéndose a sí mismos de una forma de vida que sus pueblos han venido desarrollando du-

rante siglos para satisfacer sus necesidades, vagan ahora como a la deriva y sin amigos, alrededor de las estaciones ferroviarias y bares turísticos de nuestras grandes urbes en una forma de recreo vacía, solitaria. Se han visto separados, como por una aspiradora, de cuanto era su cultura, por un torbellino que no entienden, un ansia de capacidad adquisitiva que les ha dado, sí, dinero, pero hecho trizas la relación humana en sus vidas. He aquí una situación que pide a gritos una acción colectiva impregnada de simpatía.

En consecuencia, planificar para el período que nos conducirá a la próxima década incluirá todos los elementos de trabajo que se hallan ahora en utilización, junto con algunos de carácter inédito. El conjunto se irá adaptando progresivamente a horizontes nuevos abiertos por el «groupe de réflexion».

Quizá sea apropiado al llegar aquí señalar cómo las repetidas declaraciones generales y los nuevos niveles de categoría dan lugar a la pérdida de ciertos logros, salvo que se ejerza la correspondiente vigilancia. Este puede ser, especialmente, el caso en cuanto a la resolución ahora bien sentada en todos los programas actuales, de que tomarán como eje el alcance de su impacto en la gran masa del pueblo, y no estarán basados en un concepto de cultura limitado a las artes o la cultura de los estudios. Se correría aquí el peligro de que la idea de democratización de una cultura elitista pudiera presentarse de nuevo como objetivo general. Los testigos imparciales de que hacemos mención en el capítulo precedente, nos han enseñado que esto es una idea de difícil extinción. Precisamente, acabamos de entrar en una época en que los gobiernos europeos se ven obligados, por factores económicos mundiales, a «mirar con lupa» el gasto público. Esto pudiera desembocar en una situación en la que programas de una clase más tradicional con objetivos limitados y específicos y éxitos cuantificables buscan sobrevivir, en menoscabo de programas de importancia más trascendental y que son, sin embargo, difíciles a causa de que están explo-

tando campos nuevos y prevén resultados a largo plazo nada fáciles de medir.

Por dar un ejemplo específico: los programas artísticos de comunidad, con sus cifras citables de representaciones, asistencias de público, etc., pueden dar la impresión de ser más «reales» que los programas de animación socio-cultural, para los que están todavía por elaborar su índice de efectividad. Esperamos que el CCC se aperciba bien de este riesgo.

b) Futuro a largo plazo: puntos de consideración general.

Uno de los elementos componentes de nuestra civilización y con el que ha de enfrentarse abiertamente cualquier «equipo de pensadores» interesados en el desarrollo cultural, es la influencia sobre el mismo de las complicadas pautas de clase socio-económica tal como existen y están cambiando en nuestros países.

Aparte de ciertos «aperçus», expertos culturales —según hemos podido observar— tienden a contentarse con tópicos de contrastes tan extremos como «proletario» y «burgués», sin adentrarse más en la cuestión y sin tener tampoco en cuenta la pluralidad de conciencia de clase separatista dentro de cada una de estas dos amplias categorías. No se trata aquí de un asunto de fría investigación estadística. Sucede que para muchos millones de personas la diferenciación de clase social significa un factor constante y vivo en su motivación diaria, ya se trate de «no ser menos que el vecino», o empeñados en un proceso de «aburguesamiento»; o ser partidarios declarados, quizá propagandistas agresivos, de una forma de vida de la clase trabajadora. En el intercambio social, así como en las relaciones políticas e industriales, juegan un papel nocivo las distinciones de clase social. Ocurre que el pueblo tiene unas antenas sumamente sensibles para captar estas señales y reacciona con sospechas, de confianza e incomprensión. Todo este campo necesita ser clarificado mediante un estudio cabal y una manifestación sincera, sin sentirse coartado por el falso pudor que habitualmente in-

fluye la discusión del tema. Un elevadísimo porcentaje de los administradores y expertos actuantes en la cooperación cultural europea poseen unos antecedentes de clase media. Resulta difícil para quien no haya tenido experiencia directa, apreciar hasta dónde la clase trabajadora está en sí misma matizada y graduada autoconscientemente; o también, comprender y dar prueba de paciencia con las costumbres inveteradas y los procesos mentales inherentes a tal clase trabajadora.

Por el contrario, quienes sí poseen antecedentes de clase trabajadora, parecen encontrar escasos tropiezos en dominar las pautas burguesas de vida. Se diría tienen la ventaja que San Pablo se atribuía al contestar al centurión que había adquirido la ciudadanía pagando un alto precio: «Yo nací libre». Una vez más, ¿es justificable moral o estratégicamente a quienes deciden en política cultural oponerse a toda alianza con las realidades establecidas del aburguesamiento? ¿Acaso la cultura de la antigua clase trabajadora, a la que hace referencia Hoggart, al igual que su contrapartida del pueblo, no se ha visto erosionada y corrompida por manipulaciones comerciales y por los «mass media», hasta tal punto que es una simple nostalgia buscar valores en ella?

¿Acaso no es «embourgeoisement», como la urbanización —y téngase en cuenta la estrecha relación entre hacerse habitante de ciudad, (o sea, un residente en el burgo), y convertirse en un burgués, no es una condición necesaria del desarrollo del individuo? Trae esto a la memoria la opinión marxista de que «el aire de la ciudad hace al hombre libre», y que más allá de las afueras de la ciudad se encuentran sólo «tipos casi fantasmales que siguen siendo jeroglíficos indescifrables», tercios ante cualquier intento para su desarrollo. Es muy cierto que había una rica y alegre forma de vida en las zonas residenciales céntricas de la clase trabajadora en nuestras ciudades, pero quienes las han conocido pueden asegurar que se trataba a menudo de agrupaciones de vecindarios malolientes y cerrados en sí mismos, preocupados en

querellas, celos y «snobismos» pueriles, viendo el gran mundo de fuera únicamente oscuro y distorsionado, como a través del cristal de una pecera. Sociólogos tales como Willmott, Young y Mays en Gran Bretaña, donde semejantes áreas eran corrientes, han hablado de la importancia decreciente en el mundo social moderno de esta clase de cultura de barrio cálida y protectora salvo, para los muy jóvenes o ya bastante viejos. Lo atestigua también el hecho de que las nuevas pautas de vivienda, ciudades modernas y factores análogos, no obstante algún malestar inicial casuístico, han ensanchado el horizonte del pueblo al hacer el conjunto de la ciudad —y no algún rincón de la misma— el marco para sus oportunidades culturales. Maurice Halbwachs ha observado que el determinante del sentido de pertenecer a una clase social específica es el grado de participación en actividades organizadas y aprobadas por la colectividad entera, no solamente en un barrio o «ghetto». Surge aquí la interrogante afín de si algunos expertos han venido inclinándose a dar énfasis excesivo a la participación de la clase trabajadora, como si esto les sirviera de módulo para calibrar la efectividad de las grandes instalaciones culturales centrales; y si semejante criterio no llevaría a un embrutecimiento completo en cualquier política en favor de las artes. No es baladí señalar como una versión histórica reciente de la decadencia en la civilización romana ha diagnosticado su dilema principal en el hecho de que la sensibilización y emancipación del pueblo bajo del imperio habrían querido encontrar una nueva fuente de energía. En nuestro tiempo la tecnología ha hecho mucho para liberarnos de tal dilema, pero son millones los individuos de la clase trabajadora que todavía realizan una jornada de trabajo que no les deja muchas ganas de ir por la noche a la ópera o al teatro nacional. En cambio, hay una reacción de la clase media, no sólo a las ofertas de estos grandes centros culturales, sino también a los de promoción y animación cultural en general. La burguesía existe, está compuesta de seres humanos y en nuestras modalidades de sociedad está creciendo numéricamente hasta igualarse con

el proletariado. Guiándonos por simpatía, es objeto legítimo de una política de desarrollo cultural. Está rebotando de gente que a diferencia de sus hermanos de uno y otro sexo de la clase trabajadora, que comenzaron temprano a hacer plena vida de adultos, de salarios y matrimonio, han tenido que posponer satisfacciones y sufrir en cambio las humillaciones y frustraciones de una educación prolongada, para levantarse financieramente recompensados, quizá, pero ya introvertidos, desarraigados y condenados a una soledad competitiva, conformista. ¿Son susceptibles de solución problemas así, salvo en una sociedad sin clases? Sin embargo, al llegar aquí, se tocan las fronteras de objetivos políticos.

No obstante, para la política cultural a largo plazo, incluso si se ocupara solamente de las artes, será imposible evitar formular algunas opciones de índole política. Además, es ahora verdad axiomática para el CCC que la cultura consiste en algo mucho más amplio que las artes. J.-F. Collinet, a quien hemos citado antes, observa que hay ya un objetivo convenido que presenta implicaciones políticas distintas: una política cultural que lleva a «la transición de una sociedad de mayoría silenciosa a una sociedad de personas que hablan por sí mismas y por sus compañeros; de una sociedad de participación abstracta y subordinada al poder político, a una sociedad donde se tiene y se vive el poder. Ello significará un aprendizaje amplio en cuanto a compartir el poder y diálogo efectivo». Michel de Certeau habla en forma muy parecida:

«En definitiva, no hay ninguna política cultural si no se articulan primero diversas situaciones socio-culturales en términos de fuerzas operativas y oposiciones reconocidas... Se trata de saber si los miembros de una sociedad, ahogándose en el anonimato bajo un diálogo en el que no participan, sometidos a monopolios sobre los cuales no poseen control alguno, puedan arreglárselas para expresarse por sí mismos y encontrar un lugar entre las fuerzas que están reconocidas como las que modelan la sociedad.»

El CCC no puede eludir las implicaciones de los valores acerca de los que ha tomado posición. Sería conveniente manifestase clara y abiertamente con una decidida posición, «vis-à-vis», de esos valores que son hostiles al suyo propio, incluso cuando tienen el apoyo de la opinión popular y pautas de comportamiento masivo según lo dan o manipulan los «mass media» o las industrias culturales. Pues no se da siempre en forma alguna el caso de que estas poderosas fuerzas manejan, en lugar de seguir, la voluntad del público. No es, verbigracia, la técnica de la televisión, como tampoco lo fue la técnica de la imprenta en su época, lo que condiciona los gustos de la masa. Esto se hace mediante un complejo interjuego de oferta y demanda que lleva a que el pueblo tenga la pseudo-satisfacción que desea, su mundo transformado para él en espectáculo, y precisamente un espectáculo en el que —según observaba Jean Cazeneuve— el hombre puede consumir su propia imagen como si se tratara de una ilusión narcisista.

Adoptar una postura firme acerca de las estructuras generales de una sociedad deseable no significa que los planes para un programa de desarrollo cultural hayan de ir precedidos de una prolija teoría política o que haya de incluir objetivos políticos determinados. Proclamar un ideal no es posponer todo lo demás hasta conseguirlo. Cualquier política cultural necesita ser concebida dentro de un espíritu de exquisita prudencia. Así, Alvin Toffler, el autor de «Future Shock», nos ha recordado que solamente 800 generaciones hacen volver la Humanidad a su prehistoria de vida casi salvaje, y que únicamente en los tres últimos de estos períodos de vida han podido disponer los europeos de agua limpia, sistemas de enseñanza, cuarto de baño y transportes públicos. Los primeros socialistas británicos pensaban que la embriaguez en las ciudades industriales era una faceta irremediable del capitalismo. En realidad, fue en buena parte vencida por un movimiento de sobriedad que suponía a tal efecto una forma de animación. Así pues, queda demostrado cómo puede lograrse avance socio-cultural sin ninguna alte-

ración de las estructuras políticas y económicas. Sin embargo, lo que sí es importante, es que una política de desarrollo cultural esté debidamente enmarcada para hacerla coherente con determinados ideales afectando a la organización y relaciones sociales —que señale el tipo de sociedad prevista y también, las características de vida social que se cree útil promover—.

Esto resulta igualmente cierto en cuanto a la política educativa, tema que ha sido suscitado con vigor por la creciente publicación titulada «Education, Has it a Future?», por la Fundación Cultural Europea, en cooperación con el Ministerio Belga de Educación. Este libro hace observar como los futurólogos destacados —Hudson Instituto, Rand Corporation, etc.—, han hecho sus extrapolaciones basándose en la suposición de un crecimiento económico continuado y abrigan la esperanza de una abundancia que cubra desigualdades dentro de cada sociedad y entre el Mundo Occidental y el llamado Tercer Mundo. Sin embargo, semejante hipótesis la han hecho dudosa acontecimientos recientes. Incluso una opinión tan conservadora como es el Informe del Club de Roma (Meadows) en 1972, lanza la duda sobre el mismo y, por otro lado, su conveniencia total y otra opinión autorizada contribuyen al parecer de que hay una tremenda posibilidad en la aserción de valores alternativos, una revuelta contra el materialismo y contra el malestar que es intrínseco a sociedades entregadas a más y más productividad. Es corriente encontrar en la gente joven un claro rechazo de toda política «para colonizar el futuro» en provecho del neocapitalismo, de encontrar allí períodos vírgenes de tiempo para las viejas desigualdades que pueden hacerse aceptables en un hábito de consumo inacabable. En consecuencia, los llamados a tomar decisiones en política educativa, deben tener en cuenta posibles alternativas en su planificación y el presente estudio de la Fundación Cultural europea brinda tres opciones principales:

— Una política previendo un sistema educativo coherente con una sociedad de crecimiento económico ininterrumpido.

— Una política previendo un sistema educativo adecuado y conducente a una sociedad de igualitarismo obligatorio.

— Una política previendo un sistema educativo compatible que lleve a una sociedad voluntariamente igualitaria.

Puede muy bien haber aquí algo que aprender para los interesados por la política cultural que ha de complementar la educativa.

Quizá sea útil al llegar a este punto ir un poco más adelante y manifestar cómo las opciones no están hoy limitadas al tipo de sociedad que proponemos, sino al tipo de ente humano. No sería pasarnos al campo de ciencia ficción declararlo así, sino llamar la atención sobre hechos reales que no deben parase por alto. Técnicas puestas en práctica actualmente derivadas de avances en, por ejemplo, genética, cirugía neurológica, cibernética, microbiología, prótesis y tecnología médica general, hacen ciertas decisiones sociales no sólo posibles sino, en algunos casos, probables. Existe, verbigracia, el tipo de opción demográfica a la que hacía referencia Aurelio Peccei. La colectividad debería decidir acerca de una prolongación máxima de vida: bien, a favor de seres humanos criados o estructuralmente adaptados para una comunicación, percepción, comprensión y decisión más inmediata y rápida de las que hay asequibles a través de la palabra y usos actuales del cerebro y órganos sensoriales: bien, a favor de seres humanos que no han de considerarse como personalidades autónomas, sino cual células individuales en un organismo multicelular. Es ya un lugar común sociológico que la unidad básica de la Humanidad puede muy bien no ser el individuo, sino la familia o algún otro grupo.

Opciones de este tipo, aunque ya se presentan de cuando en cuando en algunos casos judiciales, son tan ominosas que el CCC debiera quizá inclinarse por dejarlas incluso más allá de una planificación a largo plazo. Con todo cometería un error si ignorara otra investigación menos desalentadora de carácter médico y antropológico que tiene influencia sobre la naturaleza de cualesquiera programas de desarrollo cultu-

ral y sobre la ideología planteada en una política cultural. Una faceta de esto lo constituye la acumulación de síntomas de haber tales diferencias intrínsecas entre determinadas categorías generales de tipo humano psicosomático en toda sociedad, y tales diferencias biocrónicas y situaciones entre grupos de edad bien definidos, tanto que la proclamación de cualquier objetivo expreso mediante forma para el desarrollo cultural de una población —o, también, para su educación permanente—, se ve invalidado por anticipado. Los sagaces conocimientos de Kretschmer manifestados hace años, por crudas y de carácter de no científicos que fueran sus deducciones, sentaban los cimientos para una investigación antropológica durante y después de la guerra, que ha hecho válida una metodología de clasificación psicosomática. Su aplicación sigue confirmando la existencia de tipos humanos para los que las distintas pautas de comportamiento, metas y aspiraciones diferentes pueden predecirse desde un punto de vista actuarial y resultan adecuados. Tal tipificación psomático-científica, establecida por Allport, por ejemplo, o por Sheldon, está fundada en tres categorías principales, cada una de ellas con su disposición pertinente de vida efectiva y expresiva. En una simplificación demasiado elemental, pueden resumirse como: primero, el tipo endomórfico, que tiene una construcción muscular media y unas cavidades corporales relativamente grandes: que tiende a ser sociable, tolerante, susceptible y propicio a decisiones colectivas.

El tipo mesomórfico —corpulento, muscular, compacto— se muestra dispuesto a la iniciativa, intervención, jefatura o resistencia, así como también a la violencia y tolerante al ruido.

Endomórfico —lineal en físico, con cavidades pequeñas, tiende a mostrarse sensitivo, de reacción y comprensión rápida inclinado a la introspección y timidez.

Estos tipos se dan con una incidencia neutral en todas las razas y todos los niveles de inteligencia mensurables. Repre-

sentan diferencias innatas, no divisiones que son parte de una cultura o susceptibles de cambio mediante una acción educativa o cultural. Debido a evidencias como ésta, la antropología tiende a abandonar todo concepto normativo —ideas a expresar mediante una sola fórmula de cómo debería ser el hombre— y en su lugar a tener en cuenta criterios más ampliamente aplicables, tales como madurez o comportamiento consciente. El doctor Perls, de la «Gestalt Foundation» de California, se limita a proponer una serie de aspectos de vida satisfactoria, en la cual los individuos se hallan predestinados por su propia naturaleza a grados de consecución muy diferentes. Estos son aspectos tales: como conciencia sensorial, creatividad, espontaneidad, reacción emocional y comunicación.

Si, para la confección de programa, algún educador de adultos o trabajador de desarrollo cultural, hubiera de tabular los tipos mencionados arriba, necesitaría entonces cubrir el esquema con una tabulación variada de diferencias de grupos de la edad, conforme van surgiendo de la investigación en medicina, psicología educativa y andragología (1). Naturalmente estas diferencias no están circunscritas a consecuencias inevitables de cambio biológico. Incluyendo efectos de la cultura en la que vive el pueblo: en nuestro caso, la cultura europea. Investigaciones recientes en el campo biológico han echado abajo el cuadro simplista de que la infancia lleva, a través de una adolescencia tumultuosa, a una plataforma monócroma que dura hasta la senilidad. Los años formativos para-psicofísicos, se ha descubierto, durante mucho más que hasta la pubertad, y el tipo somático definitivo no se completa hasta los 25 años, aproximadamente. La turbulencia del adolescente y le brillo posterior del varón de edad media, no se miran ya como manifestaciones biológicas, sino como resultados de presiones sociales. Ha quedado también claro que la capacidad de aprender y comprender de los niños en la infancia ha sido objeto de un cálculo muy

(1) «Andragología» tiende a sustituir a la antigua «andragogia». Véase *Training for Adult Education*, K. T. Elsdon, Universidad de Nottingham.

por lo bajo y que, verbigracia, en el campo de las matemáticas es completamente posible familiarizar a los niños de la escuela primaria con materias aplazadas ahora hasta la fase «bachillerato».

Aún más, determinadas fases claramente caracterizada de la vida adulta, cada una con sus rasgos distintivos y cada una, también, exigiendo un reajuste, pueden considerarse como permanentes para la mayoría de las gentes. Estas fases son objeto de una investigación ininterrumpida, y lo apretado del siguiente resumen no constituye más que un simple bosquejo. El grupo de edad de 18 a 25 años y desde un punto de vista calculado actualmente, sigue afectado por reajustes biológicos, habiendo también reajustes sociales: salida del hogar paterno, matrimonio o sus equivalentes. Existe un alto grado de preocupación vocacional. Aparte de estudiantes de dedicación completa, es un grupo de edad con poca representación en las manifestaciones de desarrollo cultural o compromiso social. De los 25 a los 35 años, viene un período de estabilidad biológica máxima, con un mínimo de mal funcionamiento psico-físico. Sin embargo, la pérdida de neuronas está ya notablemente avanzada y a lo largo del período hay una merma mensurable en la agudeza de percepción visual y auditiva. En nuestras sociedades europeas es un período de pleno dominio vocacional con perspectivas por delante; y también de lo que se llama la segunda fase, en mantener relaciones personales duraderas. La fase siguiente, de los 35 años, aproximadamente, hasta los primeros de la década 50, ponen a la mayoría de las personas frente a un mundo de dificultades que tienden a lanzarlas a los recursos de su cultura. En algunos países europeos, los años 37 a 42 son la cota máxima en divorcio. Los fisiólogos parecen estar de acuerdo en que en algún momento de este período viene el comienzo de apercibimiento de un «cambio de vida», pues la experiencia señala un síndrome en los varones corespon-

diente con la menopausia (1). En nuestro tipo de sociedades ello tiende a coincidir con un percatarse de haber llegado a la cumbre del avance profesional o capacidad de ganar. La paternidad ha dejado de ser un factor dominante o satisfactorio.

Entre los 35 y los 50 años, la habilidad para aprender tareas manipulativas desciende de manera visible; y la capacidad intelectual de aprender disminuye vivamente, a menos que se haya ejercitado sin cesar. Al mismo tiempo, hay una disposición cada vez mayor a la crítica o la dedicación social; o, según el tipo constitucional, hacia la reflexión y creatividad o a las diversiones, tales como el bridge y la pesca. A lo largo de la década 50, la salud física pasa a ser un problema para la mayoría de la gente en una forma u otra. Se hace más difícil encontrar entusiasmo en el trabajo o el recreo, produciéndose una afición incrementada por el alcohol en el sexo masculino. Las mujeres de esta edad prefieren más bien, las drogas tranquilizantes a los estimulantes, y en el Reino Unido son las mayores consumidores en el mercado de drogas suaves, es decir, que no crean hábito. Sin ocupaciones ya como madres, las mujeres se dedican a menudo a asuntos comunitarios. Durante esta época de la vida, las diferencias de comportamiento y emocionales entre el varón y la mujer se hacen más marcadas. No es necesario extenderse aquí acerca de la llamada «tercera edad», que ha sido objeto de atención durante algún tiempo; si bien, puede observarse como un boletín reciente de «Secrétariat d'Etat» francés para Cultura ha recomendado la necesidad de distinguir entre una tercera edad, durante la cual hay todavía movilidad y alimentación independiente, y una cuarta edad, más allá de aquélla. De cualquier forma que esto pueda ser, en los países europeos la mayoría de los hombres sexagenarios pierden sus empleos y la mayoría de las mujeres se quedan viudas

(1) Frank Musgrove, «Ecstasy and Holliness», descubre también que llegar a los cuarenta es un año de ruptura; aunque sus investigaciones sobre la juventud y el fenómeno contracultural arroja dudas sobre la falta de compromiso sociocultural por parte de una gran sección del grupo de edad: dieciocho-veinticinco.

y ello requiere una profunda adaptación y reorientación con necesidad de recurrir a servicios culturales.

Las realidades banales acerca de la naturaleza y comportamiento de seres humanos, deberían recibir la adecuada consideración al tomarse decisiones culturales y educativas, así como también los factores éticos o ideológicos. Son de gran significado para formular la estrategia y la táctica a seguir. Al mismo tiempo, la gran diversidad de áreas identificables de necesidad humana no habrán de debilitar la afirmación de la clase de valores que son aplicables a las actividades y habilidades de gente de toda edad y tipo, la clase de valores que surgió en el coloquio Arc et Senans. En este contexto, la tarea de cualquier «equipo de pensadores debería incluir el establecimiento de una relación satisfactoria —en cuanto a las artes se refiere— entre democracia cultural y la difusión de una cultura de élite avanzada. Es previsible que cualquiera de las culturas coexistentes en una determinada sociedad puedan procurar su propia difusión propagandística y puedan invocar la ayuda del Estado a semejante fin. Lógicamente, no hay motivo por el que los entusiastas de Petula Clarke y Mickey Spillane no hagan esto tan legítimamente como los aficionados a Palestrina y Butor. Sin embargo y a menos que democracia cultural y pluralismo cultural vayan a significar un, dijéramos, nihilismo cultural —una especie de «laissez-faire» cultural, que inutiliza cualquier política de desarrollo— el CCC debe dar una línea de orientación nítida a través de todos los diversos campos de las artes. Habrá de confeccionarse cierta escala de valores con una definición exacta, lo que es aplicable tanto a los productos de música pop, como de la clásica. Esto no trata de minimizar las dificultades pero, al menos, puede limpiar el terreno de un cúmulo de pensamientos confusos que van también cargados con emociones, resabios de una lucha de clase y la tensión perenne entre juventud y edad.

Esta clase de confusión surge alrededor de vocablos tales como música pop y arte pop. Hay una ecuación falsa de pop

con la espontaneidad, la rebelión de la juventud y la causa de un proletariado desventajado. Es preciso examinar los hechos. De ordinario, se considera la espontaneidad como surgimiento de creatividad entre gente ordinaria fuera de los sistemas de manifestación artística. Tal no es el caso de la música pop o el arte pop. Este último jamás ha pretendido ser una dinámica de clase trabajadora. Sus protagonistas, tales como Hockney y Lucien Freud asimilaban de una forma autoconsciente la americanización de la vida social, apreciando la belleza de un Cadillac y explotando la estética del mundo de masas —el potencial mítico de piscinas, automóviles y féminas modelos con llamativas piernas y bustos—. Es cierto que rechazan deliberadamente «el buen gusto» y quizá haya implícito un comentario social irónico en su tarea. Un derivado de ello es la producción comercial de lo que se denomina «arte popular» —viejos emblemas de posadas, anuncios de estilo antiguo en placas de hojalata o espejos, bacinetes, etc.—. Sin embargo, esto tiene poco que ver con la creatividad de la clase trabajadora, y atrae en buena parte al público relativamente opulento que gusta de ser llamado «jóvenes ejecutivos». La música pop se encuentra en una situación bastante distinta. En principio, en la década 50, comenzó cual una búsqueda por la juventud de la clase trabajadora de una identidad que les distinguía orgullosamente de los adultos, de la clase media, del régimen gobernante y, por encima de todo, de los ideales de educación conforme la habían experimentado ellos. Esta identidad iba unida a estilos de vestuario, accesorios, forma de comportarse, maneras de hablar y cultivo de héroes. Según dice el experto Georges Melly, se trataba en origen de una manifestación espontánea de la clase trabajadora, pero fue casi inmediatamente recogida —y el mismo sino han seguido las fases sucesivas de la misma— por jóvenes intelectuales de la clase media y, después, por el comercio en este campo. Según están hoy las cosas, suscita muy pocas veces creatividad de la clase trabajadora y sus productos son principalmente obras lista para la venta de profesionales, tan próximos como una conversación

o un hacer el amor, que ellos acompañan, difícilmente distinguibles uno de otro.

Lo que puede esperarse como resultado de un estudio más profundo del lugar de las artes en el desarrollo cultural, no es una prescripción jerárquica adjudicando una puntuación de méritos a tal o cual género, sino una afirmación de valores susceptibles de aplicar a todas las formas artísticas; verbigracia, el grado en que implican personalidad humana, en el sentido dado por Kierkegaard al decir que todo el arte debiera ser «ad hominem». Debe haber también valores de otras clases, pues una buena dosis de arte «avant-garde», según declara Clement Greenberg, ha comenzado a buscar su absoluto pasando de las experiencias amorfas y anodinas de la vida cotidiana, al medio de la habilidad propia del artista, al proceso de creación, a los momentos de creación. No será fácil de lograr una formulación armónica de valores y sin embargo, se necesita urgentemente algo de esta clase. Es imposible haya una política de desarrollo cultural positivo, a menos que respecto a las artes, haya como mínimo una declaración nítida de ciertas suposiciones básicas. El patrimonio cultural sólo puede preservarse lógicamente sobre la base de éstas.

Mirando en un campo más amplio que las artes, ¿existen otras suposiciones básicas, asertos referente al tipo de sociedad a la que ha de llevar una política cultural? Hemos observado las palabras de Collinet y de Certeau: «debe ser una sociedad participatoria, una sociedad de «prise de parole» ¿Qué otra cosa? Esto debe ser también tema de un estudio cuidadoso por un grupo de reflexión debidamente ayudado y asesorado. No podemos aquí insinuar estructuras y organizaciones, únicamente proponer algunas características que deben estar presentes en la sociedad soñada. Karl Popper asegura ser imposible establecer las cualidades positivas de una sociedad plena, sino que cada uno puede observar áreas de consenso negativo, por ejemplo la aversión general al cáncer o el alcoholismo. Sin embargo, se puede ser ciertamente

menos tradicionalista que esto, y supone que hay también consenso en pro de una sociedad impregnada de afecto o simpatía, nunca satisfecha de dejar a alguno de sus miembros a merced de fuerzas que están más allá de su control o dejarlos desprovistos o en condiciones desventajosas.

De igual manera, no se pueden encontrar hoy muchos disidentes de la opinión de que una sociedad buena es la igualitaria, que va acercándose a una igualdad de índole no sólo política o jurídica, sino una igualdad de apreciación y autoapreciación cualquiera sea la profesión o el estilo de vida. Hay en la mayoría de nuestros países europeos, un estorbo grave en el camino que lleva a esta clase de igualdad lo tenemos en la diferencia de expresión entre varias secciones de un pueblo y el prestigio permanente de una determinada forma de hablar que marca de un «status» superior. Esto hace ver la estrecha relación entre las políticas de desarrollo educativo y cultural, y sugiere también la necesidad de consultar con expertos en lingüística moderna. Una buena sociedad de democracia cultural habría de ser, en principio, una sociedad de tolerancia. Es importante a este respecto traer a la memoria la advertencia de Tocqueville, en el sentido de que la peor tiranía de todas es la tiranía ejercida por una mayoría. En la actualidad, las minorías tienen más que temer, culturalmente hablando, de la gran masa del pueblo, que viceversa. La tendencia a una igualdad de ingresos, el dominio en el mercado de las preferencias de la masa y su desmedida invasión de todos los lugares, comunicaciones y transportes y, naturalmente, la presión misma de una demografía creciente, hará cada vez más difícil a las minorías conservar un refugio o santuario para sus intereses y aficiones. Sin embargo, esto puede constituir un factor para llevar a más gente a una implicación social de carácter activo. No será aceptando actitudes de una abnegación elegante, o por protesta reaccionaria y tenaz, como las minorías podrán garantizar que sus gustos van a ser salvados y que el ambiente de la opinión pública será favorable a su participación predominante en tiempo, espacio y finanzas públicas.

Con todo, es muy justo hacer sonar un toque de alarma. Toda la experiencia sociológica de los últimos decenios ha mostrado cómo una sociedad tolerante, afectuosa y, en cierto grado, participatoria, puede ofrecer rasgos señalados que van en contra de la calidad de vida para millones de personas. Lógicamente, y como dice Ionesco, la felicidad y dolor humano están más allá del alcance de cualquier política; ahora, sí es cierto que la política puede hacer mucho para crear condiciones en las que el dolor puede ser, por lo menos, aliviado. Por este motivo los políticos deben tener en cuenta algunos de los principales aspectos de desdicha y malestar que producen las condiciones de nuestras sociedades democráticas liberales y sociales, incluso las más avanzadas. Se destacan aquí, entre otras, la soledad, el sentido de aislamiento, de no «pertenecer», que aflige a tantas personas en nuestra forma de vida anónima, compartimentada, con sus dormitorios cual celdillas y sus multitudes solitarias, compuestas de personas que, aún codeándose físicamente, permanecen encerradas en sí mismas por timideces, tabúes anticuados y recelo y miedo por su «status» nivel social. Los psiquiatras nos revelan cómo la salud mental cabal de un individuo depende de que él o ella sean miembros de, por lo menos, un grupo que, fuera de la familia, asegure tratarse amigablemente. La familia, aunque también constituye un apoyo, está en sí misma excesivamente cargada de emoción para una expresividad y creatividad individual, así como también para la exploración de funciones nuevas; atribuyéndose en la misma importancia excesiva a cualquier cambio de conducta, tendiendo ello a ser interpretado cual una amenaza. No deben echar en olvido los gobiernos, en su interés por la productividad, que quienes idearon el concepto de «pertenecer», realizaron su tarea al servicio de la industria en la fábrica Hawthorne de la Western Electric, donde constataron que el rendimiento era mayor en los trabajadores que gozaban de una vida de grupo satisfactoria y que abrigaban el sentimiento de no ser entes aislados, sino parte de una camaradería, es decir, una comunidad.

La civilización europea ha ido creciendo alrededor de elementos que se contradicen entre sí en ciertos aspectos, siendo esta antinomia la causa de una inquietud penetrante, algunas veces casi una angustia. Ilustrémoslo con un ejemplo: nuestras sociedades se hallan basadas en una competitividad económica entre individuos y que se extiende hasta la vida sexual. Así, dos de las grandes dinámicas de la vida son antagónicas con una tercera: nuestro sentido gregario instintivo y nuestros vestigios de tribalismos, robustecidos por una ética oficial de gremio y hermandad. Ello pone, por decirlo así, un torniquete en muchos de nuestros impulsos. Existen otras inconsistencias análogas. De esta forma, los rasgos de la vida social que la política debería buscar y promover, ofrecen asimismo cierta incompatibilidad. Verbigracia: Fin Jor hacía referencia a un aspecto dionisiaco de la vida insatisfecho y es indudable cómo en nuestras ciudades meticulosamente organizadas, encontramos poco en cuanto a pintoresquismo, ritos y alegría, en una palabra, la «donosura» de que hablaba D. H. Lawrence cuando decía: «Enseñad al pueblo a vivir y a amar con gracia». Es curioso citar existen tribus en Mongolia y comunidades en Sudamérica que llevan contentos una vida de dureza nómada o el subsistir arrancando míseros frutos a la tierra; pero punteado todo ello por fiestas y regocijos escasos, aunque de carácter regular, donde bailan, tocan el tambor y se exhiben, cosas que ciertamente suponen un desahogo, un ensanche de la personalidad, las recompensas de una afirmación de solidaridad. Es también probable que, los grandiosos himnos de la historia se hayan venido cantando con fervor a través de centurias, no porque proclamaran un tema, cuya estrofa inicial era «Debout les damnés de la terre» o «Te Deum Laudamus», sino porque su canto unísono incrementaba por sí mismo la sensación de ser y pertenecer a una comunidad.

Sin embargo, ocurre también que una parte de la psique europea —quizá de la humana— consiste en agresividad y un gozo de lucha. El Dr. Hilde Himmelweit nos recuerda cómo, a su actual nivel de evolución, el hombre sigue teniendo la

dentadura desgarradora e incisiva de los rapaces; los ojos bien protegidos en un marco de hueso y mirando hacia adelante, oteando como cazador; no la visión casi circular de su presa; el tímido rumiante. La necesidad de afirmarse uno mismo en formas competitivas, derivativo de la agresión, está notablemente reflejado en nuestra cultura. Buena parte de nuestros sistemas de educación lo reflejan también. Quizá ha sido algo inseparable del concepto que tenemos de la educación. Es curioso como la palabra inglesa «clever» (listo) tiene la etimología anglo-sajona de ser de «garra afilada», al mismo tiempo que la palabra francesa «habile» posee en su origen el sentido de avidez. Esto es solamente una indicación de la tarea inmensa con que se enfrenta la política reformista de educación permanente. También, parece haber entre los pueblos europeos un antagonismo entre su impulso a compartir con y buscar a sus compañeros, y su deseo al mismo tiempo de establecer cierta exclusividad, levantar barreras de camarilla, de un estilo, con todas las implicaciones jerárquicas de lo «chic», de la sociedad «jet», de la «gente en boga», del grupo exclusivo. En un plano, ya más brutal, es claro que la diversión proporcionada comercialmente explota con gran provecho el deleite de la masa con la violencia y la lucha. Sin embargo, satisface al mismo tiempo una demanda de heroísmo, pues la vida moderna pocas veces permite más de lo que Gilde llamaba «heroísmo de la resignación».

Necesidades humanas de este tipo, que se ven insatisfechas, o colmadas de manera tan sucedánea y dudosa, pueden ser la razón fundamental de parte de la violencia, terrorismo, gamberrismo y vandalismo a que hacía referencia Aurelio Peccei. Años atrás, el activista Lusin daba a entender algo de esto al describir a sus camaradas:

«Me agradan estos individuos sanguinarios, que se han criado comiendo pan; son la demostración renegante, sudorosa de que pertenezco a un mundo en verdad vivo.»

Cronistas de la Edad Media tienen dicho que las Cruzadas constituyeron una necesidad social, el recurso de Europa

para desembarazarse ella misma de sus vástagos jóvenes turbulentos. Quizá sea una tarea meritorio para los planificadores a largo plazo del CCC estudiar las posibilidades de cierto equivalente moral en el siglo XX, y en esta analogía, mantener un estrecho enlace con proyectos deportivos y todo lo que se refiera a actividades físicas para desafíos o campeonatos.

Se hace precisa cierta cautela en cuanto a los detalles de una política que prevé, conforme debe hacerlo, una amplia afición entre el pueblo a la entrega e implicación social. En lo que a las relaciones humanas se refiere, el «homo europai-cus» parece tener, al igual que algunos mecanismos eléctricos, un contacto automático que se abre y se cierra. Hay momentos de excesivo compromiso social fuera de casa, dejando ello luego paso al retraimiento, relajación y pasividad. Sucede que, en buen número de casos, la gente aprecia más esto último, y en aras de ello se hallan dispuestos a renunciar a cualquier participación en dirigir. Según opina Raymond Aron, ninguna sociedad humana ha visto nunca al pueblo, en general, en la gestión. Incluso si fuera así, no existe motivo para abandonar el ideal de implicación social y participación popular en asuntos de la comunidad. Sin embargo, hay necesidades de prudencia, no sea que la formulación de una política cultural con este objetivo ofrezca la impresión de una propaganda dirigista en favor de una forma de asistencia obligatoria (estilo Orwell) al centro comunitario. Conocemos bien el alegato de que todas las normas morales burguesas no pasan de ser artilugios para conseguir que las masas se resignen a limitaciones represivas en un afán natural por el placer instintivo, de tal manera, que puedan mantenerse la productividad o la defensa nacional. Sería trágico que una política cultural sólida fuera interpretada como el intento de una neo-burguesía de animadores y administradores con título académico para tomar en sus manos el antiguo papel represivo en aras de una entrega y creatividad social. Por encima de todo, es importante admitir la fortaleza permanente de la familia entre la inmensa mayoría del pueblo.

Se puede hacer mucho para disminuir sus efectos contraculturales; pero una política que vaya hacia una reducción radical de su papel no es probable se revele efectiva en el presente siglo. Seguirá siendo el lugar sagrado donde una grandísima parte de la gente desca pasar la mayor parte de su recreo, una especie de vacación diaria escapando a la realidad, algo que el educacionista de adultos austriaco Dr. Moriz ha calificado de «Ein Reservat des urmenschlichen Bezirks» (reserva o espacio del hombre primitivo), santuario de la motivación tan antiguo como el mismo alborar de la Humanidad.

Desde luego, la familia podría muy bien tomarse como la unidad básica de planificación cultural. Existen ya ciertamente algunos centros y servicios efectivos que vienen funcionando de esta forma. Aceptar las realidades del comportamiento humano no es, en forma alguna, mostrarse derrotista o regresivo. El patriarca de las ciencias humanas modernas, Durkheim, hace observar cómo una cultura satisfactoria no proporciona al hombre ni aislamiento ni independencia completa, ni tampoco conformidad total con las normas de su círculo o ambiente; ello armoniza con el deseo humano de asumir un grado variable de responsabilidad en la vida de una comunidad, pero intercalada asimismo de intimidad, libertad y descompromiso.

Los criterios y programas para difusión de la cultura reclaman, sobre todo, paciencia y simpatía, aunque también un tenaz optimismo. Según hemos tenido ocasión de observar, las ásperas condiciones de vida para los pueblos trabajadores de Europa a lo largo de muchos siglos han ido dejando hábitos y actitudes profundamente enraizados que no predisponen a las sutilidades de un sentimiento refinado. Citemos aquí las palabras de Sancho Panza: «No encontraréis muchas chicas (obreras) suspirando lánguidas de amor.» Las modalidades de creatividad que pueden esperarse al principio es probable sean las que consisten fundamentalmente en una apropiación del hogar y entorno vecinal para

hacer que la experiencia cotidiana allí lleve la impronta de la personalidad y se convierta, en este sentido, en artefacto, no simplemente en una continuación de la rutina y la vida vegetativa. Un gran paso adelante para muchos será la conquista del tiempo libre, pues la sociedad abunda en anal-fabetos del ocio, tanto jóvenes como mayores, que jamás han aprendido a cultivar los recursos que hay en ellos y se ven así del todo dependientes de diversiones suministradas bajo un signo comercial. Ha de suponerse también que los comienzos de una creatividad de ancho frente serán polimórficos y a un nivel latente de creatividad artística. Puede muy bien adoptar formas divertidas o, también modalidades simples de actividades que los antropólogos denominan «Dromena» —pautas de expresión kinética, en la cual los actuantes manifiestan algo mayor que ellos mismos— en la cual encuentran una satisfacción a través de ritmos que son terapéuticos; en la cual tienen una reacción socialmente aprobada ante un entorno desordenado, afirmando modelo, orden y estilo frente al caos y antropía del universo. Este tipo de creatividad puede registrar una gama amplísima, desde hacer punto, pintar porcelana, el baile o jugar a las cartas, hasta tareas altamente sofisticadas intelectuales o artísticas. Las connotaciones admitidas de la creatividad habrán de ser abandonadas: ejecución sublime y, en principio, una mayoría admirativa compuesta por los no creadores. En su lugar, el principio de lo específico ha de ser aplicado a la creatividad como lo es al liderato, y habrá una creatividad apropiada al ama de casa en la cocina, al intercambio social en una taberna, así como también al taller del escultor o al piano del compositor. Las políticas sobre artes en el pasado han tendido, ciertamente, a olvidar el talento artístico femenino que existe entre gente humilde, reflejado en sus casas y jardines y en sus bancos de trabajo y mesas de coser, fabricadas de manera improvisada. Existe un arte en hacer y cultivar cosas que nunca reclama el título pomposo de artístico, pero con él muestra el individuo, en tela o madera, o cuero o tierra o harina, un respeto por la verdad, una sen-

sibilidad hacia la naturaleza o el medio en que trabajan, así como también una manera intuitiva de ir con y no contra, el hilo natural de las cosas.

La distancia intelectual y, naturalmente, estética entre Schubert y el pastor al que miraba desde su ventana, no llega a ser tan grande como la que separa los procesos meditados de quienes se sientan alrededor de una lujosa mesa de conferencias internacionales y equipos de pensadores, respecto a las formas de vida y pensamiento de la masa popular. Estas se ven relativamente no afectadas y tampoco atraídas por la razón, la lógica y una esquematización coherente. Con todo, entre sectores jóvenes, incluso de ambientes intelectuales avanzados, se pueden oír ahora protestas contra el racionalismo tachándolo de ser un criterio castrado ante lo apasionante de la vida, cual un cajón burgués de trucos de mago para hurtar a la juventud y a los trabajadores sus derechos musculares. Se ha insinuado nos encontramos ahora en el alborear de la época cartesiana. No obstante, aunque el pueblo quizá sea poco entusiasta, y ciertos intelectuales hostiles, al racionalismo, serán pocos quienes aceptarían y naturalmente sobrevivirían por mucho tiempo en una sociedad donde el destronamiento de la razón y la lógica inductiva destruirían sin remedio los magníficos sistemas de asistencia social, orden y comodidad que sólo pueden organizarse racionalmente. Sin embargo, es necesario reconocer amplias zonas de ansia humana por satisfacciones que están más allá de la racionalidad. No hace falta extenderse mucho para señalar la afición penetrante y cada vez mayor por la astrología, algo que explota la prensa popular. Ello no está limitado a gente de cultura mínima pues, en todo caso, los mejor educados encuentran aquí una contrapartida en tarotnancia y otras clases de adivinación, en el ocultismo, brujería, magia, yoga, Zen y el culto por gurú y chamanes indios.

Nuevamente aquí una generación joven de intelectuales proclama su liberación de la «grande tristesse» del pensa-

miento racionalista y una alianza pacífica con fuerzas telúricas y de los sueños. El fenómeno tremendo de una asistencia masiva a los deportes puede también mirarse bajo esta óptica. Sociólogos como Huizinga y Magnane recalcan que una de sus principales satisfacciones consiste en escapar del mundo ordenado de la razón y el mérito, a los reinos de la casualidad, donde basta una suerte no merecida para enriquecer y exaltar al ignorante y al perezoso, basta con ganar las quinielas o las apuestas de carreras de caballos.

Se ha afirmado con frecuencia que es necesaria una mitología para que perdure cualquier civilización, que el mito es para la gran masa del pueblo un intermediario indispensable entre la conducta instintiva y la racionalidad, entre el deseo brutal y el amor humano, entre la simple fabricación y la creación artística. Sólo un horizonte abrigado con una constelación de mitos puede hacer una cultura integrada, darle fuerza creadora sana y preservarla de la aridez, la atrofia y la autodestrucción. Por lo menos, así lo pensaba Nietzsche, al que evocamos; siendo también de interés observar cómo más de uno de nuestros testigos imparciales le cita también. Si hay algo sólido en esto, debe considerarse que para la gran mayoría de gente urbanizada y educada obligatoriamente de nuestros días, que se ve cotidianamente sometida al racionalismo popularizado de los «mass media», la sustancia misma de que estaban hechos los antiguos mitos ha quedado tan desintegrada que no es posible aprovecharla para nuevos moldes, ocupando su lugar crasas supersticiones e imposturas para un beneficio mercantilista.

Cabe preguntarnos: ¿Qué puede esperarse haga el CCC acerca de esto? Bien, desde luego no comenzar la prefabricación de una mitología europea apropiada. Sin embargo y por lo pronto, no puede ser sino ventajoso a los planificadores que se les recuerdan campos de realidad. Y asimismo, pudiera bien ser que tengamos ya el material para nuestros mitos en las creencias manifestadas que cimentan la política de desarrollo cultural europeo; y lo que se necesita ahora es

pintoresquismo, dinámica y vigor en la presentación, lo que les dará la vitalidad de una mitología en el sentido de Nietzsche. Hay también algo más que habrá de tenerse en cuenta. Llega un momento en el cual el racionalismo pone invariablemente, incluso a sus partidarios más entusiastas, en confrontación con un misterio, el misterio de la muerte, que debe ser aceptado y asimilado y bien sea la asimilación agradable o no, ello parece cuestión de cada personalidad individual. Es probable que el artista y el intelectual que miran el descubrimiento de la muerte como la clave de la madurez, el «sentido trágico de la vida» unamunescos, o que, como Celine, ve la vida madura no como un examen del tiempo perdido, sino una búsqueda en pro de una reconstrucción de la totalidad del «yo», antes del regreso para siempre a la naturaleza. Problemas de esta clase no han sido hasta hace poco características de la clase obrera; especialmente en áreas rurales, la muerte ha estado rodeada de rituales y conmemoraciones y consuelos de la comunidad, que alivian sus imágenes y la hacen un poco aceptable, la caída de la hoja en un árbol familiar en el cual pueden descansar los ojos del moribundo y que los sobrevivientes seguirán contemplando reanimados. En las nuevas condiciones urbanas, en que tantos de nosotros vivimos ahora, la muerte llega al miembro de una familia núcleo pequeña, aislada, y se ve acompañada a menudo por las indignidades de hospital municipal o la rapidez traumática del crematorio público. Los sobrevivientes quedan a menudo en un estado de «shock» y, destrozados.

Es precisamente por tales razones que los planificadores de política cultural debieran examinar su actitud en cuanto a la posibilidad de alianza con otra realidad inmensa de la vida europea, conforme la viven las gentes ordinarias. Una buena proporción de nuestras poblaciones (varía de un país a otro, pero no es insignificante en ninguna parte) profesa un credo religioso, preponderantemente cristiano, y se congrega en actos de culto y en otras manifestaciones rituales de piedad: procesiones, espectáculos vistosos y otros pare-

cidos, algunos de los cuales gozan de notable fama. Estos mucho millones de personas salidas de todos los estamentos sociales, reciben el cuido pastoral de un ministro de la religión y pueden participar y beneficiarse a través de sus propios sistemas congregacionales de una implicación social y espiritual. El ilustre historiador Sir Herbert Butlerfield sostiene que el acontecimiento más significativo a todo lo largo de la historia europea es, el nacimiento de Cristo. Cualquiera que sea la contribución que haya podido hacer la religión para asimilar la muerte, sus consecuencias en el lado positivista no pueden ignorarse fácilmente. Proporcionan lo que muy bien pudiera describirse como la red más extensa de servicios socioculturales de Europa. ¿Sería prudente para quienes planean una política cultural no tengan en cuenta, o sólo lo hagan negativamente, estos hechos, a pesar de que una acción constructiva sobre los mismos suscita muchos problemas espinosos, problemas más formidables que los que implican las industrias culturales o los «mass media»?

Hemos creído adecuado incluir varias consideraciones que puede parecer concurren en exhortar a la cautela y el gradualismo. Hasta cierto punto, es bueno que se deban tomar así. El Dr. Schafer, de la Universidad de York (Toronto), ha dicho hace poco cómo la experiencia canadiense muestra que el desarrollo cultural es más efectivo cuando se hace gradual y pacientemente, y tiene bien en cuenta las pautas de vida actuales. «El empleo de tácticas disruptivas o chocantes llevará sólo a enfrentamientos que son contraproducentes». Al mismo tiempo, el idealismo y el entusiasmo de la juventud no deben perderse o enajenarse. Los encargados de tomar decisiones y sus consejeros harían bien en asociar a su trabajo, y consultar plenamente, a sus colegas jóvenes, o siendo esto imposible, a sus subordinados; haciendo cuanto esté en su poder para buscar opiniones de representantes de la nueva generación. Nuestras poblaciones europeas están cambiando en estructura de edad acentuada notablemente en favor de los grupos de personas mayores.

Ello gracias a niveles cada vez más altos en cuanto a nutrición y medicina. Así por ejemplo, en el Reino Unido y en el año 1900, las personas mayores de 60 años eran una por cada 22 de la población total; en 1970, eran una por cada doce. Nadie desea impulsar las diferencias de edad hasta un punto que resulte divisorio, pero sí es necesario garantizar que los intereses de la juventud se hallen representados en una política cultural, pues normalmente no son los jóvenes quienes ocupan las esferas del poder. Muchos de los principios y axiomas aplicables a la vida conforme la encuentran los jóvenes, lo que puede llamarse sabiduría de los jóvenes, están relacionados con el desarrollo sano de una dinámica de vida inicial que pueda llevarles a la madurez biológica. Es una sabiduría de cambio, de creatividad instintiva, esperanzada y confiada. La prudencia de una mayoría cada vez mayor, que vive mucho más allá de la maduración es, en último análisis, una regla de vida para una supervivencia médica, inclinada a la aceptación, al compromiso y a estar en buenas relaciones.

¿Podemos, pues, acercarnos más a la formulación de un objetivo general para la futura cooperación cultural en Europa? Únicamente, en términos muy generales, y sólo con carácter provisional. ¿Quién puede predecir los cambios, quizá catástrofes, de los próximos 20 años? Esto no debe, sin embargo, espantarnos demasiado. En efecto, parece fue ayer cuando en una extraña novela que causó gran sensación en los años de la posguerra, Malaparte escribía: «Prefiero esta Europa «Kaputt» a la Europa de hace 20 ó 30 años. Me parece mucho mejor que haya de hacerse todo de nuevo, en lugar de vernos obligados a aceptar cualquier cosa a título de legado inalterable».

Y sin embargo, en la reconstrucción, el legado ha sido incorporado. Supongamos que el objetivo haya de ser una Carta cultural Europea, comparable a las de las artes o el deporte, y ver incluso a esta distancia algo de lo que pudiera contener. Seguramente, en primer lugar, afirmaríamelo como uno

de los Derechos Humanos Fundamentales de una persona el de tener acceso a la cultura. Proclamaría el deber de los gobiernos de formular políticas educativas y culturales integradas, a fin de lograr que este derecho pueda ejercitarse y que el pueblo tenga motivaciones para hacerlo así. Establecería de una forma nítida que en estas políticas ninguno de los varios estilos legítimos coexistentes de vida habría de tener «status» de privilegio, ser objeto de ventaja social o económica. Al mismo tiempo, enunciaría ciertos valores básicos, fundamentales para las sociedades europeas, a la luz de los cuales las actividades y productos de cualquier cultura —pasada o actual— pueda ser apreciada y reciba apoyo público como parte de un patrimonio a preservar y a desarrollar. También, proclamaría la Carta que las políticas educativo-culturales deben ser explícitamente políticas para una evolución de la sociedad orientada hacia direcciones concretas.

El desarrollo previsto en semejante Carta sería un proceso global, significativo, ética y geográficamente, para todas las comunidades y todas las clases socio-económicas. A veces, este proceso pudiera dar prioridad a áreas muy necesitadas o desheredadas o en peligro, ya sean niños de madres trabajadoras, innovadores artísticos, trabajadores emigrantes, o amantes de la vida especial de Workington. En términos generales la política cultural y educativa debe iniciar un movimiento pro relaciones más eficaces entre tres fuerzas ya discernibles en nuestras sociedades:

1.^a Una acción más amplia de las autoridades gubernamentales locales y centrales, mediante planificación cordina-da de sus departamentos, para mejorar el entorno social y la calidad de vida; y a este fin, estimular y cooperar con los esfuerzos del pueblo mismo en sus comunidades.

2.^a La tarea de los funcionarios, tanto de organismos oficiales como no-gubernamentales, de exhortar y ayudar al pueblo a aprovecharse plenamente de servicios culturales y educativos, y de todos los medios legales para perfeccionar los

mismos; así como también inducir al pueblo a participar en la preservación de cuanto sea meritorio en su cultura.

3.º El esfuerzo espontáneo del pueblo, ya sea en grupos, individuos o comunidades, para mejorar la calidad de su vida personal y social y llevar a cabo los correspondientes perfeccionamientos de los servicios culturales y educativos; así como también del entorno social general.

Estas fuerzas se relacionan en el orden antedicho, no porque la tercera sea la de menor importancia, sino porque en la actualidad es la menos desarrollada, y tiende a emerger únicamente como resultado del funcionamiento de las otras dos.

Sin embargo, todo esto debe quedar en el campo de las hipótesis. Cualesquiera sean las declaraciones generales formulando los objetivos de cooperación cultural europea, podemos suponer darán significado, incluso en un lenguaje oficial neutro, a las ideas y aspiraciones que se están proclamando en nombre de la democracia cultural y tan vívidamente bosquejadas en «Esprit» de mayo 1973, por J. M. Domenach:

«El hecho político realmente dramático de hoy es que la «civitas» no existe ya, la sociedad no tiene significado ni valor para el individuo... la única tarea política meritoria es resucitar las relaciones humanas, recrear «socialidad», establecer entre las personas alguna clase de relación, cualquiera que sea.»

Sigue diciendo que el desarrollo cultural tenderá más y más a convertirse en la tarea central y la justificación principal del Estado como heredero aquí de la antigua «defensa nacional» y de la desusada «productividad». No puede ser simple coincidencia que Dumazedier, escribiendo unos años antes, predijera que hacia 1973 veríamos a nuestras sociedades enfrentarse con cinco grandes problemas, corolario todos de una mayor productividad, consuno y ocio:

— La inadaptabilidad de amplios sectores de la población para un desarrollo cultural según se concibe ahora.

— Un percatarse cada vez mayor de desigualdad en oportunidades para el empleo del tiempo libre.

— Una motivación creciente para participar en decisiones comunitarias y cívicas.

— Una mayor polaridad entre la diversión comercial y la creatividad.

— Considerables cambios de valores que afectan a la relación entre los individuos y la colectividad.

La estrategia y tácticas de las políticas para el desarrollo cultural constituirán materias de estudio a la luz de circunstancias nacionales distintas. Dos factores generales pueden muy bien ser considerados como de aplicación en todas partes. En primer lugar, la colaboración de sistemas educativos puede traer un prodigioso refuerzo al desarrollo cultural, en especial mediante la ordenación de sus propios campos. Si bien se ha logrado ya mucho en cuanto a reforma, las escuelas y colegios y sus cuadros docentes están hondamente impregnados de un espíritu que es incompatible con los ideales de la democracia cultural. Persiste todavía el concepto de «fracaso», junto con un énfasis indebido en el «éxito» —un ambiente de lucha competitiva por brillantes premios—. Continúa habiendo una forma de comunicación predominantemente autoritaria «de haut en bas», entre profesor y estudiante. La misma arquitectura, ambiente y rituales lo expresan todavía así, el estrado con baldaquino, el aula, los días de reparto de premios, la ceremonia de graduación, las ampulosas togas de una jerarquía académica medieval, las placas conmemorativas y bustos a los ganadores, pero sin ninguna traza de las multitudes que han pasado por el tamiz y han sido llevadas luego lejos, al igual que el vertido de alguna industria para la producción del éxito. Se necesitan todavía reformas profundas en los programas, especialmente en la faceta de humanidades, donde, muy a menudo, la «educación liberal» es un prolijo entrenamiento de la pretensión, una serie graduada de ejercicios que llevan a ocasiones de exhibición, cuando el educando ha de aspirar a

mayor conocimiento del que posee. Un hombre o una mujer educados así se habitúa a una auto-aserción individual difundiendo un caudal escaso de conocimientos para su mejor provecho, adornando el escaparate de una «erudición». Bien inferior, si se compara con la cultura tranquila y sincera del técnico o el artesano, reconociendo objetivamente los límites de su especialidad o su maestría.

En segundo lugar, ninguna estrategia para el desarrollo cultural que abrigue esperanzas de ser efectiva, puede ignorar la necesidad de programas que se interesen por el estatus y el papel de la mujer en nuestras sociedades. En la planificación y elaboración de semejantes programas deben desempeñar su parte plena las mujeres mismas y, en especial, representantes de organizaciones y movimientos femeninos. Sin embargo, no una parte exclusiva, pues el objetivo es un alternar de valores y actitudes y comportamientos entre ambos sexos. A este fin, el tipo de programa que encontramos en varios países donde hay un sector denominado «educación femenina», ideado en buena parte por mujeres y para mujeres, queda habitualmente lejos de tal objetivo. Además, existen peligros en una simplificación extrema, debiéndose tener cuidado con una generalización subjetiva y los perjuicios. No es probable que los problemas se resuelvan mediante alguna acción ingenua basada en conceptos tales como «chauvinismo» o «el eterno femenino». Los valores y preferencias actuales que prevalecen entre las mujeres mismas, así como entre los hombres, deben ser observados, al igual que las pautas culturales que moldean las predilecciones de ambos. En el primer caso, se necesita información exacta y ésta puede ser luego analizada con referencia a las variantes de región, habitat y clase socio-económica. En la actualidad, nos basamos en amplias aserciones apoyadas únicamente en la evidencia parcial. Por ejemplo: sabemos que en el Reino Unido, según dice el informe de una investigación gubernamental realizada hace poco, las mujeres constituyen la mayoría del alumnado que asiste a clase para adultos en cursos de artes liberales y recreativos; y que en

Francia (según dice el Boletín n.º 25 del departamento de Estudios de la Secretaría de Cultura), las mujeres participan menos que los hombres de actividades culturales fuera del hogar. Sin embargo, estos documentos informativos tan dispares no constituyen base adecuada para la comparación ni para una acción constructiva.

Con todo, no son necesarias estadísticas para demostrar la influencia grande, quizá preponderante, de las mujeres en la calidad de vida de sus comunidades, en su juventud, como miembros de grupos de compañeros mixtos, y después como esposas y madres. Si una cultura determinada rebaja el nivel y reduce el campo de acción de las vidas femeninas, ello afectará irremediabilmente al destino de todos los miembros de la comunidad y en forma restrictiva y desfavorable. Téngase en cuenta que esto es un suceso nada infrecuente. Si la experiencia poética sugiere que es «das Ewig-Weibliche» (el eterno femenino) lo que exalta la Humanidad, puede muy bien en ciertos ambientes actuar en una dirección opuesta. Un equipo de pensadores ocupado en planificar la política cultural debe interesarse por las formas de modificar toda cultura que induzca a las mujeres a buscar su plenitud a través de papeles regresivos, que dispense aprobación, social principalmente, a mujeres que se aferran tenazmente a lo primitivo e infantil; a las que encuentran su mundo completo en la casa de muñecas y desdeñan toda otra forma de creatividad y entrega; en fin, cualquier cultura que permita la afirmación constante, a través de tantas técnicas atractivas de los «mass media» y a través de sistemas educativos, del principio de que la función suprema de la mujer y el empleo óptimo de su vida consiste en hacerse a sí misma sexualmente deseable y en parir; alimentar y promover a sus hijos en un plano competitivo. Desgraciadamente, tales son hoy la mayoría de las culturas de Europa Occidental. El número de mujeres capaces de aguantar estas presiones culturales ha aumentado notablemente a lo largo de los últimos 65 años, gracias, en buena parte, al heroico trabajo de líderes feministas. Las mujeres se han emancipado legal, política y, en

gran medida, económicamente. En la actualidad tienen pleno acceso a los servicios educativos y culturales y han puesto por lo menos un pie firme en los oficios y profesiones. La ciencia las ha liberado de lo que se conocía en un tiempo como inmutable «ley de la matriz», de todo aquello que facultaba al profesor medieval para escribir: «Propter solum ovarium, mulier est quod est» (Gracias exclusivamente al ovario, la mujer es lo que es).

Sin embargo, dada la ubicuidad, fuerza y persistencia de la propaganda para la mitología de «esposas y madres», no es sorprendente que, alto número de mujeres, y no precisamente las confinadas a una educación mínima, saquen poco provecho de su libertad. Según dice Mary Grieve, experta eminente en publicaciones periódicas femeninas, es regla segura para los directores suponer que la fórmula para lograr amplio lectorado, es que los ingredientes principales deben ser temas relacionados con belleza femenina, objetos y hogares que dan prestigio y los asuntos domésticos de celebridades, estrellas, millonarios y vástagos de la nobleza y familias reales; y que las notas claves deben ser la admiración del orden existente y el éxito en desempeñar papeles tradicionalmente femeninos. La pérdida que acarrea a la sociedad esta autodebilitación socialmente refrentada —comparable con el pie achicado de las mujeres chinas de antaño, o los cuellos debilitados por aros en algunas tribus africanas— no significa sólo un empobrecimiento de la aportación femenina. Va seguida aquí de una merma correspondiente en la misma aportación social del hombre, pues muchos varones comprueban, como resultado de pautas culturales a las que han accedido, que su empleo del potencial de vida se ve limitado por un arbitrario tono de vida familiar y comunitaria, cuyas aspiraciones responden con credulidad mentecata a la publicidad comercial; verificándose también que no son asociados o ciudadanos en una comunicación elocuente, sino seres estultos interesados exclusivamente por el rango, el protocolo y la exhibición competitiva. La gravedad de esta situación se refleja en el hecho de que en los países alta-

mente industrializados de Occidente, las mujeres promueven más del 70 por 100 del gasto privado de la nación. Por tanto, debe recordarse que la labor no remunerada de las mujeres como trabajadoras domésticas y agrícolas, incluso en las economías avanzadas de Europa Occidental, cubren un 20 por 100 aproximadamente del producto nacional bruto. Sin embargo, este mismo hecho indica la forma en que las pautas de «feminidad tradicional» van asociadas con la explotación de la mujer.

Existen motivos para un cauteloso optimismo en el enfoque del marco completo del problema, y también en cuanto a los movimientos cada vez más ruidosos pro «liberación de la mujer». No obstante, esto necesita el refuerzo del programa de desarrollo cultural, que modificará la opinión pública y las actitudes de uno y otro sexo, incluyendo los criterios de expertos académicos y científicos; por ejemplo, de sociólogos que lastimosamente deploran tendencias que han reducido la duración de un contacto físico estrecho entre mujer y bebé, afirmando incluso que los desórdenes adolescentes de la década 50 tenían su génesis en la llegada a este grupo de edad de la primera generación criada en su mayoría con lactancia artificial.

Esta clase de actitud ha impedido cualquier esfuerzo serio y animoso por parte de las ciencias médicas y humanas, a fin de encontrar sustitutos emocionalmente satisfactorios para unos aspectos de la maternidad que afectan a gran número de ciudadanas que pertenecen a sociedades muy civilizadas, al pasar años enteros de su vida en forma igual a sus remotos antecesores salvajes, cual si fueran simples mamíferos hembras o mujeres indias.

Meditando sobre los progresos realizados durante el Año Internacional de la Mujer, M. Hilkaa Pietila, Secretario general de la Asociación de la ONU en Finlandia (a quien debemos la estadística sobre contribución no remunerada de las mujeres al GNP), ha recalcado la necesidad para ambos sexos de trabajar en pro de los objetivos feministas, que afectan

no sólo a las mujeres sino a la sociedad en conjunto; y también, sobre la conveniencia de programas de desarrollo cultural que conquisten tales objetivos:

«El estatuto o nivel de una sociedad puede calibrarse según las preferencias u opciones abiertas a sus ciudadanos... Nadie debe verse forzado a una función predeterminada a causa del sexo... Dado el cambio cultural que significa pasar de una economía natural basada en la agricultura, a una sociedad industrial urbana, la importancia de los papeles tradicionales se ha esfumado... Los cambios necesarios para liberar a hombres y mujeres de sus tareas de antaño, no podrán producirse mediante un simple promulgar de leyes o unión sindical. Se precisan cambios culturales... Debemos analizar la imagen estereotipada de hombres y mujeres ofrecida por la literatura, las artes, films y revistas ilustradas, y debemos crear una imagen nueva (Foro del Desarrollo de la ONU, diciembre 1975).

Queda únicamente exhortar al Consejo para Cooperación Cultural a que siga procurando imprimir una dirección europea. Sucede que el presente librito no pasa de ser un intento de mostrar cómo se ha venido haciendo esto en el pasado. Acudiendo a maneras nada fáciles de explicar, quienes se han congregado en el Consejo de Europa: parlamentarios, ministros, altos funcionarios, administradores y expertos viniendo cada uno con preocupaciones, costumbres y problemas distintos han logrado, gracias a su encuentro europeo, alumbrar ideas y propuestas de mayor amplitud y una visión de mucho más alcance, una serie de conceptos que constituyen una fuerza moral, una auténtica conciencia europea. Abriguemos la firme esperanza de que seguirán desarrollándose y mostrando su valor práctico.

Predicciones económicas nos anuncian tiempos sombríos por venir para los países europeos. Si así fuera, habría mayor necesidad que nunca de políticas efectivas en cuanto a desarrollo cultural, con objeto de aprovechar recursos que son independientes de la abundancia puramente económica.

Admitamos, desde el punto de vista cultural, que la riqueza y prosperidad material no se han revelado siempre como factores de índole positiva.

Un poeta español, escribiendo acerca de ciertas zonas de su país, las llamaba: «tierras pobres, tiernas, tan pobres que tienen alma.»

Por muy desolada que pueda llegar a presentarse la escena europea, será posible iluminarla y darle calor con un alborear de democracia cultural.

TITULOS DE PROXIMA APARICION

- 2.—«Los Derechos culturales como Derechos humanos»
- 3.—«Desmitificación de la Cultura»
- 4.—«Metodología de la Planificación Cultural»

P.V.P.: 200,— Ptas.

Impreso por: Imprenta del Ministerio de Cultura
Depósito Legal: M-1749-1979
I.S.B.N.: 84-7483-027-3

